



ESTÉTICA DEL
MATRIMONIO

SÖREN
KIERKEGAARD

LOS LIMITES DEL AMOR ROMÁNTICO

Amigo mío:

Estas líneas, las primeras que caen bajo tus ojos, son las últimas que he escrito, y procuran, una vez más, servirse del género epistolar para un estudio prolijo como el que aquí te envío. Se corresponden pues, con mis últimas cartas, y tienen con ellas una relación formal, que manifiesta así, exteriormente, aquello de que el contenido querría convencerte con tan diversos argumentos, a saber que tú lees realmente una carta. No quise renunciar a la idea de una misiva dirigida a ti, porque la falta de tiempo no me ha permitido consagrar a la redacción el empeño que exigiría un tratado. Y, por otra parte, me ha entrado el escrúpulo de no perder la ocasión de conversar contigo en el tono de transida admonición, propio del género epistolar. Eres demasiado versado en el arte de conversar de todo, en general, sin ser tocado personalmente por el tema, para que yo te ofrezca esa tentación de desatar tu vigor polémico. Ya sabes cómo procedió el profeta Nathán con el rey David, cuando éste, tratando de penetrar la parábola que el hombre de Dios le había propuesto, no quiso ver en ello lo que le concernía. Nathán particularizó,

agregando: "Tú eres ese hombre, oh Rey". Del mismo modo, yo he querido recordarte incesantemente que se trata de ti, y que me dirijo a ti. No dudo, pues, en manera alguna, que en el curso de la lectura tendrás la sensación de leer una carta, a pesar del formato del papel. Como soy empleado público, estoy acostumbrado a llenar la hoja entera, y quizás este hábito tenga su ventaja si, a tus ojos, reviste de cierto carácter oficial a mi epístola. Es tan larga que en la balanza de Correo sería onerosa; sin embargo, para la balanza de precisión de la crítica sutil sería más bien liviana. Ten la bondad de usar de la una y la otra, así la del Correo, puesto que no recibes mi carta para reexpedirla, como la de la crítica, porque me apenaría mucho verte cometer un error tan grosero y que probaría tanta falta de simpatía.

Si otro, no tuviera este estudio, lo hallaría quizás muy singular y, sin duda, superfluo. Si casado, exclamaría con la jovialidad de padre de familia: Pues claro, el matrimonio es la belleza de la vida. Si hombre joven, y de pensamiento algo confuso e irreflexivo, exclamaría: "No, la belleza de la vida es el amor". Pero ninguno de los dos concebiría cómo se me ha ocurrido pensar en salvar el crédito estético del matrimonio. Incluso, en lugar de ser simpático a los ojos de los esposos, actuales o futuros, quizás sospecharan de mí, porque defender es acusar y yo debería agradeceréte, nunca lo he dudado. Tú, a quien quiero a pesar de todas tus extravagancias, como un hijo, como un hermano, como un amigo, con un hermoso amor, porque quizás consigas un día hallar el centro de tus movimientos excéntricos. Tú, a quien amo por tu vivacidad, tus pasiones, tus debilidades. Tú, a quien quiero en el

temor y el temblor del amor religioso, porque sé de tus extravíos y porque eres para mí muy otra cosa que un fenómeno. En verdad, cuando te veo sustraerte, encabritarte como un caballo salvaje, cuando te veo caer para volver a callar, entonces me abstengo, sí, de todas las tonterías de la pedagogía. Pero pienso en el indomado caballo de carrera, veo la mano que tira de las riendas, que levanta sobre tu cabeza el látigo de un rudo destino. Y, con todo, cuando por fin este estudio llegue a tus manos, dirás, seguramente: "Se ha impuesto una tarea inmensa; pero veamos cómo la ha cumplido".

Es posible que yo te hable con una dulzura excesiva, que sea demasiado paciente contigo. Quizás hiciera mejor en recurrir a la autoridad que, pese a tu orgullo, conservo sobre ti; o más valiera, en nuestras pláticas, dejar esta cuestión del matrimonio completamente al margen. Porque tú eres, en muchos aspectos, pernicioso: más habla uno contigo y más la conversación se echa a perder. Sin ser hostil al matrimonio, abusas, para mofarte de él, de tu visión irónica y de tus sarcasmos mordaces. Tus golpes no son vanos, te lo concedo. Das en el blanco, seguramente, y tienes un gran talento de observación. Pero agregó que ése es quizás tu punto débil. Porque tu vida transcurrirá en puras veleidades de vivir. Más vale eso, replicarás sin duda, que seguir las vías férreas de la trivialidad, que sumiré se en el hormiguero de la vida social. No se puede decir, repito, que aborrezcas el matrimonio: nunca lo has abordado aún con seriedad, sino para escandalizarte de él, y me confesarás, espero, que no has profundizado la cuestión. Los amoríos, eso es lo que te inte-

resa. Sabes sumergirte, sabes replegarte en una clarividencia de soñador que se embriaga de amor. Por así decir, te rodeas de la más fina tela de araña para luego ponerte al acecho. Como no eres un niño, de conciencia apenas despierta, tu mirada descubre algo más; y, sin embargo, te conformas con ese estado. Lo que amas es lo inesperado. La sonrisa de una hermosa muchacha en una situación picante, una ojeada suya que atrapas: he ahí lo que persigues, ahí tienes un motivo para tu frívola imaginación. Tú que tanto te empeñas en ser observador, resígnate también a ser sometido a observación. Te recordaré un hecho. Una linda joven que casualmente se halló a tu lado en un convite (hay que tener en cuenta, naturalmente, que no conocías su nombre, ni su edad, ni la situación de sus padres, etc.), parecía demasiado orgullosa para dedicarte siquiera una mirada. Por un momento te sentiste perplejo: ¿era simple coquetería, o acaso entraba en su actitud un poco de coerción que, hábilmente insinuada, podía mostrar a la bella bajo un ángulo interesante? Enfrente, un espejo te permitía observarla. Ella levantó hacia él tímidamente la mirada, segura de que la tuya la esperaba allí, y se sonrojó al encontrarla. Cosas así registras con la fidelidad y la prontitud de un daguerrotipo, al que le basta con medio minuto, así fuera con mal tiempo. Sí, tú eres ciertamente de una curiosa índole, ora demasiado joven, ora realmente un anciano. A veces meditas con seriedad profunda los más nobles problemas de la ciencia y la manera de consagrarle tu vida; otras, eres un enamorado en ascuas. Sin embargo, sigues muy alejado del matrimonio, y espero que tu genio bueno te guardará de los malos caminos, porque me parece a veces

adivinar por ciertos indicios que intentas portarte como un pequeño Júpiter. Tienes una idea tan alta de tu amor que, seguramente, cualquier muchacha debería considerarse feliz de ser tu amada durante ocho días. Prosigues, entonces, hasta nueva orden, tus estudios amorosos, de concierto con tus investigaciones estéticas, éticas, metafísicas, cosmopolíticas, etc. Y uno no podría realmente aborrecerte por ello: en ti, como se pensaba en la Edad Media, el mal se confunde con algo de bonhomía y de puerilidad. Nunca pensaste en el matrimonio sino como simple observador, pero hay cierta perfidia en atenerse exclusivamente a esa actitud. ¡Cuántas veces, te lo confieso, me has divertido, y cuántas me afligiste también, contándome cómo te ganas la confianza de tal o cual cónyuge, para ver a qué profundidades se halla sumido en el atoladero de la vida conyugal! Tienes realmente el don de entrometerte, y admito también el placer que me procuras al relatarme tus conclusiones, y a la vista de tu júbilo desbordante cada vez que puedes echar sobre el tapete una observación todavía fresca. Pero, sinceramente, tu interés por la psicología carece de seriedad, y deja adivinar más bien la curiosidad de un melancólico.

Me propongo sobre todo dos cuestiones: mostrar el valor estético del matrimonio, y cómo puede conservar ese elemento estético, a pesar de los múltiples obstáculos de la vida. Sin embargo, para que puedas abandonarte con más confianza a la edificación que te aporte la lectura de esta obrita, seguiré insistiendo un poco con la polémica, para dar su merecido a tus observaciones sarcásticas. Así espero zafarme del tributo exigido por los estados bárbaros, para ha-

llarme entonces apaciblemente en mi papel; porque estoy en mi papel, siendo casado y combatiendo por el matrimonio, pro aris et focis. Y créeme: tanto me importa esta cuestión que, a pesar de mi repugnancia por escribir libros, casi me entran ganas de hacerlo si puedo salvar una sola unión del infierno en que se ha hundido, o hacer a dos esposos más aptos para cumplir la más hermosa de las misiones que se hayan propuesto al ser humano.

Como medida de prudencia, deberé quizás referirme a mi mujer y a nuestra vida en común, no porque tenga yo el desparpajo de proponer nuestra unión como ejemplo y regla, sino que la invocaré porque la visión de los poetas, por lo general, es infundada, y no tiene fuerza de prueba, y a mí me importa mostrar que, aun en la vida diaria, es posible ser fiel a la estética. Me conoces desde hace mucho tiempo y a mi esposa desde hace cinco años. La encuentras hermosa y, sobre todo, amable; y yo también. Sin embargo, bien lo sé, no es tan hermosa a la mañana como por la noche; sólo durante el día desaparece de ella cierto elemento de melancolía casi enfermiza; de noche, cuando ese elemento se ha borrado, entonces puede ella, realmente, aspirar a gustar. También sé que su nariz no es de una belleza perfecta: es demasiado chica. Sin embargo, se vuelve hacia el mundo con aire rebelde y, por haber motivado tan placenteras bromas, yo no la querría más bella si estuviera en mi poder transformarla. Hay en la vida, como ves, una contingencia mucho más importante que aquella a la que tú eres adicto. Por mi parte, doy gracias a Dios por todos esos bienes, y olvido sus pequeñas desventajas. Además, estas cosas son secundarias. Pero hay

una cosa, sí, por la que doy gracias a Dios con toda mi alma, y es que mi mujer es mi primero y único amor, y otra cosa que pido a Dios con todo mi corazón es la fuerza de no anhelar nunca otro amor. Es éste un culto doméstico, del que igualmente participa mi esposa; porque cada uno de mis sentimientos, cada una de las disposiciones de mi alma, se ennoblecen cuando los hago compartir por ella. Aun los sentimientos religiosos más elevados son más llevaderos cuando se los experimenta al unísono: ante mi mujer soy a la vez el pastor y la grey. Y si, por acaso, yo fuera tan inhumano como para olvidar esa ventura, si incurriera en la ingratitude de no dar gracias a Dios, mi mujer me lo recordaría. Ves, mi joven amigo, no se trata de los melindres de los primeros días de la pasión, ni de experiencias eróticas por intentar, como ocurre con casi todos los enamorados cuando comienzan su noviazgo, y se preguntan él si ella no ha conocido ya la pasión y ella si él no habrá amado a otra mujer. No, aquí estamos realmente en lo grave de la vida, y sin embargo no se excluyen de ello el calor ni la belleza, ni lo erótico ni la poesía. En verdad, me importa mucho que ella me ame realmente, y retribuirle ese amor. No porque tema que nuestra unión no alcance, en el curso de los años, esa solidez que vemos en la mayor parte de las demás, pero me alegra rejuvenecer constantemente nuestro amor del primer día, otorgándole un valor religioso a la vez que estético. Porque Dios, para mí, no es un ser supramundano al punto de desinteresarse del pacto que él mismo instituyó entre el hombre y la mujer, ni yo mismo un ser tan espiritual como para desdeñar el aspecto terrestre de la vicia. Y toda la belleza de

la erótica pagana conserva su valor en el cristianismo, en la medida en que es compatible con el matrimonio. Ese rejuvenecimiento de nuestra pasión no es la simple mirada hacia atrás del melancólico, ni esa poética evocación de lo vivido a que terminamos por reducirnos. Todo ello debilita, y el rejuvenecimiento de que yo hablo es un acto. Demasiado pronto llego el momento en que es preciso resignarse a recordar tan solo, de modo que debemos, por el mayor tiempo posible, conservar viva la fresca fuente de la vida.

Pero tú vives de verdaderos actos de bandidismo. Te deslizas furtivamente, caes sobre el prójimo y le quitas su más bello momento de felicidad, pones esa sombra en tu bolsillo como el largo individuo de Peter Schlemil¹, y te retiras según tu capricho. Es cierto, como dices, que nada pierden los interesados, y que ellos, a menudo, ignoran incluso su momento más bello; más aún, pretendes que te estén agradecidos por haberlos mostrado, gracias a tus juegos de luces y a tus fórmulas mágicas, transfigurados, elevados a la talla sobrenatural de ese momento de exaltación. Quizás no pierdan nada, en efecto; pero se plantea la cuestión de saber si ello no les dejará para siempre un doloroso recuerdo; a tu juicio, todo ello te mortifica, porque pierdes tu tiempo, tu tranquilidad y la paciencia que necesitas para vivir; pero tú sabes muy bien que todo eso te falta, precisamente. ¿No me has escrito un día, acaso, que la paciencia que se requiere para soportar el peso de la vida debe de ser una virtud extraordinaria, y que tú no sentías siquiera la necesaria para

¹ Personaje de "El hombre que vendió su sombra", de Adalberto von Chamisso.

atreverte a vivir? Ya ves que tu vida se resuelve en simples episodios en que buscas apenas lo interesante... Si, al menos, se pudiera esperar que la energía que te inflama en esos instantes tomara forma en ti, coordinara tu vida, y la ensanchara, harías seguramente grandes cosas. Porque entonces te transfiguras. Hay en ti una inquietud sobre la cual flota, sin embargo, la clara lumbre de la inteligencia; tu alma se concentra por entero en el único punto que te ocupa; traza tu razón cien proyectos; todo lo dispones para el ataque. ¿Sufres un fracaso en una dirección? Instantáneamente, tu dialéctica casi diabólica se pone a explicar el fracaso, haciéndolo servir a una nueva táctica. Planeas constantemente por encima de ti mismo, y si bien cada una de tus diligencias es por lo menos igualmente decisiva, te reservas, sin embargo, una facultad de interpretación que, con una palabra, puede alterarlo todo.

Agrega a ello la efervescencia del sentimiento que le anima. Tus ojos lanzan centellas, o más bien pareces tener cien ojos que brillan, todos ellos en acecho; un rubor fugitivo pasa por tu rostro; te apoyas firmemente en tus cálculos, y sin embargo esperas con una terrible impaciencia. Creo, querida amigo mío, que en definitiva te engañas, y que al imaginarte, como dices, que "captas" a un hombre en su hora afortunada, apenas si te haces cargo de tu propia exaltación. Tienes tanta energía concentrada que llegas a ser creador de ella. Yo he admitido, por esa razón, que tu conducta no es tan perniciosa para el prójimo; pero, en cambio, es absolutamente funesta para ti. ¿Y no reposa, acaso, sobre una perfidia monstruosa? Poco te importa, dices, el juicio de

los hombres, que por lo demás deberían estarte agradecidos por no transformarlos en cerdos con un golpe de varita, como Circe, sino que los transformas de cerdos en héroes. Obrarías de muy distinto modo, dices también, si ellos confiaran verdaderamente en ti; pero nunca has encontrado tal confidente. Tu corazón está conmovido, y secretamente te enternece la idea de sacrificarte por otro. Ya ves que no te niego tampoco cierto espíritu de bondad y de caridad; tu modo de socorrer a los desdichados es verdaderamente bello, y la humanidad que demuestras no carece de nobleza; pero creo también ver en ella un residuo de soberbia. No te recordaré tal o cual manifestación excéntrica de tus inclinaciones; mal estaría ensombrecer del todo el bien que pueda haber en ti; pero déjame, en cambio, evocar un pequeño incidente de tu vida que acaso convenga recordarte.

Un día me contaste que, volviendo de un palco, seguías a dos menesterosas. Mi narración no tendrá ahora, sin duda, la vivacidad de la tuya cuando subiste mis escalones de a cuatro pensando en tu aventura. Eran dos criadas de granja. Probablemente habían conocido días mejores, ya olvidados, y el establo no es precisamente un lugar donde se abrigue la esperanza de un porvenir más sonriente. Una de ellas aspiró una pizca y, presentando la tabaquera a su amiga, dijo: "Si yo tuviera cinco rixdals"..., quizás espantada de la temeridad de ese deseo, que se perdió en el páramo, sin esperanzas. Pero te presentaste tú: ya habías sacado la billetera y retirado cinco rixdals antes de avanzar el paso decisivo, para conservarle a la situación la elasticidad conveniente y para prevenir en la desdichada una sospecha prematura. Avanzaste con esa

cortesía casi humilde que cuadra a un espíritu caritativo: le diste los cinco rixdals y desapareciste. No te alegró el efecto que habías producido, sino que te preguntabas si ella, en lugar de ver en ese hecho un socorro providencial, no se rebelaría endurecida por largos sufrimientos, contra esa Divina Providencia que aquí se reducía al azar. Lo que te inducía a examinar si la satisfacción fortuita de un deseo formulado por azar no sumiría probablemente al hombre en la desesperación, puesto que la realidad de la vida se encuentra allí negada en sus raíces más profundas. Te empeñabas, pues, en asumir el papel del destino, y tu satisfacción provenía de la cantidad de reflexiones que podías deducir de aquello. Admito de buena gana que tienes excelentes aptitudes para ese papel, si asociamos a la palabra destino la idea de la inconstancia total y del puro capricho; por mi parte, yo en la vida me conformo con un papel más modesto. Ese caso, por lo demás, puede servir, para mostrarte cómo, con tus experiencias, ejerces una funesta influencia sobre la gente. Sales ganando, porque has dado cinco rixdals a esa pobre mujer, has satisfecho su mayor deseo; sin embargo, tú lo reconoces, tu buena acción podía hacer también que esa desdichada maldijera a Dios, como a Job le aconsejó su mujer. Alegarás que tales eventualidades no dependen de ti; y que si uno debiera medir a tal punto las consecuencias, nunca podría obrar. Pero yo respondo que sí se puede. Si yo hubiera regalado cinco rixdals, sabría de cierto que no me he entregado a una experiencia; estaría convencido de que la Divina Providencia, cuyo instrumento me hubiera sentido entonces, hacía las cosas según corresponde, y que, por lo

tanto, yo no tendría nada que reprocharme. Hasta qué punto flota, indecisa, tu vida puedes también penetrarlo si piensas en tu completa incertidumbre frente al temor de sentir un día el alma agobiada, y a la de ver cómo tus sutiles argucias de hipocondríaco te arrojan a un círculo mágico de consecuencias, del que pugnarías en vano por salir. No estás seguro de no remover alguna vez cielo y tierra por hallar de nuevo a la menesterosa, notar el efecto de tu gesto y "la forma en que obró sobre ella". Porque serás siempre el mismo incorregible: apasionado como eres, quizás llegaras a olvidar tus vastos planes, tus estudios, y en suma, todas esas bagatelas, para dar con esa desgraciada que quizás haya muerto hace tiempo. He ahí cómo tratas de reparar tus yerros y cómo, de ese modo, la misión de tu vida viene a ser tan discutible... Puede decirse que tú quieres ser a la vez el destino y la Providencia, misión que el Señor mismo no puede llenar, porque es solamente una de esas dos cosas. El celo que despliegas puede merecer elogios, ¿pero no ves, dime, si cada vez está más claro, que lo que te falta, y te falta absolutamente, es la fe?

En vez de salvar tu alma, remitiéndote a Dios ante cada cosa, en vez de tomar ese atajo, te complaces en desvíos sin fin que no te conducirán a ninguna parte. Me dirás que, de ese modo, no se precisa obrar. Sí, te respondo, se precisa, puesto que eres consciente de ocupar en el mundo un lugar que es tuyo, en el que debes concentrar toda tu actividad. Lo que ocurre es que tu manera de obrar raya en la locura. Me dirás también que si te hubieras cruzado de brazos, dejándole a Dios el cuidado de intervenir, quizás esa pobre mujer

no hubiera recibido socorro alguno. Es posible, pero tú sí hubieras recibido la ayuda de Dios, e incluso ella sí hubiera confiado también en Dios. ¿Y no ves que si ahora tomaras realmente tus botas de viaje para correr el mundo, y perder tu tiempo y tus fuerzas, te sustraerías a toda actividad, exponiéndote quizás a nuevos tormentos en el futuro? Esta existencia caprichosa, repito, ¿no es una especie de traición? En caso de que emprendieras la vuelta al mundo para hallar de nuevo a esa indigente, ello probaría sin duda una fidelidad extraordinaria, inaudita, puesto que no te habría impulsado ningún móvil egoísta, y no partirías como un amante en busca de su amada, sino que obrarías por pura simpatía. Pero yo respondo: guárdate de hablar de egoísmo, no se trata de ese sentimiento, sino de tu habitual impudor de rebelde. Como desprecias todas las prescripciones de la ley divina y humana, para librarte de ellas te aferras al azar, que en este caso es una mendiga que no conoces. Y debido a tu simpatía, ella debe estar, toda ella, al servicio de tus experiencias. Olvidas siempre que tu existencia en este mundo no puede estar fundada únicamente en el azar, y que cuando haces de él lo esencial pierdes completamente de vista lo que debes a tu prójimo. Ya sé que no te faltarán sofismas a guisa de paliativos, ni una irónica flexibilidad para reducir las exigencias. Así, por ejemplo, me objetarás que no eres tan fatuo como para creerte el hombre que debería trabajar en todo aquello que dejas, en cambio, a los espíritus eminentes, y que te conformas con dedicarte solamente a una tarea regular. Pero, en el fondo, ésa es una enorme mentira. Porque tú no quieres absolutamente nada, sino entregarte a tus experiencias, y ésa

es la posición desde la cual consideras todas las cosas, a menudo con no poca insolencia, y siempre te mofas de la actividad, como aquella vez en que lo hiciste a propósito de un hombre que había encontrado un fin risible. Por muchos días te regocijaste diciendo que, si bien nada se sabía de los servicios que ese hombre había rendido en vida a las grandes ideas, y a todo lo demás, ahora se podía, al menos, afirmar que en verdad no había vivido en vano... puesto que te divertía.

Ya lo he dicho: lo que pretendes es ser el Destino. ¡Oh, aguarda un instante! No tengo el propósito de enjaretarte un sermón, pero existen las cosas serias para las cuales, yo lo sé, tienes un raro y profundo respeto. Si se es capaz de suscitarlas en ti, o se confía bastante en ti para dejarlas aparecer en tu alma, entonces se descubre un hombre muy diferente. Imagina, para tomar el caso supremo, imagina que plazca al principio todopoderoso del mundo, al Dios del ciclo, presentarse como enigma al género humano, y dejarle en esa cruel incertidumbre. ¿No sentirías palpitar en ti la revuelta? ¿Podrías, en ciertos momentos, soportar esa tortura u obligar a tu pensamiento a medir ese espanto? Y sin embargo, quién mejor que él puede, si me atrevo a decirlo, pronunciar estas palabras soberbias: "¡Qué me importan los hombres!" Claro que no es así, y que cuando yo declaro que Dios es incomprendible mi alma se eleva hacia el Todopoderoso, y que lo afirmo en los momentos de felicidad suprema, puesto que es incomprendible porque lo es su amor, y porque su amor excede a todo entendimiento. Aplicada a Dios esa palabra, incomprendible, designa la perfección suprema; en cambio, si

un pecado. Y Cristo no consideraba como una usurpación ser semejante a Dios, y sin embargo se humillaba; mientras que has recibido.

Reflexiona: tu vida transcurre, y también para ti llegará

vivir, otro recurso que el de recordar. No este o aquel recuerdo que te encanta, en su amalgama de ficción y de verdad, sino una grave evocación de la conciencia, una evocación

tus ojos una lista que no diré de crímenes, sino de posibilidades frustradas, de fantasmas que no podrás expulsar. Aún eres joven: la ductilidad intelectual que ostentas conviene a

asombra ver a uno de esos payasos de tan flexibles articulaciones que suprimen, de hecho, todas las leyes a que están sometidas la marcha y la estatura del hombre: lo mismo ocurre en ti con las cosas del espíritu. Puedes pararte tanto sobre a-

pero es un arte malsano y, te lo ruego por tu tranquilidad, cuida que tu privilegio no se convierta, al fin, en una maldición. Un hombre de convicciones no puede, a su antojo,

pongo en guardia no contra el mundo, sino contra ti mismo, así como pongo al mundo en guardia contra ti.

aleccionaría yo, sobre todo si fuera inteligente. ¿Cómo no

hacerlo cuando yo, que creo poder medirme contigo, si no por la sutileza al menos por la gravedad y la firmeza, si no por la versatilidad y el brillo de las teorías al menos por la solidez de los principios, no dejo de sentir realmente, a veces, y a pesar mío, la seducción de tus palabras, de sentir el contagio de tu espíritu endiablado de esa malicia de apariencia benévola con que te burlas de todo haciéndome compartir esa ebriedad de intelectual y de esteta que es tu elemento? Veo muy bien la incertidumbre de mi conducta para contigo ora demasiado severa, ora harto complaciente, y no hay en ello nada de asombroso porque eres un resumen de todas las posibilidades, y es preciso ver en ti tan pronto la de tu ruina como la de tu salvación. Llevas a su extremo todo pensamiento, todo sentimiento, bueno o malo, triste o alegre, y ello de manera abstracta, más que concreta, de suerte que esa búsqueda es más bien una simple disposición del alma, de la que nada resulta sino la conciencia que de ello asumes. Pero no llegas, empero, a hallar en ello una traba o una ayuda cuando te confías de nuevo al mismo sentimiento, porque siempre te reservas la posibilidad de hacerlo. Se puede, pues, reprocharte cualquier cosa sin imputarte nada, porque todo se encuentra en ti sin estar realmente. Confiesas o no confiesas, según los casos, haber experimentado tal sentimiento y escapas a toda imputación; lo que te importa es haber conocido ese sentimiento en la plenitud de su verdad patética.

I. DE LAS AGRESIONES DE LA LITERATURA CONTRA EL AMOR

Yo quería, pues, hablar del valor estético del matrimonio. Cuestión que puede parecer superflua, puesto que ese valor es reconocido por todos, después de tantos ejemplos caballerescos y de los héroes de aventuras que, desde hace siglos, se exponen a increíbles vicisitudes para entrar finalmente en el puerto tranquilo de un matrimonio feliz. ¿Acaso, durante siglos, los lectores de novelas no han penado, volumen tras volumen, para llegar a la conclusión de una unión apacible, y las generaciones no han soportado una tras otra, concienzudamente, cuatro actos de intrigas y contratiempos con la débil perspectiva de un dulce himeneo en el quinto? Sin embargo, esos esfuerzos desmesurados no han logrado apenas alabar al matrimonio, y mucho me temo que la lectura de tales obras no haya dejado a nadie la sensación de ser apto para la misión que se ha propuesto, o la de tener una orientación en la vida, porque el funesto defecto de esas historias es el de terminar donde deberían empezar. Después de haber triunfado de tantas asechanzas de la suerte, los amantes se arrojan, por fin uno en brazos del otro; cae el telón, está el libro terminado, pero el lector no lleva ganado nada. Porque no se necesita realmente de mucho arte para llegar allí, una vez que crepitan las primeras llamas del amor; basta con el coraje y la habilidad suficiente para ganar, luchando, el objeto considerado corto el típico bien. En cambio, se requiere reflexión, sabiduría, paciencia, para desafiar el hastío que sigue por lo común a la satisfacción del deseo. Es muy natural que en sus comienzos el amor no presente dificultades a la posesión de su objeto, y que, a falta de obs-

táculos, los suscite, incluso con el único fin de triunfar sobre ellos. Toda la atención de esos autores está dirigida a tal fin: eliminados los peligros, ya sabe el director de escena lo que debe hacer. Por eso es raro ver en el teatro, o en un libro, celebrarse un matrimonio, sin que la ópera y el ballet aprovechen ese momento para el galimatías de las tiradas dramáticas, los suntuosos cortejos, el intercambio de anillos, la imponente gesticulación y las miradas celestes del figurante. La parte de verdad de toda esa trama, su elemento propiamente estético, es que así se pone en movimiento al amor; ya lo veremos abrirse un camino luchando contra un medio adverso. El error es que esa lucha, esa dialéctica son puramente exteriores, y que el amor, al cabo, sigue siendo tan abstracto como al principio. Pero que se anime la idea de la dialéctica propia del amor, la idea de su lucha patológica apasionada, de su relación con la ética, con lo religioso, y entonces ya no se necesitará de padres insensibles, de gineceos, de princesas encantadas, de ogros y monstruos para darle trabajo al amor. En nuestros días no es frecuente dar con esos padres crueles, esos monstruos feroces, y, en la medida en que la nueva literatura se modela sobre la antigua, hace del dinero, en verdad, el medio adverso en que el amor se mueve. Y aun soportamos cuatro actos cuando hay buenas posibilidades de que el tío de la herencia muera en el quinto.

Sin embargo, las piezas de ese género no son frecuentes. Por lo general, la nueva literatura opta por cubrir de ridículo al amor, visto en la inmediatez abstracta en que lo situaba la novela. Si examinamos, por ejemplo, el teatro de Scribe, ve-

mos que uno de sus temas favoritos consiste en concebir el amor como una ilusión. Me basta recordártelo, porque eres un adepto de Scribe y de su polémica: creo, al menos, que aun siendo el paladín de sus opiniones, ante todos y contra todos, tú, en cambio, te reservarás el amor caballeresco. Porque, lejos de no tener sentimientos, eres, en esta materia, el más obstinado de los hombres que yo conozca. Recuerdo que un día me enviaste una pequeña crítica de Los pequeños amores, de Scribe, escrita con un entusiasmo casi desesperado. Decías que esa pieza era la mejor que su autor haya compuesto y que, bien comprendida, basta para acordarle la inmortalidad. Quiero citarte otra que, a mi juicio, revela el defecto de todo lo que hace este autor. Se titula "Para siempre", e ironiza sobre los casos de pasión. Gracias a las argucias de una madre prevenida, aunque mujer de mundo, un hombre joven siente una nueva pasión que su madre cree definitiva; pero el espectador, disgustado ante la arbitrariedad completa con que el autor ha puesto aquí punto final, comprende fácilmente que nada se opone a una tercera aventura. Es asombroso, por otra parte, observar hasta qué punto la poesía nueva está por consumirse: hace tiempo que vivía del amor. Nuestra época recuerda la de la decadencia griega: todo subsiste, pero nadie cree ya en las viejas formas. Han desaparecido los vínculos espirituales que las legitimaban, y toda la época se nos aparece tragicómica: trágica porque sombría, cómica porque aún subsiste. Pues lo perecedero es siempre, en suma, el soporte de lo imperecedero, y lo espiritual de lo material. Y si pudiéramos imaginar que un cuerpo privado de su alma pudiera aún cumplir por

un instante sus funciones habituales, ello también sería trágico. Pero dejemos al tiempo cumplir su obra de destrucción: cuanto más consume de la sustancia de que está hecho el amor romántico, más tremendo será el día en que esa consumición haya acabado, el sobresalto en que tomaremos conciencia de la pérdida sufrida, y entonces sentiremos nuestra desdicha en la desesperación.

II. APOLOGIA (Y NOSTALGIA) DEL AMOR ROMÁNTICO

Veamos ahora en qué medida ha conseguido nuestro tiempo sustituir con algo superior el amor romántico que ha destruido. Pero yo indicaré, primero, por qué signos se reconoce ese amor. En una palabra, podemos decir que es inmediato: verla y amarla es todo uno; y ella, así lo entrevea simplemente desde su aposento de muchacha, por una fisura de la ventana cerrada, ella lo ama también, y a él sólo en todo el mundo. Como habíamos convenido, aquí debería yo intercalar algunas descargas polémicas, para provocar en ti la secreción de bilis que se exige para una sana y saludable asimilación de mis argumentos. Pero no me resuelvo a ello por dos razones. Primera, porque el procedimiento es hoy muy socorrido y, para hablar franco, no puede concebirse que tú sigas aquí la corriente contra la que te levantas en cualquier circunstancia. Segunda, porque yo he conservado cierta fe en la verdad del amor romántico, cierto respeto y cierta melancolía cuando pienso en él. Me contentaré, pues,

con recordar tu consigna cuando sales a luchar contra esa concepción, y que yo encuentro en el título de un pequeño tratado que has compuesto: "Las afinidades electivas e incomprensibles, o armonía praestabilita de dos corazones". Hablo aquí de la atracción que Goethe, el primero, en sus *Afinidades electivas*, donde despliega un arte tan consumado, nos hizo sospechar en el simbolismo de la naturaleza, para luego llevarla al mundo del espíritu. Salvo que Goethe, para justificar esa atracción, se empeñó en mostrarnos una sucesión de momentos (quizás para indicar la diferencia entre la vida de la naturaleza y la del espíritu), sin señalar la prontitud con que los factores se conjugan, la impaciencia y la precisión características del amor. ¿No es hermoso pensar que dos seres están, de esta suerte, destinados el uno al otro? Cuántas veces siente uno la necesidad de cruzar el dintel de la historia, el deseo nostálgico del bosque virgen que hemos dejado a nuestras espaldas. ¿Y ese deseo no cobra una doble significación cuando se le asocia la idea de otro ser para el que también esas regiones son su patria? Toda unión, aunque concluida después de reflexión madura, siente, al menos en ciertos momentos, la necesidad de representarse un plan de esa índole. ¡Y qué buena cosa es pensar que Dios, siendo espíritu, ame a la vez el amor terrestre! Admito que hay, en esto, mucho de engaño entre la multitud de los cónyuges, y también reconozco que tus observaciones sobre este punto me han regocijado a veces; pero no debemos olvidar la parte de verdad. Este o aquél piensan, acaso, que más vale tener una libertad plena en la elección de "la compañera de su vida"; pero esa opinión revela una rara es-trechez, una mise-

rable suficiencia de espíritu, porque no adivina que el amor romántico es libre en su genialidad, y que esa espontaneidad hace su grandeza.

La inmediatez del amor romántico se muestra en la necesidad natural sobre la que únicamente reposa. Fúndase en la belleza: por una parte la belleza sensible, por otra la que, pudiendo manifestarse en lo sensible, en y con lo sensible, no se deja examinar, sino que esta constantemente a punto de manifestarse, y sólo se muestra por momentos. Aunque fundado esencialmente en lo sensible, este amor tiene su nobleza, porque implica cierta conciencia de la eternidad: porque es su sello de eternidad lo que distingue de la voluptuosidad al amor. Los amantes están profundamente convencidos de que forman un lodo perfecto, a salvo de toda mudanza para siempre. Pero como esa seguridad reposa en el orden natural de aquellas afinidades, lo eterno se ve así fundado en lo temporal, y con ello se anula a sí mismo. Como esa seguridad no ha sufrido ningún contraste, ni encontró fundamento más sólido, se revela como una ilusión: de ahí que sea tan fácil ridiculizarla. Pero no deberíamos apresurarnos tanto, y en verdad repugna ver en la comedia nueva a esos intrigantes, tan sensitivos, al parecer, como precavidos acerca de la ilusión del amor. A mí, nada me repugna como una mujer así, y ningún desenfreno me inspira tanto disgusto, nada me irrita tanto como ver a una doncella enamorada en manos de semejante celestina: es realmente menos terrible imaginarla a merced de un club de seductores. Es triste ver a un hombre decepcionado de todo lo que ofrece de sustancial la vida, pero mucho más cruel es ver ese extravío

en una mujer. Sin embargo, ya lo he dicho, el amor romántico tiene una analogía con el orden moral en la presunta eternidad que lo ennoblece, y lo salva de la pura sensualidad. Lo sensual es, en efecto, cosa del momento. Busca una satisfacción instantánea y, cuanto más refinado, más sabe hacer del instante de goce una pequeña eternidad. La eternidad verdadera del amor, que es la verdadera moralidad, tiene por primer efecto, pues, salvarlo de lo sensible. Pero si ha de producir esa eternidad verdadera, es preciso que intervenga la voluntad. Ya volveré sobre este punto.

Nuestra época ha visto muy bien el lado flaco del amor romántico: los ataques irónicos que le dirige son, a veces, muy divertidos. Pero veremos si ha remediado sus defectos, y veremos lo que ha propuesto en su lugar. Puede decirse que ha seguido dos caminos: uno de ellos se muestra falso a la primera ojeada: falso, es decir inmoral. El segundo, más respetable, deja de costado, sin embargo, el elemento profundo del amor. Pues, si el amor reposa sobre lo sensible, claramente se ve que aquella caballeresca fidelidad según lo inmediato es una locura. ¿Por qué, pues, asombrarse de que la mujer reclame su emancipación, uno de los numerosos y horribles fenómenos de nuestro tiempo cuya responsabilidad tienen los hombres? Lo eterno que el amor implica se convierte en objeto de burla: lo que se retiene del amor es el aspecto temporal, pero quintaesenciado en eternidad sensible, en el instante eterno del abrazo. Mis palabras no se aplican solamente a tal o cual seductor que ronda por el mundo como una bestia de rapiña; no, sino que también se refieren a un numeroso coro de espíritus de lo más distinguidos, y

Byron no es el único que declare al amor un paraíso y al matrimonio un inferno. Claramente se ve aquí intervenir la reflexión, de la que está desprovisto el amor romántico, que se acomodaba de buen grado con el matrimonio y aceptaba la bendición de la Iglesia, como una bella solemnidad más, que sin embargo no adquiere una particular importancia en el amor romántico como tal. Al intervenir la reflexión, el amor romántico, con una impasibilidad y un endurecimiento terrible de la razón, halló una definición nueva del amor desventurado, que consiste en ser amado cuando ya no se ama, y no en amar aunque el propio amor no sea compartido. En verdad, si esos teóricos se dieran cuenta de toda la profundidad de sus palabras, retrocederían con espanto; porque, aparte la suma de experiencia, de habilidad y refinamiento que implican, dejan también sospechar la presencia de la conciencia. De suerte que el momento viene a ser principal. Cuántas veces no hemos escuchado estas palabras desvergonzadas de un amante animado de ese espíritu, a la desdichada muchacha capaz de un solo amor: "No pido tanto, me conformo con menos: lejos de mí la idea de exigir que me ames por toda la eternidad; basta que me ames en el momento que yo deseo". Esos amantes saben muy bien que lo sensible es perecedero; pero saben también cuál es el momento más bello, y eso les basta. Desde luego, una corriente semejante revela una inmoralidad absoluta; pero en cambio, según esa idea, constituye en cierto sentido un progreso hacia nuestro objeto, en la medida en que presenta una denuncia formal contra el matrimonio. Pero cuando esta concepción trata de cubrir su sensualismo con una vestidura

más decente, entonces no se limita al instante aislado, sino que lo hace durar en el tiempo, de tal modo, sin embargo, que tome conciencia no de lo eterno sino de lo temporal, o bien que se aferre a esa oposición de lo eterno representándose un cambio posible en el tiempo. Estima que bien se puede soportar la vida en común por cierto tiempo, pero se reserva una salida para el caso de que se presente una elección más halagüeña, que entonces no se vacilaría en efectuar. Hace del matrimonio una institución civil: basta con presentarse ante un magistrado para que la unión se disuelva, y se contraiga otra, como se anuncia un cambio de residencia. No me interesa si el Estado encuentra en ello su ventaja; para el individuo es, en verdad, una situación singular. De ahí que nunca la veamos cumplida de hecho, pero el tiempo nos trae su continua amenaza. Se necesitaría también una buena dosis de impudicia, y no creo la palabra demasiado fuerte; además, una asociación de esa clase demostraría, sobre lodo en el contratante femenino, una ligereza que linda con la depravación.

III. MELANCOLIA Y LIBERTINAJE

Hay otra disposición de espíritu muy distinta, aunque capaz de análogo punto de vista, y si hablo de ella será, sobre todo, porque es muy característica de nuestro tiempo. Veamos: un plan de esa índole puede reposar sobre una melancolía de tendencia egoísta o simpática. Bastante se ha dicho de la ligereza de este tiempo, pero ahora creo muy oportuno

tratar un poco de su melancolía, y espero que ello ilumine la cuestión toda. ¿No es la melancolía el defecto de nuestros días? ¿No la encontramos aun en las despreocupadas risas? ¿No es la que nos quitó el valor de mandar, el valor de obedecer, la confianza indispensable para esperar? Cuando nuestros buenos filósofos hacen de todo para tornar tangible la realidad, ¿no nos abrume ella, al punto de sentirnos muy pronto sofocados? Todo pasa a segundo plano, salvo el presente. ¡Qué mucho, pues, si, en la perpetua angustia de perderlo, lo perdemos! Ciertamente, no debemos disiparnos en una fugitiva esperanza, y no es así como debemos elevarnos a las nubes; pero, para gozar verdaderamente; se precisa aire, y si a los días de tristeza convienen los cielos abiertos, también importa abrir la puerta de par en par sobre amplios horizontes los días de júbilo. Sin duda, el gozo pierde en ello, aparentemente, cierto grado de la intensidad que tiene en los límites en que lo encierra la angustia; pero la pérdida no ha de ser grande, puesto que ese goce se asemeja mucho a la intensa voluptuosidad que cuesta la vida a los gansos de Estrasburgo. Es posible que no me lo concedas fácilmente; en cambio, no necesito insistir sobre la importancia de la intensidad que se obtiene de la otra manera. Tú eres, en ese sentido, un virtuoso, tú qui di dederunt forman, divitias, artemque fruendi. Si el goce fuera lo esencial de la vida, yo me echaría a tus pies como un discípulo, puesto que eres maestro en ese arte: envejeces de prisa por aspirar a pleno pulmón, gracias al canal de los recuerdos, y luego vuelves a la primera juventud ebrio de esperanza. Tu goce es tan pronto viril como afeminado; es inmediato, o bien sometido a una

reflexión que se ejerce hasta sobre el goce de otro, o que te aconseja abstenerte del placer. O bien te entregas, el alma abierta y accesible como una ciudad que acaba de capitular, y entonces acallas la reflexión, porque cada paso de los extranjeros resuena en las calles desiertas. Pero siempre conservas un pequeño puesto avanzado de observación. O si tu alma se cierra vuelves a los refugios escarpados e inaccesibles. Así eres. Reconoce el egoísmo de tu goce: nunca te abandonas, nunca dejas a los otros reírse de ti. Si bien te ríes, con razón, de quienes se consumen en la voluptuosidad, como los libertinos de depravado corazón, en cambio sabes a maravilla el arte del galanteo, en tal forma que tal o cual pasioncilla realce tu personalidad. No ignoras que el goce más intenso es el que prolongamos sabiendo que quizás se desvanecerá dentro de un instante. De ahí que el final de Don Juan le guste tanto. Perseguido por la policía, por el mundo entero, por los vivos y los muertos, solo en un cuarto aislado, recoge una vez más toda la energía de su alma, levanta una vez más la copa, y solaza por su última vez su alma al son de la música.

IV. SOBRE EL "MATRIMONIO RAZONADO"

Volviendo a lo que te decía, esa concepción puede resultar de la melancolía de carácter, ser egoísta o simpática. La primera teme naturalmente por ella misma y, como tilda melancolía, es ávida de goce. Tiene un horror secreto por toda unión contraída de por vida. "Cómo estar seguro, si

todo puede cambiar: esta criatura a la que adoro puede transformarse; el destino puede ponerme más tarde frente a otra en quien encontraré verdaderamente el ideal de mis sueños". Como toda melancolía es obstinada, y lo sabe. "Tal vez, se dice, unos vínculos indisolubles tengan por efecto hacerme insoportable a esta criatura a la que, sin ellos, yo amaría con toda mi alma; tal vez, tal vez, etc.". En cuanto a la melancolía simpática, es más dolorosa y también un poco más noble, porque desconfía de sí misma por consideración a la otra parte. ¿Quién está seguro de no cambiar? Pudiera ser que lo que yo ahora considero bueno en mí, desapareciese mañana; pudiera ser que los dones gracias a los cuales cautivo ahora a mi amada, y que deseo conservar para ella, los perdiera, y que ella se viese entonces engañada, defraudada; quizás la tentase entonces un partido más brillante y fuera incapaz de resistir, y, ¡Dios mío!, yo tendría esa infidelidad sobre mi conciencia. Nada tendría que reprocharle, sería yo quien habría cambiado, se lo perdonaría todo con tal que ella perdonase también mi imprudencia por haberla inducido a un acto tan decisivo. Sabría, en conciencia, que en vez de seducirla la hube puesto en guardia contra mí, y que ella hubo seguido su libre resolución; pero quizás justamente esa advertencia fuera la que le indujere a tentación, mostrándole en mí a un hombre mejor de lo que soy", etcétera. Bien se ve que esta manera de pensar no se satisface con una unión de diez años más que con una de cinco, ni con un pacto como el que Saladino concertó con los cristianos por diez años, diez meses, diez semanas, diez días y diez minutos, ni que tampoco una unión de esa suerte satisface más que una con-

traída de por vida. También es evidente que esta concepción conoce demasiado bien el sentido de aquel dicho: "Cada día su pesar". Se esfuerza uno por vivir como si cada día fuera decisivo, día de examen. De modo que cuando nuestra época se muestra tan inclinada a "neutralizar" el matrimonio, la razón no es que hallamos más perfección en el celibato, como en la Edad Media, sino la cobardía, la avidez de goce. De lo que se deduce también que los matrimonios concertados por un determinado período no ofrecen ventaja alguna, puesto que comportan las mismas dificultades que los concertados de por vida; y tan es posible que brinden a los interesados la fuerza necesaria para vivir, como que enerven, por el contrario, las energías profundas de la unión conyugal, relajen la tensión de la voluntad y disminuyan la confianza, esa bendición del matrimonio. Además, ya está claro, y lo veremos aun mejor más adelante, que esa clase de asociaciones no ha alcanzado la conciencia de eternidad que caracteriza a la moralidad, y que es necesaria para hacer de la unión un matrimonio. Tú lo admitirás sin reservas: ¡cuántas veces, y con cuánta seguridad tu ironía no hirió con justa agudeza esa clase de sentimientos (recuerda "los azares del amor o el amor al infinito"), por los cuales un joven acodado a la ventana de su novia ve a una muchacha pasar por la esquina, siente el "flechazo" y se lanza en su persecución. Pero, entretanto, tropieza con otra, y así siempre!

La segunda corriente seguida por nuestra época para remediar el amor romántico respeta los convencionalismos y preconiza el "mariage de raison". Ya el término demuestra que nos hallamos en la esfera de la reflexión. Algunos, tú,

por ejemplo, se asombran al oír hablar del matrimonio así concebido, a mitad del camino entre el amor inmediato y la razón razonarte, porque, para respetar la lengua, deberíamos llamarlo "matrimonio razonado"². Gustas, sobre todo, siempre con mucho de equívoco, de presentar "los prejuicios" como el sólido fundamento de la unión conyugal. Nuestra época muestra cuán penetrada está la reflexión cuando necesita recurrir a un expediente tal como el matrimonio de conveniencia. Esa clase de unión es, por lo menos, consecuente en la medida en que renuncia al amor propiamente dicho: pero también muestra, con ello, que no resuelve la cuestión. Un "matrimonio razonado" debe ser considerado, pues, como una especie de capitulación, que las complicaciones de la vida harían inevitable. Pero qué triste ver que es, por así decir, el único consuelo de la poesía de hoy. El único consuelo: el de la desesperación.

Porque es la desesperación, manifiestamente, lo que hace aceptar semejante unión. La contraen libremente personas que perdieron hace tiempo la ingenuidad de la infancia; saben que el amor propiamente dicho es una ilusión, y que su realización es, en todo caso, un *pium desiderium*. El punto de vista que entonces se adopta es el de la prosa de la vida, del dinero, del rango social, etc. La unión parece moral en la medida en que ha neutralizado la faz "sensible" del matrimonio; pero queda por saber si esa neutralización no será

² Matrimonio de razón: sentido doble (Fornuft), digno del ser de razón que es el hombre. Matrimonio razonado (Fors-tand), es decir fundado en el cálculo, el interés, el egoísmo (N. del T.).

tan contraria a la ética como a la estética. Incluso si no se elimina completamente el elemento erótico, actúan frías consideraciones sobre la necesidad de ser prudente, de no disgustar al otro demasiado pronto, porque la vida nunca nos trae lo ideal y, de todos modos, se trata de un partido realmente conveniente... Lo eterno que, como ya hemos visto, entra en todo matrimonio aquí en realidad no aparece, porque la razón calcula siempre en lo temporal. En suma, que una unión contraída en esas condiciones es a la vez inmoral y frágil. Pero el matrimonio de conveniencia puede alcanzar cierta belleza cuando lo determina un motivo superior, extraño a la unión misma; por ejemplo, cuando una doncella, por amor a su familia, se casa con un hombre capaz de prestarle a ésta su amparo. Pero esa finalidad, totalmente exterior, demuestra muy bien que no podemos buscar allí la solución del problema. Habría lugar a examinar quizás las muchas razones que se invocan para casarse; pero, justamente, esas consideraciones pertenecen a la esfera de la razón.

Se ha visto que el amor romántico se funda en una ilusión, y su eternidad en el tiempo; que, si bien está íntimamente convencido de la constancia absoluta de su sentimiento, el caballero del amor romántico no tiene, a su respecto, ninguna certeza, porque hasta ahora lo ha buscado en las vicisitudes de un medio totalmente exterior. El amor romántico, animado de una hermosa piedad, puede igualmente aceptar el matrimonio, sin transmitirle por ello una significación profunda. Se ha visto cómo ese amor inmediato, no sin belleza, pero también con cierta pobreza intelec-

tual, se expone fatalmente a la ironía y a la mofa de una época de reflexión que lo somete a su crítica, y se ha visto al mismo tiempo lo que semejante época puede aportar en lugar de aquello. Entregándose a la crítica del matrimonio, nuestra época se declara por el amor incluyendo al matrimonio, y por otra parte admite el matrimonio excluyendo al amor. Así hemos visto en un drama moderno a una razonable costurerita formularse esta sabia observación sobre esos señores: "Nos aman, pero no se casan con nosotras; a las mujeres de su mundo no las quieren, pero se casan con ellas".

Mi rápido examen (me veo obligado a llamar así a estas líneas, no obstante mi primitivo deseo de escribir sólo una larga carta), mi rápido examen llega así a un punto en que el matrimonio parecerá a plena luz. Que corresponda esencialmente al cristianismo; que las naciones paganas no lo hayan conocido en su forma acabada, a pesar de la sensualidad del Oriente y todo el sentido estético de Grecia; que el propio judaísmo no lo ha llevado a la perfección, a pesar de su innegable sentimiento de lo idílico, todo ello lo admitirás sin obligarme a insistir. Sobre todo porque, y bastará simplemente con recordártelo, en ninguna parte la oposición de sexo fue sometida a una reflexión tan profunda, de tal modo que "el otro sexo" ha recibido plena justicia. Pero también en el cristianismo el amor ha debido sufrir no pocas vicisitudes antes de que pudiera verse la profundidad, la belleza y la verdad del matrimonio. Sin embargo, como la generación precedente, y en parte la nuestra, se caracterizan por la reflexión, no es fácil demostrar lo que yo sostengo; y como he

encontrado en tí a un virtuoso en el arte de desentrañar los puntos débiles, la tarea que me he propuesto, la de convencerte si es posible, se complica doblemente. Confieso, sin embargo, mi gratitud por tus objeciones. Cuando yo resumo los argumentos que has expuesto, numerosos y aislados, y los considero en conjunto, encuentro tanto talento e ingenio que vienen a ser una excelente guía para quien pretende responderte; tus ataques no son tan superficiales que no contengan también algo de verdad cuando disputas con alguien, aunque ni él ni tú lo adivinen en ese instante.

V. DE COMO EL MATRIMONIO SALVA DEL ESCEPTICISMO AL AMOR

El amor romántico, pues, carece de reflexión, y tal es su defecto. De modo que sería buen método el de someter el verdadero amor conyugal a una especie de duda previa, lo cual podría parecer tanto más necesario cuanto que hemos llegado aquí partiendo del mundo de la reflexión. No niego de modo alguno que el matrimonio sea artificialmente realizable partiendo de esa duda; pero se trata de saber si en ese caso no se alteró su naturaleza, puesto que se abriga la idea de un divorcio entre el amor y el matrimonio. Se trata de saber, pues, si está en la esencia del matrimonio destruir la pasión cuando se duda de la posibilidad de llevarla a cabo, y con esa destrucción hacer posible y real clamor conyugal. De modo que el matrimonio de Adán y Eva fue propiamente el único en que ese amor se conservó intacto, y ello, sobre to-

do, por la razón que Míseaus expuso con tanta gracia: a saber, que no era posible amar a ningún otro. Se trata de saber si la pasión, pasando a una inmediatez concéntrica superior, no estará a salvo de ese esceptismo, de modo que clamor conyugal no tenga necesidad de sepultar las bellas esperanzas de la pasión. El matrimonio no sería otra cosa que la pasión enriquecida de condiciones que, lejos de disminuirla, la ennoblecen. La exposición de este problema es difícil, pero de una extrema importancia si no queremos encontrar en la esfera de lo ético un abismo análogo al que, en la esfera intelectual, separa la ciencia de la fe. Y tú no me contradecirás, mi querido amigo (porque tu corazón encierra también el sentimiento del amor, y tu cerebro conoce demasiado la duda): ¡Ojalá el cristiano pudiera llamar a Dios el Dios del Amor, poniendo en ese término una indecible felicidad, ese poder eterno en el mundo que es el amor terrestre! Si bien he caracterizado precedentemente al amor romántico y el amor reflexivo como puntos de vista discursivos, aquí se verá con claridad en qué medida la unidad superior es una vuelta a lo inmediato, y en qué medida subsiste en ella, aparte una que contiene en más, lo que se encontraba en el estadio anterior. No cabe duda de que el amor reflexivo se consume sin cesar, y que se extingue, con arbitrariedad completa, en un punto o en otro; ni que aspira a superarse en una esfera más alta. Pero se trata de saber si ésta no puede, por sí misma, entrar en relación con la pasión. Esa esfera más alta es la de la religión, en la que vienen a parar la reflexión y la razón; y así como nada es imposible a Dios, tampoco hay nada imposible para el individuo religioso. En la esfera de lo

religioso, el amor recupera el infinito que ha buscado en vano en clamor reflexivo. Pero si lo religioso, superior a todo lo terrestre, es al mismo tiempo e igualmente excéntrico, aunque concéntrico al amor inmediato, la unidad puede establecerse sin que sea necesario el dolor, que la religión puede, sin duda, curar, pero que no por eso será menos profundo. Es muy raro que se discuta esta cuestión: los que tienen el sentido del amor romántico no se preocupan del matrimonio, y muchos matrimonios se conciertan, desgraciadamente, sin ese profundo sentimiento de lo erótico que es, por cierto, lo que hay de más hermoso en la existencia humana. El cristianismo tiende insistentemente al matrimonio. Si, pues, el amor conyugal no pudiera contener todo lo erótico que hay en la pasión, el cristianismo no sería el supremo grado de la evolución de la humanidad. Y es, seguramente, un secreto temor de tal desacuerdo la causa principal de la desesperación que resuena en el lirismo nuevo, en verso o en prosa.

Como ves, la tarea que me he propuesto consiste en mostrar que el amor romántico es compatible con el matrimonio, y puede subsistir en él; más aún, que el matrimonio es la verdadera glorificación de ese amor. No pretendo, con ello, echar sombras sobre los matrimonios que se amparan en la reflexión y se salvan de su naufragio; no niego que se pueda hacer mucho con ellos, ni carezco de simpatía al punto de rehusarles mi admiración. No olvido, en suma, que la corriente de toda nuestra época puede, a menudo, hacer de ese paso una triste necesidad. Pero conviene recordar que todo individuo de cualquier generación recomienza, en cierta

medida, su vida, y que cada cual tiene la posibilidad de evitar, pues, ese abismo. También conviene recordar que cada generación ha de intruirse en la precedente, y que, por lo tanto, una generación entregada a ese drama tan triste de la reflexión puede dejar a la siguiente las más felices perspectivas. Y por numerosas y arduas que sean las complicaciones que la vida pueda aún reservarme, me impongo la pesada tarea de mostrar que cuando la pasión se transforma en matrimonio, éste no la destruye, sino que la glorifica; y si me impongo también la tarea, insignificante para muchos pero a mis ojos la más importante, de mostrar que mi modesta unión sirvió a esa transformación, es para hallar la fuerza y el valor con que cumplir constantemente aquel otro designio inicial.

EXAMEN DEL MATRIMONIO CRISTIANO

Una vez más, no puedo sino alborozarme de escribir para ti, porque si bien es cierto que yo no querría hablar a ningún otro de mi vida conyugal, también lo es que me abro a ti con una confiada alegría. A veces, cuando se serena el tumulto de tus pensamientos, su trabajo y su lucha, cuando se apaga el rumor de ese formidable mecanismo de tu cerebro, llegan momentos de calma cuyo silencio, casi angustioso en el primer instante, ejerce muy pronto su acción verdaderamente benéfica. Espero que este estudio te halle en uno de esos momentos; y si se te puede confiar sin temor cualquier pensamiento mientras la máquina está en marcha, pues entonces no escuchas nada, también se te puede decir todo sin ponerse a tu merced cuando tu alma se halla sumida en esa paz solemne. De modo que hablaré también de aquella de quien no hablo sino con la silenciosa naturaleza, para escucharle solamente a mí; aquella a la que debo tanto, y entre otras cosas este valor con que oso defender la causa de la pasión y del matrimonio; porque, a pesar de todo mi amor y

todo mi esfuerzo, qué podría yo si no acudiera ella en mi ayuda; qué podría yo si ella no me infundiera entusiasmo y voluntad. Sin embargo, sé muy bien que si yo le dijera esto no me lo creería; y quizás yo hiciera mal, porque correría el riesgo de agitar y turbar la profundidad y la pureza de su alma. Mi primer cuidado será orientarme, y sobre todo guiarte, hacia la definición de la naturaleza del matrimonio. Su principio constituyente, su sustancia, es evidentemente el amor, o si te empeñas en especificar, el Eros. Si eliminamos ese elemento, la vida en común es o bien la pura y simple satisfacción del apetito sensual, o bien una asociación, una sociedad para alcanzar tal o cual objeto; pero el amor lleva justamente el sello de la eternidad, tanto cuando se trata del amor supersticioso, aventurero, caballeresco, como del amor religioso, impregnado de profunda moralidad y animado de una seguridad fuerte y profunda.

Como toda condición, el matrimonio tiene también sus traidores. No pienso, naturalmente, en los seductores, porque no han entrado en la santa condición del matrimonio (espero que estas páginas te hallen en un estado de espíritu en que ese término no te haga sonreír). Ni pienso en los esposos divorciados, porque no tienen, con todo, el coraje de lanzarse a una revuelta abierta. No, yo pienso en aquellos que sólo se rebelan en pensamiento, sin osar pasar a los actos; en esos miserables esposos que suspiran por el amor desvanecido hace tiempo; aquellos que, para citarte se encierran como dementes cada uno en su celda conyugal aferrándose a las verjas de hierro y recitando sus fruslerías sobre la dulzura del noviazgo y la amarga decepción del matrimonio.

Siguiendo tu justa observación, son de aquellos que formulan sus felicitaciones a todo recién casado con una especie de alegría perversa. No sabría yo decirte cuán despreciables los encuentro y cómo me alegra cuando uno de ellos te toma por confidente, y derrama toda su bilis, y vuelca todas sus mentiras sobre la felicidad de los primeros amores, y entonces le asestas, con tu aire maligno: "¡Dios me guarde de aventurarme sobre ese páramo helado!" ¡Y así veo redoblar la amargura del que no ha podido arrastrarte al *commune naufragium*! A gentes así aludes cuando hablas de un tierno padre y de sus cuatro hijos modelos, a los que de buena gana enviaría al diablo.

Si sus expresiones tuvieran algún fundamento, deberíamos admitir la separación del amor y del matrimonio, referido el uno a un momento del tiempo, el segundo a otra, pero ambos incompatibles. Entonces descubriríamos inmediatamente cuál es, de los dos, el momento del amor: el del noviazgo, por supuesto, el tiempo feliz del noviazgo, cuyo encanto celebran con cualquier pretexto, y con una emoción y transportes de cómica vulgaridad. Nunca, te lo confieso, he apreciado mucho esas bobaliconadas del noviazgo; y más se insiste sobre ese período, más se me hace pensar en el tiempo que demoran ciertas personas para lanzarse al agua, cuando van y vienen sobre el puente flotante, prueban el agua con la mano y el pie, y la encuentran ora demasiado fría, ora demasiado caliente. Si fuera cierto que el tiempo del noviazgo es el más bello, no veo realmente por qué esas gentes se han casado. Sin embargo, se casan, siguiendo el protocolo burgués más estricto, cuando tías, primos y veci-

nos lo encuentran oportuno, con un convencionalismo en que hallaron la misma letárgica indolencia que en la concepción del noviazgo como el más bello momento de la vida. En todo caso prefiero a los otros, los temerarios, que sólo encuentran placer en arrojarse al agua: siempre es algo, aunque el gesto no tenga nunca tanta grandeza, el estremecimiento de la conciencia tan apacible virtud, ni la reacción de la voluntad tanta energía como cuando un brazo viril y poderoso estrecha a la amada con tierna firmeza, con una fuerza que le infunde, sin embargo, el sentimiento de la libertad, con el que ella puede precipitarse ante Dios en el océano de la vida.

Si esa separación del matrimonio y el amor tuviera alguna validez salvo en algunos miserables sin seso, monstruos más bien, tan poco informados de la naturaleza del amor como de la naturaleza del amor conyugal, mala postura fuera la del matrimonio y vano mi proyecto de explicar su valor estético, de explicar que es una armonía estética del amor. ¿Pero qué razón invocar para justificar esa separación? Quizás fuera necesario alegar que el amor está condenado a desaparecer. Aquí vemos una vez más la desconfianza y la cobardía de que nuestra época ofrece tantos ejemplos; una y otra caracterizadas por la creencia de que la evolución es regresión y destrucción. Admito de buen grado que un amor tan mezquino y débil, ni varonil ni femenino (un amor de dos centavos, como dirías con tu habitual irreverencia), no puede, desde luego, resistir un sólo golpe de viento en las tempestades de la vida. Pero no podríamos decir lo mismo con respecto al amor y al matrimonio cuando uno y otro se

hallan en su estado natural y sano. O bien, habría que alegar, lo ético y lo religioso que surgen del hecho del matrimonio muestran una naturaleza tan distinta a la del amor que no pueden, por lo tanto, unirse. De suerte que el amor no podría llevar en la vida una lucha victoriosa a menos que pudiera fundirse y contar únicamente consigo mismo. Esta manera de ver volvería la cuestión sea el pathos inexperimentado del amor inmediato, o bien el capricho o arbitrio de cualquier individuo que se sienta capaz de terminar la carrera con sus solas fuerzas. Esta última concepción, según la cual lo cico y lo religioso ejercerían en el matrimonio un efecto destructivo, ostenta, en primer término, cierta vitalidad, que puede fácilmente imponer, en una observación rápida; y, a pesar de su vicio, comporta una sublimidad hartamente diferente a toda la miseria de la primera. Ya volveré sobre ello, tanto más cuanto que mucho me engaña mi mirada de inquisidor si no veo en ti a un hereje infestado en cierta medida por ese error.

I. LA RESIGNACION, ELEMENTO ETICO Y RELIGIOSO DEL MATRIMONIO

El amor es la substancia del matrimonio. Pero cuál es primero? ¿El amor precede o sigue al matrimonio? Esta última concepción ha gozado de mucho favor entre los espíritus limitados, y ha sido predicada por los padres avisados y las madres aun más prudentes que, por haber hecho esa experiencia, a lo que suponen, toman venganza pretendiendo

imponerla sin réplica a sus hijos. Tal es el sabio procedimiento de los vendedores de palomas cuando encierran en una pequeña jaula dos de esos pájaros sin la menor simpatía recíproca, los cuales, se piensa, ya terminarán por entenderse. Esa teoría es, naturalmente, de tal indignancia, que sólo la menciono por cumplir con ella, y también para recordarte tus numerosas sátiras sobre este punto. El amor es, pues, el elemento primero. Además, y según lo que llevo dicho, es de esencia tan sutil, -y aunque natural- tan poco natural, y tan delicado, que no puede en manera alguna soportar el contacto de la realidad. Heme aquí nuevamente en el punto en que estábamos hace un momento: el noviazgo parece recobrar toda su importancia. Pero ¿qué es el noviazgo sino un amor irreal que se nutre únicamente de esa blanda y dulce torta que es la posibilidad? Ignora la realidad, se mueve uno en el vacío, y persevera en la práctica de los mismos gestos, apasionados pero insignificantes. Y cuanto más fuera de la realidad estén los enamorados, más esfuerzo les cuestan esos movimientos tan ficticios, y que los agotan, más sienten la necesidad de evadirse de la grave realidad del matrimonio. El noviazgo parece no comportar ninguna realidad que resulte necesariamente de él; es un magnífico expediente para quienes no tienen el valor de contraer la unión. Ante ese paso decisivo experimentan, sin duda, y según lo más probable con una gran acuidad, la necesidad de buscar ayuda en un poder superior, y transigen doblemente: consigo mismo, iniciando un noviazgo con los riesgos consiguientes, y con ese poder, puesto que no renuncian a la bendición de la Iglesia, bendición a la que, en medio de su enorme superstición,

valorizan demasiado. De modo que tenemos nuevamente, en su forma más ruin, la más cobarde y la menos viril, un cisma entre el amor y el matrimonio. Sin embargo, esa concepción híbrida no puede extraviarnos: allí el amor no tiene el carácter del amor, le falta el aspecto sensible, que en el matrimonio halla su expresión moral. Esa concepción neutraliza lo erótico, al punto que el noviazgo podría concertarse, incluso, entre personas del mismo sexo. En cambio, se reivindica la sensible, pero manteniendo esta distinción, se sumerge al mismo tiempo en una de las direcciones que he indicado precedentemente. Noviazgos así están desprovistos de belleza, cualquiera sea el aspecto en que se los considere; aun desde el punto de vista religioso, porque son una tentativa de engañar a Dios, de alcanzar con astucia una finalidad para la cual no se cree precisar de su concurso, aunque se apela a El cuando se siente el inconveniente de proceder de otra manera.

El matrimonio no debe, pues, conducir al amor; lo presupone, por el contrario, y no como un pasado, sino como un presente. Pero el matrimonio comporta un momento ético y religioso que el amor no tiene: de modo que se funda en la resignación, lo que el amor no hace. Si admitimos ahora que todo hombre sigue en su vida un doble movimiento, primero el movimiento pagano, en el que triunfa el amor, y luego el cristiano, de que el matrimonio es expresión, y si no admitimos que el amor (Eros), deba ser excluido del cristianismo, es preciso demostrar entonces que es compatible con el matrimonio. Me hago cargo de que, si un profano leyera estas páginas, mucho le sorprendería ver que cuestión tan

simple haya podido costarme tanto empeño. Pero yo escribo para ti solamente, y tu desarrollo intelectual te permite comprender a maravilla las dificultades.

Comencemos, pues, por examinar el amor. Adopto aquí un término que, a pesar de tus burlas y las de todo el mundo, siempre ha tenido para mí una hermosa significación: la de la pasión (y créeme, yo no cederé si por él se produce una disputa en nuestra correspondencia... como no cederás tampoco tú). Al pronunciar esa palabra pienso en lo más hermoso de la vida. En tu boca, descarga en toda la línea el fuego de tus observaciones malévolas; pero como para mí no tiene nada de risible, y a la verdad me expongo a tu ataque para desdeñarlo, tampoco encuentro en ella la melancolía que puede acarrear a otros. Esa melancolía no es forzosamente enfermiza; mórbido es sólo lo falso y engañoso. Después de un amor desventurado y la experiencia de esa dolorosa decepción, es bello, es cosa sana mantenerse fiel a un sentimiento, y conservar a pesar de todo la fe en la pasión, emoción primera del amor. Y cuando, en el curso de los años, la recordamos a veces de una manera viviente, aunque el alma haya tenido tanta salud como para despedirse en alguna forma de ese género de vida y consagrarse a un objeto superior, es bueno recordar con melancolía la pasión como una cosa que no era, sin duda, la perfección, pero que tenía, con todo, una belleza rara. Y cuánto más sana, más bella y noble es esa melancolía que el prosaico razonamiento, emancipado hace tiempo de todas estas puerilidades, que esa diabólica sabiduría a lo maestro Basilio, que presume ser la salud, pero que es la más profunda enfermedad de consun-

ción. Porque, ¿de qué le serviría a un hombre ganar el mundo si perdiera el alma? Para mí, aun el término de "pasión" no tiene sombra de melancolía: en todo caso comporta un ligero tinte de suave tristeza; es mi grito de guerra y, aunque casado desde hace varios años, aun tengo el honor de combatir bajo la enseña victoriosa de la pasión o, si quieres, del amor-instinto.

II. LA PASION COMO MOMENTO DE LA "COSA PRIMERA"

Para ti, sin embargo, esta idea de "primero" es un valor susceptible de alza y de baja. Es a tus ojos un enigma, como el movimiento de las olas. A veces, toda "cosa primera" te entusiasma. Tan cargado estás de la energía concentrada en ella que no quieres otra cosa. Inflamado de amor, sumergido en profundos ensueños, como una nube de lluvia que se precipita, y suave como una brisa de verano, te representas cabalmente a Júpiter cuando visitaba a su amada en forma de nube o lluvia. El pasado se desvanece, todas las fronteras se desvanecen. Tú te dilatas de más en más, sientes una muelle soltura invadir todos tus miembros, y tus huesos se transforman en flexibles músculos: así el gladiador estira y alarga su cuerpo para ser el amo de ese cuerpo. Diríase que así se despoja de su fuerza; pero esa voluptuosa tortura es, por cierto, la condición del justo empleo de su vigor. Te hallas entonces en un estado en que gozas de la pura voluptuosidad de la receptividad perfecta. Basta el más ligero contacto para

estremecer a ese cuerpo espiritualizado, inmensamente distendido e invisible. Hay un animal ante el que suelo quedarme a menudo pensativo: es la medusa. ¿Has observado que esa masa gelatinosa puede extenderse en superficie y luego sumergirse lentamente, o bien ascender, tan tranquila y tan firme que uno creyera poder sostenerse sobre ella? Pero la medusa ve aproximarse su presa: entonces adopta la forma de un saco, y se hunde rápidamente en las profundidades, arrastrando en ese movimiento a su víctima, no a ese saco, puesto que no lo tiene, sino a ella misma, porque ella es un saco y nada más. Entonces puede contraerse a tal punto que ya no se comprende cómo podía distenderse. Lo mismo ocurre, poco más o menos, contigo: perdona si no encuentro un animal más noble para compararte, y sonrío de ti mismo a la idea de que eres un saco. Es en esos momentos cuando persigues "la cosa primera", y sólo esa cosas quieres, sin sospechar la contradicción que hay en querer constantemente la misma cosa, pues luego será necesario o que nunca hayas venido a ella o que la hayas realmente poseído. Y sin pensar tampoco que el objeto de tu contemplación, de tu goce, no es jamás sino un reflejo de la cosa primera. Y repara también en tu error cuando crees que la cosa primera debería estar enteramente presente en otra cosa distinta, y ponerse de manifiesto a poco que sepamos buscarla. Repara, además, que en la medida en que invocas tu experiencia vuelves a equivocarte, porque nunca has avanzado en la buena dirección. En otros momentos, por el contrario, eres frío, incisivo y mordaz como el ciervo, sarcástico como la escarcha, transparente en tu razón como el aire lo es, por lo común, cuando

se renueva. Eres seco y estéril, tan encerrado en tu egoísmo como sea posible. Sí, cuando te hallas en ese estado, uno te habla por ventura de la cosa primera, y de la belleza que hay en ella, y tal vez te cuenta de su primer amor, entonces te pones francamente bilioso. La "cosa primera" es entonces la más ridícula y la más miserable de todas, una de esas mentiras que las generaciones se transmiten, aferrándose a ellas cada vez más. En tu furor, masacras, como Herodes, uno tras otro, a los inocentes. En interminables discursos, sostienes que es una cobardía indigna del hombre aferrarse así a la "cosa primera", que la verdad está en lo que conquista y no en lo ya dado. Recuerdo que un día viniste a visitarme en ese estado. Después de haber llenado tu pipa, como de costumbre, te instalaste en el sillón más confortable, alargaste tus piernas sobre una silla, te pusiste a hurgar en mis papeles (recuerdo, incluso, que te los arranqué), y luego te lanzaste a un elogio irónico del amor a primera vista, y de todo lo que es primero, incluso "los primeros golpes que recibimos en la escuela". Y agregaste, a guisa de comentario, que tú podías hablar con autoridad, pues tu maestro era, a lo que sabías, el único que supiera pegar con fuerza. Y luego, para terminar, silbaste aquella canción de los primeros golpes, despediste al otro extremo del cuarto la silla en que habías alargado tus pies y saliste.

Es inútil, pues, buscar contigo el esclarecimiento del misterio que se esconde tras esa palabra "primero", que ha cumplido y cumplirá siempre un papel inmenso en el mundo. Su valor es realmente decisivo para el estado espiritual del individuo; y, si éste no lo siente así, eso basta para de-

mostrar que su alma no está dispuesta a vibrar al contacto de las cosas superiores. En cambio, dos caminos se presentan a aquel que ha reconocido la importancia de la "cosa primera". Ora contiene la promesa del porvenir, es el motor que arrastra hacia adelante, la impulsión infinita: tal es el caso de las individualidades felices, para quienes la cosa primera no es sino el presente, pero el presente hecho de esa cosa que se despliega y rejuvenece sin cesar. O bien la cosa primera no mueve ni anima, en el individuo, al individuo: la fuerza que contiene no es para el una fuerza de impulsión sino de repulsión. Así ocurre con esas individualidades desventuradas que se alejan siempre más de "lo primero"; pero se sobrentiende que ello no puede producirse sino, en parte, por su propia culpa.

A ese término de "primero", todos los que conocen el contacto de su idea le asocian una noble significación, y sólo si aplicado a las cosas de las esferas inferiores cobra la acepción más baja. Note faltarán ejemplos de esa clase: las primeras pruebas de un libro, la primera vez que uno se pone un traje, etc. Cuando más posibilidades hay de que una cosa se repita, menos su carácter primero tiene valor. Y a la inversa: cuanto más grande sea la importancia de la cosa que aparece por primera vez en su carácter primero, menos posibilidades hay de que esa cosa se repita. Si se trata de algo eterno, entonces toda posibilidad de repetición desaparece. De ahí que cuando, con una gravedad impregnada de melancolía, se habla de las primeras emociones de un amor como si no debieran repetirse nunca, no se desdeña al amor en modo alguno; por el contrario, se le dispensa el elogio más profun-

do, puesto que en él se ve el poder eterno. Así, para consentir una pequeña digresión filosófica no a mi pluma, sino a mi pensamiento, Dios no se ha encarnado sino una vez, y fuera vano esperar que ese hecho se repita. Podía hacerlo a menudo en el paganismo, pero precisamente porque no se trataba entonces de una verdadera encarnación. Del mismo modo, el hombre sólo nace una vez, sin posibilidad alguna de repetición, y la metempsicosis ignora ese valor del nacimiento. Precisaré mi pensamiento con algunos ejemplos: nosotros saludamos con cierta sensación de solemnidad la primera hoja, la primera golondrina. Lo hacemos por la idea que ello suscita en nosotros. Aquí, lo que se ofrece en su carácter primero no es, pues, lo primero en sí, o sea la primera golondrina tomada aisladamente. Un grabado representa a Caín dando muerte a Abel: en el fondo vemos a Adán y Eva. Y no decido si el grabado es valioso, pero la leyenda explicativa me ha interesado siempre: prima caedes, priori parentes, prir uis lactas, el primer homicidio, los primeros padres, el primer duelo. Aquí la cosa primera cobra nuevamente una significación profunda: nuestra reflexión versa sobre la cosa en sí, aunque más con respecto al tiempo que al sujeto, pues no se ve la continuidad que con la "cosa primera" establece el todo. (El todo ha de entenderse naturalmente como el pecado que se transmite en la especie. El primer pecado, concebido como la caída de Adán y Eva, orienta mejor el pensamiento hacia lo continuo, pero como la naturaleza del mal es no tener continuidad, comprendes fácilmente por qué no lomo ese ejemplo). Pero veamos otros. Como se sabe, varias sectas muy estrictas de la Cristiandad tomaron las palabras de la

Epístola a los Hebreos sobre la imposibilidad para quienes un día vieron la luz de convertirse nuevamente si caen en la apostaría, y las invocaron para mostrar que la gracia de Dios tiene sus límites. Aquí se reconoce todo el valor de la cosa primera: la vida cristiana aparece en toda su profundidad, y quien se engaña una vez está perdido. Aunque en esta concepción el elemento eterno está demasiado circunscripto a las condiciones de lo temporal, el ejemplo puede servirnos para comprender cómo la "cosa primera" es el todo, la sustancia integral. Pero si lo que se da a conocer en la "cosa primera" depende de una síntesis de lo temporal y lo eterno, todos mis anteriores análisis parecen, desde luego, conservar su valor. La "cosa primera" contiene la totalidad implícita y secretamente. Y por lo tanto no me sonroja referirme a las primeras emociones de un amor. Para los felices, ese primer instante es al mismo tiempo el segundo, el tercero, el último, porque es aquí determinación de eternidad; y para los desventurados es el momento, y se convierte en una determinación de la temporalidad. Una vez dado, es para aquéllos un presente y para éstos un pasado. Y en la medida en que la reflexión actúe en los primeros, fortificará al amor, atendiendo a lo eterno que éste comporta, mientras que lo destruirá si atiende a su aspecto temporal. Así, para aquel en quien la reflexión se ejerce según el tiempo, el primer beso, por ejemplo, será un pasado (como lo probó Byron en un pequeño poema); y para aquel en quien se ejerce según la eternidad, una posibilidad eterna.

III. LIBERTAD Y NECESIDAD DEL AMOR

Todo esto, en lo que se refiere al predicado de "primero" que hemos aplicado al amor. Ahora intentaré un examen más detenido de esa pasión que he llamado también amor-instinto. Pero antes recuerda, te lo ruego, la pequeña contradicción a que llegamos cuando yo decía que la pasión posee la sustancia integral: ¿no será lo más hábil tomar de él una bocanada, y enseguida pasar a una segunda emoción de amor? Pero esto fuera jugar con la pasión: no sólo se desvanece, sino que tampoco tendremos el momento siguiente. ¿Pero sólo la pasión será primero? Sin duda; sin embargo, si la reflexión se refiere a la sustancia, lo es sólo en la medida en que le seamos fieles; y, si es así, ¿no resulta una segunda emoción del amor? No, porque por esa misma persistencia resulta ser la primera, cuando la reflexión concierne a la eternidad.

Que ciertos filisteos, presumiendo estar en la edad en que conviene ir en busca de una compañera (quizás por los avisos matrimoniales de un periódico), se hayan excluido de la pasión una vez por todas, y que esa mezquina condición burguesa no puede ser considerada como antecedente del amor, ello salta a la vista. Sin duda. Eros podría compadecerlos bastante como para tenderle a un hombre de esa clase la celada de enamorarlo. Bastante compasión, digo, porque se necesita una dosis extraordinaria para acordar al hombre el más sublime de los bienes terrestres, como lo es siempre la pasión, así fuera infortunada. Pero el desventurado, entonces, se convierte siempre en una excepción, y tampoco su

estado anterior nos instruye. Si hemos de creer a los sacerdotes de la música más dignos de fe sobre este punto, y nos detenemos, por ejemplo, en Mozart, describiremos mejor el estado que precede al amor recordando que el amor ciega. El que lo siente pierde, por así decir, la facultad de ver. Lo observamos en su persona: se sume en sí mismo, contempla su visión interior, al mismo tiempo que se esfuerza constantemente por volver los ojos hacia el mundo que lo ha cegado, y sobre el cual fija, sin embargo, sus miradas. Es un estado de sueño, y sin embargo, de búsqueda, que Mozart mostró con no menos sensualidad que espiritualidad, en el joven paje de Fígaro. El amor, en cambio, está perfectamente despierto, tiene una visión absoluta, y es preciso que reparemos en el si no queremos maltratarlo. Se vuelve hacia un objeto real, único y preciso, que sólo existe para el, con exclusión de todo el resto. Ese objeto único no existe dentro de contornos imprecisos; es un ser viviente y determinado. Este amor inmediato comporta un momento de sensualidad, de belleza, aunque dista de ser únicamente sensible. Tal es la parte de necesidad implicada en la pasión. Como todo lo que es eterno, comporta una dualidad, puesto que toda la eternidad, volviendo atrás, la presupone, y mirando adelante toda la eternidad también. Tal es la parte de verdad que los poetas han expresado a menudo con tan bellos acentos: a los enamorados les parece que se han amado desde hace mucho tiempo, y tienen esa sensación desde el instante en que se ven por vez primera. Y tal es la parte de verdad contenida en la inviolable fidelidad caballeresca, que ni teme nada ni conoce la angustia de pensar en algún poder capaz de separar.

Pero todo amor es, por naturaleza, una síntesis de libertad y de necesidad; y aquí lo es igualmente. El individuo se siente libre dentro de esa necesidad en que pone en juego toda su energía personal, y se siente en posesión de todo lo que existe. De modo que podemos, sin riesgo de error, observar en todo hombre si ha amado de veras; porque ese estado comporta una transfiguración, una divinización que perdura toda la vida. Todos los elementos en discordia vibran entonces al unísono; en un momento nos hacemos más jóvenes y más viejos que de costumbre, somos hombres hechos y, sin embargo, adolescentes, casi niños, fuertes y, sin embargo, débiles; somos, repito, una armonía cuyos acentos resuenan toda la vida. Quiero celebrar la pasión como una de las más bellas cosas del mundo, pero no por eso me faltará el valor de ir más lejos, de verla en dificultades.

Sin embargo, tenemos primero otra tarea. Aquí se presenta ya una duda semejante a la que veremos reaparecer en la relación entre la pasión y el matrimonio. Un espíritu religioso desarrollado tiene el hábito de referirlo todo a Dios, de penetrar y fecundar con ese pensamiento toda circunstancia finita, a la que así ennoblece y santifica. Parece grave, pues, en esas condiciones, dejar que tales sentimientos surjan en la conciencia sin pedir consejo a Dios; pero, en la medida en que se lo pedimos, la situación queda alterada. Pues como lo propio de la pasión es tomarle a uno por sorpresa, y como el resultado de la sorpresa es involuntario, no se ve cómo sería posible concertarse con Dios. Todo lo que se pudiera alegar estaría referido a la persistencia en ese sentimiento; ya lo veremos más adelante. ¿Pero no será posible tener un cono-

cimiento anticipado de la pasión en la medida en que es, como tal, ignorante de Dios?

Aquí dedicaré algunas palabras a los matrimonios cuyo carácter decisivo es tal no ya para el individuo sino en relación con otra persona o cosa, y en que el individuo no ha llegado aún a la libertad. Esa es la triste forma que hallamos en el caso en que el individuo intenta suscitar el objeto de su amor por medio de la magia, o por otros artificios semejantes, que lo ponen en relaciones con las fuerzas de la naturaleza. Una forma más noble aparece en lo que podríamos llamar el matrimonio puramente religioso. (En verdad, el matrimonio no está naturalmente desprovisto del elemento religioso, pero comporta a la vez el elemento erótico). Cuando, por ejemplo, Isaac pregunta con toda confianza y humildad a Dios cuál es la mujer que debe elegir; cuándo, poniendo su esperanza en Dios, envía a un servidor a buscarla, en vez de él, porque su destino está seguro en manos de Dios, esa conducta es, ciertamente, muy bella, pero aquí no se otorga al elemento erótico lo que le es debido. Recordemos también que el Dios de los judíos, a pesar de toda su abstracción, estaba en todas las circunstancias de la vida muy cerca de su pueblo, y sobre todo de sus elegidos, y que, si bien era espíritu, su espiritualidad no fue tal que no se preocupara por las cosas terrestres. Isaac podía, pues, hasta cierto punto, esperar con certeza que Dios le elegiría una mujer joven, bella, honrada entre el pueblo y amable en todo sentido; sin embargo, aquí falta lo erótico, aun admitiendo que Isaac amase a esa novia elegida por Dios con toda la pasión de la juventud. Faltó la libertad, en todo caso.

IV. EL CARÁCTER EROTICO Y RELIGIOSO DEL MATRIMONIO

Vemos a veces en el cristianismo una mezcla vaga, aunque seductora por esa imprecisión y esa ambigüedad mismas, de lo erótico y lo religioso. La impregnan en igual grado el travieso desenfado y la piedad ingenua. La hallamos sobre todo en el catolicismo, y entre nosotros, en el estado más puro, entre el pueblo. Imagínate (y lo haces con placer, estoy seguro, porque es una situación interesante), imagínate una aldeanita provocativa, disimulada, sin embargo, a la sombra de sus pestañas, parecida a una flor sana y fresca, pero cuya tez esconde yo no sé qué cosa que alude no a cierta morbilidad sino a una salud más bella. Imagínate a esta muchacha en Noche-buena, sola y en su alcoba; es más de medianoche, pero el sueño, que llega por lo común tan regularmente, esta noche se le escapa, y ella experimenta el encanto de una dulce inquietud. Entreabriendo la ventana, contempla el espacio infinito, en su soledad poblada de estrellas silenciosas; un ligero suspiro alivia su alma; cierra la ventana, y con tono grave, aunque siempre a punto de pasar al transporte, eleva su plegaria:

¡Oh!, Santos Reyes, los tres,
mostradme esta misma noche
a quién serviré la mesa
y prepararé la cama,

cuya esposa habré de ser,
cuyo nombre llevaré.

Y entonces, sana y alegre, salta a su lecho. Verdaderamente, los Santos Reyes se cubrirían de vergüenza si no se ocuparan de ella; y poco importa decirte que no sabemos en quién piensa. Lo sabemos muy bien: por lo menos, si todos los augurios de Navidad no son embelecos, ella lo sabe suficientemente.

Pero volvamos a la pasión. Es la síntesis de la libertad y de la necesidad: el individuo se siente atraído hacia otro individuo por una fuerza irresistible; pero, justamente, encuentra en ello su libertad. Ese amor es también la síntesis de lo general y lo particular, y contiene lo uno y lo otro, si bien hasta dentro de los límites del azar. Y no tiene todos esos caracteres como consecuencia de la reflexión: los tiene de una manera inmediata. En ese sentido, cuanto más precisa y deprimida sea la pasión, más sana es, y más posibilidades tiene de ser realmente amor-instinto. Los enamorados son atraídos uno hacia el otro por una fuerza irresistible y, sin embargo, gozan de ello en toda libertad. Ya nada pueden los padres insensibles, y nada las esfinges que primero hayan de ser vencidas, y yo soy suficientemente rico para asignarles una dote (además no he propuesto, como los novelistas y dramaturgos, tomarme el tiempo, para tormento de todo el mundo: amantes, lectores y espectadores). Así que, en nombre de Dios, dejadlos que se unan. Ya lo ves cómo hago de padre generoso, papel magnífico si no lo hubiéramos ridiculizado tan a menudo nosotros mismos. Habrás observado la

expresión "en nombre de Dios" que emplea mi lenguaje paternal: puedes aceptarla en un anciano que quizás nunca ha sabido lo que es la pasión o que lo ha olvidado hace tiempo. Pero cuando un hombre todavía joven, y en el entusiasmo del amor, se permite subrayar esa expresión, tiene derecho al asombro.

La pasión comporta toda la seguridad de lo inmediato, de lo espontáneo; y no teme peligro alguno, desafía al mundo entero, y yo sólo le deseo que encuentre siempre las cosas tan fáciles, porque no le pongo ningún obstáculo en su senda. Puede que, proceder así, no le preste ningún servicio y que, mirándolo bien, lo haga desgraciado por esa razón. En la pasión, el individuo dispone de un enorme poder, y la falta de obstáculos le es tan desagradable como pudiera serlo, para un audaz caballero, dueño de una espada capaz de hendir las rocas, verse transportado a un desierto de arena, donde no tendría un ramo siquiera por corlar. La pasión es suficientemente segura: no necesita apoyo, y si requiriese alguno el caballero diría que ya no se trata de la pasión. Esto parece claro, pero también es evidente que me encuentro en un círculo. Hemos visto anteriormente que el defecto del amor romántico consiste en concebir el amor como a un ansich abstracto, como una entidad, y que todos los peligros que ve y desea son, en su carácter estrictamente exterior, completamente extraños al amor mismo. Hemos recordado que la cuestión se complica cuando los peligros vienen de afuera. A lo que el caballero no dejaría de replicar: sí, ¿pero cómo sería posible? En la afirmativa, ya no se trataría de la pasión. Como ves, el problema no es fácil. Yo podría recor-

dar que nos engañamos si atribuimos a la reflexión un papel simplemente destructivo; es también saludable. Pero como mi tarea principal es mostrar que la pasión puede subsistir en el matrimonio, voy a desarrollar un punto que indiqué más arriba: mostraré que puede pasar a una concentricidad superior, y que para eso no se necesita la duda. Luego mostraré que cumple esencialmente a la pasión llegar a ser histórica, y que el matrimonio es precisamente la condición de ello, mientras que el amor, según lo entiende el romanticismo, no tiene tal carácter histórico, por más capaces que seamos de llevar infolios refiriendo las hazañas del caballero romántico.

La pasión tiene la seguridad de lo inmediato; pero los individuos tienen al mismo tiempo un ser religioso. Es mi derecho, y aun diría mi deber, presuponerlo, puesto que mi tarea es mostrar que la pasión y el matrimonio son compatibles. La cuestión es, pues, naturalmente distinta cuando una pasión desventurada enseña a los individuos a recurrir a Dios y a buscar la seguridad en el matrimonio. La pasión queda entonces alterada, aunque sea posible reconstituirla; si bien los enamorados están habituados a referirlo todo a Dios, ni es el temor o la angustia los que los impulsan a rezar, sino que su corazón, todo su ser, desborda de alegría; y qué cosa más natural, entonces, que dar gracias a Dios. Nada temen, porque los peligros exteriores no pueden prevalecer sobre ellos; y, en cuanto a los interiores, la pasión los ignora por completo. Pero esta acción de gracias no altera la pasión; no ha enturbiado ninguna reflexión, sino que ha pasado a una concentricidad superior. Sin embargo, como toda plegaria, esta acción de gracias comporta un momento de actividad

no exterior, sino interior, y que es aquí la voluntad de conservar firmemente el amor. No queda modificada la naturaleza del primer amor; ninguna reflexión ha intervenido, conserva intacta su unidad y posee, además, la integridad de su bienaventurada certidumbre. No hizo sino pasar a una concetricidad superior. En esta esfera nueva, ignora quizás totalmente los peligros que se puedan temer; quizás no se los figura; sin embargo, gracias a su buena resolución, que es también una suerte de pasión, se eleva en la esfera de la coca. No me objetarás, supongo, que a fuerza de emplear la palabra concetricidad soy culpable de una *petitio principii*, puesto que yo debería partir del postulado de la excentricidad de esas esferas. Pues yo te respondería que, partiendo de la excentricidad, no llegaría nunca, ciertamente, a la concetricidad. Pero recuerda, además, te lo ruego, que a partir de esta última, al mismo tiempo la verifico. Hemos trasladado así la pasión a lo ético y religioso sin alterarla necesariamente en su naturaleza, como se ha visto; y, sin embargo, es lo ético y religioso lo que, en apariencia, hacía difícil la síntesis, de modo que todo parece ahora en orden. Pero yo te conozco demasiado para osar reducirte con estos argumentos; estás al tanto de todas las dificultades; con tu inteligencia rápida y penetrante, has pasado revista rápidamente a una cantidad de problemas científicos, de situaciones, etc. Sin embargo, en cada caso te has quedado en las dificultades, y no creo que puedas llegar al extremo en cada uno de estos campos. Eres, en cierto sentido, como un piloto, y a la vez todo lo contrario: el conoce los escollos y conduce la nave a buen puerto; tú, que conoces las profundidades, encallas siempre. Por

supuesto, haces lo mejor que puedes y admito que con toda buena voluntad y maestría. Tienes tal experiencia de los hombres, y de las aguas en que navegan, que tu ojo mide en un instante la distancia a que debes conducirlos para hacerlos zozobrar. Pero no eres, oh no, un atolondrado; no olvides a la víctima que has dejado allá; con una malicia de niño, le recuerdas la aventura cuando vuelves a encontrarla, te informas minuciosamente de su estado y le preguntas cómo hizo para salvarse.

Tampoco ahora las dificultades te preocuparán. Dirás que yo he dejado en suspenso, en una vaguedad completa, la naturaleza del Dios de que hablamos; dirás que no es el Eros pagano el que se convertiría de tan buena gana en confidente de los secretos de amor, él, cuya presencia se reduce en definitiva a un simple reflejo del sentimiento de los enamorados. Dirás que hablo del Dios de los cristianos, el Dios de espíritu celoso, celoso de todo lo que no es espíritu. Recordarás que en el cristianismo se niega la belleza y lo sensible; observarás incidentalmente que, por lo tanto, es indiferente al cristiano saber si Cristo ha sido bello o feo; me invitarás a mantenerme, en mi ortodoxia, lejos de las secretas citas de amor, y particularmente a prescindir de todas las tentativas de mediación, que te apenan aún más que la espesa ortodoxia. "Oh, dirás, sería alentador para la muchacha, y muy acorde con su sentimiento, avanzar hacia el altar; y la asamblea vería en ella una criatura imperfecta, incapaz de resistir a la seducción de los placeres del mundo; estaría allí cómo para recibir un correctivo o hacer una confesión pública; Y luego, una vez leída toda la liturgia, el cura se inclinará quizás

sobré la balaustrada y, muy dulcemente, para consolarla un poco, le asegurará que el matrimonio es, en realidad, un estado grato a Dios. La única cosa por considerar en esta situación es la del cura, concluirás; y ya lo creo que me gustaría estar en su lugar, para murmurar el secreto al oído de la muchacha, si ésta es hermosa". Mi joven amigo, sí, el matrimonio es un estado grato a Dios, pero yo no sé que la Escritura hable en alguna parte de una bendición especial para los solteros empedernidos, y todos tus amoríos tendrán, por lo tanto, un fin. Pero ponerse a discutir contigo es imponerse, por así decir, la tarea más difícil, porque eres capaz de probar cualquier cosa y, en tus manos, cualquier fenómeno cobra una forma cualquiera. Cierto, el Dios de los cristianos es espíritu, el cristianismo es espíritu, y se ha introducido discordia entre la carne y el espíritu. Pero la carne no es lo sensual: es lo egoísta. Y, en ese sentido, hasta lo espiritual puede ser sensual, como en el caso en que uno malogra sus dones intelectuales: entonces se es carnal. Sé bien que no es indispensable al cristiano que Dios haya sido físicamente bello; esa necesidad sería deplorable, aunque por una razón que no es la tuya. ¡Cómo no había de tener el creyente un ardiente deseo de verle, si la belleza fuera aquí esencial! Pero de todo ello no resulta en modo alguno que lo sensible sea destruido en el cristianismo. La pasión comporta el momento, el elementos de la belleza; la alegría y la plenitud que lo sensible encierra en su inocencia, pueden muy bien pasar al cristianismo. Pero guardémonos de una cosa, de un extravío más temible que el que tú procuras evitar: no seamos demasiado espiritualizados. Es evidente, también, que no se puede ad-

mitir tu arbitraria concepción del cristianismo. Si fuera exacta, nada mejor que entregarnos en el acto a todas las mortificaciones, a todas las maneras de reducir la carne que nos enseñan las divagaciones de los místicos. Hasta la salud llegaría a ser sospechosa, y dudo mucho que un cristiano piadoso niegue que le está permitido pedir la conservación de su salud a ese Dios que andaba los caminos curando a los enfermos: los leprosos deberían haber rehusado; entonces, la curación, porque eran los enfermos perfectos. Más tiene el hombre la simplicidad del niño, más podrá rezar; pero como la pasión tiene, entre otros caracteres, esa simplicidad, no veo por qué no debería rezar, o más bien, para atenerme a lo que llevo dicho, dar gracias a Dios, permaneciendo su naturaleza indemne.

V. INTERMEDIO DEL NOVIO IMPLACABLE

Pero tú tienes, acaso, algo más sobre la conciencia; confíesalo ahora, mejor que más tarde. Y si a cualquiera de las palabras que yo dirá, objetaras: "jamás he dicho tal cosa", no tendré empacho en admitir que ello es exacto. Pero, oh, mi buen señor observador, perdónale a un pobre marido la audacia de convertirse en objeto de tu observación. Tú ocultas en ti alguna cosa que nunca expresas francamente; de ello provienen la energía y elasticidad de tus palabras; ellos denotan un excedente que dejas adivinar, una explosión aún más terrible. Bueno, pues, ya tienes aquellos por lo que tu alma suspiró ardientemente, lo que creíste descubrir en tan-

tos ensayos sin fruto: una muchacha en la que todo tu ser halla descanso. Y si bien, a primera vista, pareces junto a ella un poco experimentado, se trata, sin embargo, de un verdadero amor romántico. Estás convencido de ello. "Es hermosa" (Naturalmente). "Encantadora". (Sin duda) "Aunque su belleza no es clásica, sino una síntesis de elementos múltiples: está hecha de rasgos caprichosos y contradictorios". "Tiene alma" (Ya lo creo). "Pero puede abandonarse a una impresión hasta casi aturdirte; es ligera y puede balancearse como un pájaro en la rama; tiene espíritu, lo suficiente para iluminar su belleza, pero no más". Acércase el día que debe asegurarte la posesión de tu tesoro, tu único bien en el mundo; y tú no dudas, desde luego, de esa posesión (has reclamado el favor de administrarle la extremaunción). Hace rato que esperas en el comedor familiar: una criada vivaracha, cinco o seis curiosas, una tía venerable, un peluquero pasaron varias veces ante ti, y eso te ha contrariado un poco. Entonces, suavemente, se abre la puerta del salón, y tú lanzas una mirada furtiva; te complace ver que allí no hay nadie, que ella ha tenido el tacto de alejar de ese aposento a todos los importunos. Ella está muy linda, más linda que nunca, aureolada de una armonía cuyas ondas la hacen estremecer. También tú estás transformado. Pero ya tu fina reflexión disimula tu emoción; tu serenidad la cautiva aún más y deposita en el fondo de su alma una seducción inextinguible. Te acercas a ella: su "toilette" torna aún más excepcional la situación. Aún no has dicho palabra: miras, y, sin embargo, pareces no verla; no quieres importunarla con esas tonterías de los enamorados; pero el espejo viene en tu ayuda. Ajustas

a su garganta una alhaja, presente del primer día, cuando le diste el primer beso con una pasión que busca, en ese momento, su confirmación; ella habrá escondido esa joya, de la que nadie sabía nada. Tomas un pequeño ramo de llores, todas iguales en apariencia. Siempre, cuando le enviabas flores, una excedía a las otras imperceptiblemente, y nadie se percataba sino ella. Pero hoy esa flor debe ser también elevada al honor de adornarla, porque es la flor que a ella le ha gustado. Se la ofreces: una lágrima tiembla en sus ojos. Ella devuelve la florecita, en la que dejas un beso antes de ceñírsela al cuello. Un aire de melancolía se difunde sobre su rostro. Tú lo mismo estás emocionado. Ella retrocede un paso, mira casi con cólera el atuendo fastidioso, se lanza a tu cuello. No puede separarse de ti, te abraza ardientemente: se diría que un poder enemigo quiere arrancarte de ella. Su hermosa "toilette" está descompuesta, su cabello se derrumba; y ella, en un instante, ha desaparecido.

Vuelves a caer en tu soledad, por la que pasan solamente una criada vivaracha, cinco o seis primas curiosas, una tía venerable, un peluquero. Se abre entonces la puerta del salón: ella entra, y la calma y la seriedad se leen en su semblante. Le aprietas la mano, una vez más, antes de recibirla entre las tuyas ante el altar. Bueno, tú habías olvidado todo esto. Tú que pensaste en tantas cosas, y éstas también en otras circunstancias, lo habías olvidado completamente, en tu pasión. Y te encuentras en una situación que es la misma para todos. Pero tú no has examinado aún ciertos puntos. Y, sin embargo, eres un hombre demasiado fino para no ver que una bendición nupcial es algo más que una ceremonia.

La angustia se posesiona de ti. "Esta muchacha, cuya alma es pura como la luz del día, elevada como el firmamento, inocente como el océano, esta muchacha a la que yo podría adorar de hinojos, y cuyo amor, lo sé, podría arrancarme a toda mi confusión, y hacerme renacer, ella es la que debo conducir ante el altar del Señor. Estará allí como una pecadora: de ella se dirá, y a ella misma, que es Eva la que ha seducido a Adán. Ella, ante quien se postra mi alma orgullosa; ella, único objeto ante el cual mi alma se ha inclinado, escuchará que yo debo ser su señor, y que ha de someterse a su marido. Ha llegado el momento: la Iglesia ya le tiende los brazos, y quiere, antes de entregármela, poner primero en sus labios un beso nupcial, y no ese beso nupcial por el que yo daría el mundo entero. La Iglesia ya la estrecha en un abrazo que ajará toda su belleza, y luego me la arrojará con estas palabras: "creced y mutiplicaos". ¿Qué poder es ese que osa interponerse entre yo y mi novia, la que yo elegí y que me ha elegido? Y ese poder pretende ordenarle que me sea fiel: ¿acaso necesita ella que se le ordene tal cosa? ¡Y si sólo me fuera fiel porque un tercero, al que ella quisiera más que a mí, se lo impone! Y ese mismo poder me conmina a serle fiel, cuando yo le pertenezco con toda mi alma. Y ese poder regula nuestra situación recíproca: yo debo mandar, ella obedecer. Pero ¿y si yo no quiero mandar, si me siento indigno de ello? No, yo quiero obedecerle, por el contrario: un gesto suyo es una orden. Y rehusó, en cambio, someterme a un yugo extraño. No, yo escaparé con ella, lejos, cuando aún es tiempo; suplicaré a la noche que nos esconda, y las nubes silenciosas nos contarán las historias de sus imágenes auda-

ces, como conviene a una noche de bodas; y, bajo la inmensidad del firmamento, me embriagaré con su encanto, solo con ella, solo en el mundo entero, y me precipitaré en el abismo de su amor. Y mis labios callan, porque las nubes son mis ideas y mis ideas son nubes; gritaré, conjugaré todas las potencias del cielo y de la tierra, para que nada turbe mi felicidad; las tomaré como testigos y les arrancaré ese juramento. Huyamos, huyamos lejos, para que mi alma se recobre y mi pecho respire de nuevo, que no me asfixie en esta atmósfera viciada... Huyamos".

Sí, huye. Eso es lo que yo también quería decir: procul, o procul este profani. Pero ¿te has preguntado si ella accede a seguirte en esta expedición? "la mujer es débil". No, es humilde, y está mucho más cerca de Dios que el hombre; para ella el amor es todo, y seguramente no se propone desdeñar la bendición y confirmación que Dios quiere extenderle. Nunca la mujer ha formulado objeciones al matrimonio, y nunca, nunca se le ocurriría hacerlo si los hombres no la corrompieran, porque sólo una mujer emancipada podría tener ideas semejantes. El escándalo proviene siempre del sexo fuerte, porque el hombre es orgulloso, quiere serlo todo, y no quiere que exista nada por encima de él.

No negarás que este cuadro se adapta casi exactamente a tu caso: aunque lo niegues reconocerás por lo menos que conviene a los protagonistas del amor romántico. He querido modificar un poco los términos habituales para caracterizar tus sentimientos; porque a decir verdad, los que acabo de pintar, por apasionados que sean, y cualquiera sea el pathos

con que se declare, son, sin embargo, demasiado reflexivos, demasiado bien informados de la coquetería de Eros para que se los pueda llamar pasión. Que es, en cambio, humilde, y por lo tanto feliz de reconocer un poder por encima de él, a falta de otra razón para tener una persona a la que agradecer. (De ahí que sea más raro ver una verdadera pasión entre los hombres que entre las mujeres). Por lo demás, también en ti se encontrará una necesidad análoga: ¿no decías que querías conjurar las potencias del cielo y de la tierra? Ya vemos aparecer allí el deseo de acordar a tu sentimiento un origen más elevado. Salvo que en ti esa necesidad se expresa con el más arbitrario fetichismo.

Bueno; pues tu primer agravio era que serías solemnemente proclamado su amo y señor. ¡Como si ya no lo fueras, quizás demasiado! ¡Como si tus palabras no lo probaran ya suficientemente! Pero tú no quieres renunciar a tu idolatría, y a esa coquetería de proclamarte su esclavo, aun sintiéndote perfectamente su amo.

La segunda cuestión que te indignaba era que tu amada debía ser declarada pecadora. Como esteta que eres, me siento tentado de plantearte esta cuestión: ese momento ¿no puede, justamente, acrecentar la belleza de la mujer? He ahí un secreto que la ilumina en forma interesante. La atracción pueril que el pecado puede conservar mientras podamos alegar nuestra ignorancia de él, no puede sino realzar la belleza. Ya comprenderás que no intento seriamente mantener un sofisma semejante; pero, repito, de haberlo advertido a tiempo, quizás hubieras experimentado un entusiasmo sin reservas por esta observación estética. Te habrías permitido

entonces, a partir de ella, una cantidad de descubrimientos; te habrías preguntado si no sería lo mejor, esto es lo más interesante, excitar aún más a la inocente muchacha, con una alusión infinitamente discreta; o dejarla sola luchando con ese oscuro poder; o aun, con cierta gravedad solemne, precipitarla en la ironía, etc. En suma, ya tendrías en ese caso de qué ocuparte. Habrías llegado a soñar con la luz vacilante que aun en el Evangelio se difunde sobre la pecadora, esa a la que muchos pecados se le perdonan porque ha amado mucho.

A todo ello responderé: otra exigencia de tu arbitrio, que quiere verla allí como pecadora. Porque una cosa es conocer el pecado in abstracto, otra conocerlo in concreto. Pero la mujer es humilde, y ninguna ha soñado nunca, por cierto, con escandalizarse de las rudas palabras que la Iglesia le dirige. Es humilde y confiada; y si nadie puede bajar los ojos como ella, nadie tampoco puede osar, como ella, elevarlos al cielo. Si por proclamar solemnemente la Iglesia que el pecado ha entrado en el mundo, hubiera de producirse un cambio en la mujer, sería tan sólo para ligarla aún más poderosamente a su amor. Pero no resulta en modo alguno que con ello se altere la pasión, sino que ésta pasa simplemente a una concetricidad superior. Es, además, muy difícil convencer a una mujer de que el amor terrestre pueda ser pecado, porque entonces toda su existencia se vería atacada en sus raíces más profundas, destruida. Pero hay más: ella no ha venido al altar del Señor para examinar si debe amar o no al hombre que está a su lado: lo ama, su vida está en ese amor, y desdichado el que suscite en ella la duda, el que quiera en-

señarle a rebelarse contra la naturaleza, a negarse a caer de rodillas ante Dios, a mantenerse de pie. Yo no debiera, quizás, refutarte; pues si supones que no puede haber pasión sin que entre el pecado en el mundo, ya te hará cargo de que combates contra molinos de viento. (Con lo cual, por lo demás, muestras qué poco te importa el pecado, y que estás en la esfera de la reflexión). Pero como aquellos a quienes hemos atribuido esta pasión tenían, por hipótesis, un fondo religioso, no necesito entrar en más consideraciones, pues el elemento pecado no reside en la pasión como tal, sino en el elemento egoísta de la pasión, y ese factor personal no aparece hasta el momento en que el amor se entrega a la reflexión, para destruirse con ello a sí mismo.

Te sublevas, por fin, ante la idea de que otro poder, un tercero dices, quiere obligaron a la fidelidad recíproca. Pero recuerda que ese poder no se les impone, sino que, como nuestros enamorados tienen una vida religiosa, recurren a él por sí mismos. Y entonces se trata de saber si ese poder opone o no algún obstáculo a su pasión. Esta, no me lo negarás, busca naturalmente su confirmación, transformándose de una manera u otra, en obligación que los enambrados contraen ante un poder superior. Se juran fidelidad por la luna, las estrellas, las cenizas de sus padres, su honor, etc. "Esos juramentos, declaras, no tienen sentido alguno: son un simple reflejo del estado de ánimo de los enamorados. ¿Cómo se les ocurriría, si no, jurar por la luna?" Pero ya has alterado la naturaleza de la pasión: su belleza propia, efectivamente, consiste en que para ella todo se vuelve realidad en virtud del amor, y sólo en el momento en que inter-

viene la reflexión parece absurdo haber jurado por la luna. En el instante en que el juramento se pronuncia, tiene pleno valor. ¿Y acaso había de cambiar esa situación si los amantes jurasen por un poder que tiene, en cambio, un valor real? No lo creo, porque importa al amor que el juramento tenga un sentido verdadero. Así que cuando te crees habilitado para jurar a tus anchas por las nubes y las estrellas, pero te ofuscas de tener que jurar ante Dios, no haces sino confesar una vez más, que ya estás en la esfera de la reflexión, y que la pasión se ha desvanecido. Porque tu amor no admite confidentes, salvo aquellos que no pueden serlo. Es verdad que el amor es cosa llena de misterio, pero el tuyo es tan soberbio que ni Dios en el ciclo debe saber nada de él, porque Dios, para servirme de una palabra ligeramente irreverente, es un testigo un poco fastidioso. Pero esa pretensión no es otra que egoísmo y reflexión, y que la pasión se ha desvanecido. Porque tu amor no admite confidentes, salvo , porque quiere que Dios esté en la conciencia y, a la vez, pretende que no debe estar en ella. La pasión ignora tales sutilezas.

Tú no conoces esa necesidad de transfigurar el amor haciéndolo pasar a una esfera superior. O, más bien (porque la pasión ignora esa necesidad y obra en forma inmediata), tienes ese deseo, pero no quieres satisfacerlo. Si ahora me vuelvo nuevamente, por un instante, hacia tu supuesta pasión, yo diría que tú conseguirás, acaso, conjurar todas las potencias y, sin embargo, el muérdago fabuloso crecería no lejos de ti. Crecería, y agitando sus ramas derramaría frescura sobre ti y, sin embargo, conservaría un ardor aún más vivo, en el que, desde luego, lo pasaríais muy bien. Sin embargo,

ese muérdago representa la inquietud febril, principio de tu amor; ella refresca y ella quema alternativa y perpetuamente; podrías, incluso, desear para vosotros que se os concediera la eternidad y, a la vez, que ese instante fuera el único. He ahí, si quieres saberlo, por qué tu amor está condenado a una muerte cierta.

LOS PORQUE DEL MATRIMONIO

Ya hemos visto cómo la pasión puede entrar en relaciones con lo ético y lo religioso sin pasar por la reflexión, que la altera: elevándose, simplemente, a una concentricidad inmediata superior. En cierto sentido, allí se produce un cambio, que voy a examinar; es la metamorfosis de los enamorados en esposo y esposa. La pasión se remite a Dios en la acción de gracias a los amantes, y con ello sufre una transformación que la ennoblece. El hombre tiende aquí a la debilidad; en ella ha alcanzado el objeto de su amor; y es verdaderamente mucho más hermoso aceptar la amada como un presente de la mano de Dios que haber sometido al mundo entero para conquistarla. Y, desde luego, el amante de verdad no tiene reposo en su alma mientras no se haya humillado ante Dios de esa suerte; y asigna a la amada un valor demasiado alto para aceptarla como un trofeo, aun acordando a esta palabra su sentido más elevado y bello. Y si bien pone su alegría en conquistarla y retenerla, sabe que lo logrará con el esfuerzo de toda su vida, no con la fuerza sobrenatural de un amorío efímero. Esa conquista no se efectúa, por cierto, como la consecuencia de una duda previa,

sino en una forma inmediata. La vida propia de la pasión subsiste, siempre que primero elimine sus escorias, si me atrevo a hablar de esta suerte. Está en la naturaleza de la mujer sentir la superioridad del sexo masculino, y someterse a ella; pero aunque sienta alegría y dicha al no ser nada, su actitud puede comportar alguna falsedad. En cambio, cuando le agradece a Dios por su amado, su alma está cierta de no padecer: al hacerlo, aleja de sí el objeto de su amor al tiempo de tomar aliento, diríamos. Y esa acción de gracias no es la conclusión de una duda angustiada, puesto que la mujer no conoce nada de tal cosa, sino que se mueve en lo inmediato.

I. NECESIDAD ETICA DE QUE LA PASION SEA ETERNA

Ya he explicado anteriormente que, a despecho de su carácter ilusorio, la eternidad implicada en la pasión le confiere su moralidad; y ahora, cuando los enamorados refieren su amor a Dios, ya esa acción de gracias le otorga un sello absoluto de eternidad, como también la resolución que toman y la obligación que contraen. Eternidad que entiende fundarse no sobre oscuros poderes, sino sobre la eternidad misma. La resolución matrimonial tiene, además, otra función, porque implica la posibilidad de un movimiento en el amor, la de salir de la dificultad de que adolecía la pasión incapaz por sí misma de avanzar. La pasión encuentra su carácter estético en su infinitud, y su carácter inestético en la impotencia de esa infinitud para convertirse en finitud. Con

una imagen mostraré que la aparición de lo religioso no puede aniquilar la pasión. Lo religioso expresa propiamente la convicción de que el hombre, al recibir socorro de Dios, es más ligero que el mundo entero; es la misma fe que constituye el principio de la natación. Se concibe que un hombre que una vez estuvo a punto de ahogarse, lleve una cinta de salvamento capaz de sostenerlo en el agua, pero también el que nunca hubiese estado en peligro. Pues bien: este último caso es el que se aplica a la relación entre la pasión y lo religioso. La pasión hace de lo religioso un salvavidas, sin haber conocido antes una dolorosa experiencia o una reflexión angustiosa; pero te ruego que no fuerces la comparación, como si lo religioso sólo guardase con la pasión una relación exterior. Ya he demostrado que no es así.

Entendámonos de una vez por todas. Vosotros asignáis tanta importancia al abrazo erótico: ¿y qué es ello ante el abrazo conyugal? ¡Qué riqueza en el acento en ese posesivo - "querido mío, querida mía"- comparado con el de los ferrientes de la pasión! No sólo resuena en la eternidad del instante de la seducción, no sólo en la ilusoria eternidad de la imaginación y sus representaciones, sino también en la eternidad de la conciencia, la eternidad de la eternidad. ¡Qué fuerza en ese "mío" que pronuncian los esposos! Porque la voluntad, la resolución, el buen propósito, tienen entonces un acento mucho más profundo. ¡Qué energía y qué ductilidad! Pues, ¿qué hay tan rígido como la voluntad y también tan flexible como ella? ¡Qué fuerza de movimiento, en vez simplemente de ese entusiasmo confuso de vagas impulsiones! Porque el matrimonio funda su institución en el cielo, y

al penetrar el deber todo el organismo de las cosas, hasta su límite, ningún obstáculo será capaz de aniquilar el amor. Deja, pues, a Don Juan la glorieta y su fronda, al caballero el cielo nocturno y sus estrellas, puesto que no ven más allá. El firmamento del matrimonio es aún más elevado.

Tal es el amor conyugal. Y cuando no es así no es culpa de Dios, ni del cristianismo, ni de la ceremonia nupcial, de maldiciones ni de bendiciones, es culpa de los hombres, sin más. ¿Y no es vergüenza, no es pecado, escribir libros en que se enseña a las gentes a dudar de la vida antes de haber vivido, en vez de enseñarles a vivir? Si al menos se les dijera la verdad, esa verdad sería simplemente cruel; pero no, se les miente. Se nos enseña a pecar, y a quienes no se atreven se los torna igualmente desgraciados en otra forma. Yo mismo he sentido demasiado la influencia de esas corrientes esteticistas para ignorar que la palabra "esposos" ofende a tu oído, pero ello me es indiferente. Si ha caído en descrédito, si se ha convertido incluso en motivo de irrisión, éste es el momento de restituirle su belleza. "Esposos no veo nunca, dices, aunque no es raro ver matrimonios". Pero tu sarcasmo no me perturba. ¿El hecho de que cada día tengamos ante los ojos tantos matrimonios, determina que difícilmente nos percatemos de la grandeza de la institución, máxime cuando todos se prodigan para exponerla al ludibrio. Pues no habéis llevado las cosas a tal punto que una muchacha que ante el altar tienda su mano a un hombre es considerada hoy inferior a esas heroínas de vuestras novelas, con sus tempestuosas pasiones?

Te escuché con la mayor paciencia lanzar tus apóstrofes, demasiado violentos acaso para que, con ellos, le confieses verdaderamente; si aún no has comprendido esos movimientos de tu alma, ya verás, cuando el matrimonio se presente a ti como una realidad, cómo entrarás en furia, no sin rehusar aún entonces confiarte a alguien. Permíteme ahora exponer, a mi vez, algunas menudas observaciones. Amamos una sola vez en la vida. El corazón se aferra a su pasión, mediante el matrimonio. Escucha y admira el armonioso unísono de las diversas esferas. Amor, matrimonio: es la misma palabra, pero con un acento ora estético, ora religioso y ético. No se ama más que una vez. Para realizar esta palabra se necesita del matrimonio. Y si algunos desean casarse sin amor, la Iglesia no puede bendecir esa unión. No amamos sino una vez: es lo que escuchamos de las más diversas bocas, de los felices a quienes cada día otorga esa feliz certidumbre, y de los desventurados. Los hay de dos clases: los que siguen aspirando al ideal y los que le son infieles. Este es el caso de seductores. Pocas veces damos con uno de ellos, porque se necesita, para serlo, aptitudes poco comunes. Yo he conocido a uno sólo y, ¿sabes?, también él confesaba que sólo una vez se ama, y sus desbordes no habían conseguido, por cierto, asfixiar al amor. Sí, dicen algunos, puede que sólo amemos una vez, pero ¿no nos casamos dos y hasta tres veces? Aquí también las esferas se ponen al unísono para responder. Pues la estética dice no, y la Iglesia y su ética ven con desconfianza la segunda boda. Comprobación de una extrema importancia, a mi juicio; porque, si fuera cierto que amamos varias veces, la causa del matrimonio estaría perdi-

da: podría parecer que la arbitrariedad del elemento religioso, al exigir que se ame una sola vez, lesiona al elemento erótico. La religión trataría a la ligera la cuestión erótica. Como si dijera: "Sólo puedes casarte una vez, y no hablemos más de ello".

Ya hemos visto cómo la pasión pasa al matrimonio sin sufrir, con ello, alteración alguna. Si es así, y puesto que el matrimonio contiene a la pasión, el mismo elemento estético que la pasión implica, debe reaparecer en el matrimonio. Pero lo estético reside en lo infinito de la pasión, en su carácter apriorístico, como hemos visto; y además, en esa síntesis de los contrarios que es el amor, sensible y sin embargo espiritual, libertad y necesidad a la vez, dado en el momento, y eminentemente presente, pero en tal forma que comporta una eternidad. También el matrimonio posee todos esos elementos. Es de orden sensible, pero a la vez espiritual; y más aún porque la palabra "espiritual" aplicada a la pasión significa, ante todo, que ese amor es cosa del alma, que es lo sensible impregnado de espíritu. El matrimonio es libertad y necesidad; y más aún, porque la libertad aplicada a la pasión es propiamente libertad del alma. Ciertamente que, aun siendo libre, la individualidad no se ha liberado aún de la necesidad natural; pero la entrega de sí misma acrece a medida que la libertad sube de grado: sólo puede prodigar su yo a aquel que lo posee. Es en la esfera de lo religioso donde los individuos alcanzan a ser libres: él de un falso orgullo, ella de una falsa humildad. Y si lo religioso aparece entre los enamorados, que se abrazan tan estrechamente, no es para separarlos, sino para permitirles a ella brindarse con una riqueza de senti-

mientos que no sospechaba hasta entonces, y a él no sólo recibir, sino también brindarse y ser recibido por ella. El matrimonio comporta lo infinito, más aún que la pasión, porque su infinitud intrínseca es una vida eterna. El matrimonio es la síntesis de los contrarios, más aún que la pasión, porque tiene una antítesis más, lo espiritual y lo sensible, en una oposición aún más radical. Pero lo sensible cobra una importancia estética tanto mayor cuanto más nos alejamos de él: de otro modo, el instinto de los animales constituiría el grado más alto de lo estético. El elemento espiritual del matrimonio es superior al de la pasión. El matrimonio tiene excelencias, una belleza, una estética tanto mayores, cuanto más se eleva el firmamento por encima del dosel nupcial; y el cielo del matrimonio no es el de la tierra, sino el del espíritu. Cierto que también el matrimonio pertenece al instante, porque es sano y vigoroso, y tiende a perfeccionarse; pero en un sentido más profundo que la pasión, cuyo defecto es su carácter abstracto, mientras que la resolución inherente al matrimonio implica la ley del movimiento, la posibilidad de una historia interna. ¿Qué resolución es ésa? Pues, la resignación, pero en su forma más rica: la que piensa no en lo que se pierde sino en lo que con ella se gana. Hay en ella otra cosa con la que al amor se relaciona, pero no en un sentido exterior. Porque la resolución no es aquí el fruto madurado por la duda: es la abundancia de la promesa. Tal es la belleza del matrimonio, en el que lo religioso, lejos de negar lo sensible, lo ennoblece.

Te lo confieso, y quizás cometa un error. A veces, cuando pienso en mi matrimonio, brota en mí la idea, impregna-

da de una indefinible melancolía, de que un día cesará. Y, a pesar de mi certeza de vivir en otra vida con aquella a la que me he unido, de volver a vernos convertidos en puro espíritu, me entristece pensar que se desvanecerá la antítesis en que nuestro amor hallaba uno de sus elementos. Pero me consuela saber que aún tendré el recuerdo de haber vivido con ella en la unión más hermosa, la más íntima que pueda ofrecer la vida terrestre. Si algo comprendo de todo esto, el defecto del amor terrestre es idéntico a lo que constituye su virtud: al hecho de ser una predilección. Mientras que el amor espiritual se mueve en la dirección inversa, liberándose siempre de todas las relatividades, el verdadero amor terrestre llega a su más alto grado cuando es el amor exclusivo a un solo ser en el mundo entero. Tal es lo que decimos con la expresión: amar a una sola persona y una sola vez. Comienza el amor terrestre por amar a varios, en otras tantas anticipaciones efímeras y termina por amar a uno; el amor espiritual se abre siempre más, abraza a seres cada vez más numerosos, y halla su expresión verdadera en el amor a todos. De modo que el matrimonio es a la vez sensible y espiritual, libre y necesario, y absoluto en sí mismo. Y como es, de tal modo, una armonía interna, tiene naturalmente su teleología, su finalidad en sí mismo. Si esto es así, toda pregunta sobre su porqué es un malentendido fácilmente explicable, aun por el prosaico entendimiento. El cual, aunque por lo común es algo más decente que Maestre Basilio cuando hace del matrimonio la más risible de las cosas burlescas, me incita también a decir contigo: "Si eso es el matrimonio, tiene razón

Basilio".

II. LOS QUE SE CASAN PARA AFIRMAR SU CARÁCTER

Veamos ahora, para distraernos, algunos ejemplos. Por diferente que sea nuestra hilaridad, podemos reírnos un poco en compañía. Esa diferencia es, poco más o menos, la del acento con que tú y yo diríamos: "¿El porqué del matrimonio? El Señor lo sabrá". Por lo demás, cuando digo que nos reiremos un poco juntos, importa no olvidar cuánto debo en este terreno a tus observaciones. El marido que soy te lo agradece de veras. Pues cuando las gentes no quieren realizar la misión más hermosa, cuando pretenden bailar en todas partes, menos en Rodas, ya pueden caer víctimas de tu malicia, y la de tus compadres, hábiles como sois en engañarlos con la máscara de la confianza. Pero hay un punto que me reservo, uno del que no me he permitido sonreír ni me lo permitiré jamás. Qué bueno, has dicho a menudo, preguntar a cada cual por qué se casó; ya veríamos cómo una circunstancia casi insignificante ha sido decisiva, y te hace gracia la desproporción entre un inmenso efecto, el matrimonio con todas sus consecuencias, y su pequeña causa. No me detendré en el error que cometes al considerar esa menuda circunstancia de una manera completamente abstracta; ni observaré que, si resulta alguna cosa de esa bagatela, es, sin duda, porque ésta suscita una cantidad de determinaciones. Señalaré, en cambio, la belleza de los matrimonios que tienen un mínimo de porqué: entre el amor y su porqué hay

una relación inversa, siempre que sea verdadero, por supuesto. Si un espíritu ligero repara en las insignificancias del porqué, uno profundo reconocerá con alegría su inmensa trascendencia. Cuanto menos sea el porqué, mejor. En general, en las bajas clases de la sociedad, se contrae matrimonio sin preguntarse uno por qué; pero entre ellas es aún mucho más raro oír todos esos cómo: cómo arreglármelas, cómo educaré a mis hijos, etc. El matrimonio nunca tiene otro porqué que el suyo propio, que es infinito. Y éste, en el sentido en que yo lo entiendo, no es un porqué, convendrás en ello. Pues si al porqué de uno de esos esposos filisteos que se hacen los entendidos se respondiera invocando la categoría y verdadera razón, él declarararía, como en *Los Elfos* el maestro de escuela: "Avísenme cuando van a mentirme". Verás también la razón de que yo no quiera, ni pueda, extraer de esa falta de porqué un aspecto cómico: temería arruinar el porqué verdadero. Este es uno e indivisible, pero contiene una energía y una fuerza capaces de sofocar a todos los cómo. El otro porqué, el finito, es una suma, una masa en la que cada cual escoge lo suyo, uno más y otro menos, y todos con la misma estupidez. Pues el que pudiera sumar todos los porqué finitos en el momento de contraer matrimonio sería el más miserable de todos los esposos.

Una de las respuestas aparentemente más decentes a ese porqué del matrimonio se formula así: el matrimonio es una escuela para el carácter, se casa uno para cultivar y ennoblecer su carácter. Y aquí invocaré un hecho preciso, que conozco por ti, precisamente: el de aquel funcionario del que "te habías posesionado", según tu propio término, y que

mucho se te parece. Excelente cerebro el de ese hombre, y particularmente versado en el estudio de las lenguas. La familia, congregada, tomaba el té: él fumaba su pipa. Su mujer no era una belleza ni parecía muy inteligente: de más edad que su marido, se veía en el acto, a tu juicio, que para ello debía de haber una razón particular. Hallábase a la mesa una joven recién casada: pálida y confusa, parecía saber de otro porqué. La dueña de casa servía el té, traído por una muchacha de dieciséis años, no bella pero sí en carnes, y que respiraba salud; ésta, a su vez, aún no parecía haberse planteado ningún porqué. Allí, en ese círculo honorable, Tu Indignidad había sido recibida. Tú, que venías ex officio para ejercer tus funciones de "observador", y que otras dos veces no lo habías logrado, encontraste esa tarde una ocasión demasiado propicia para descuidarla. Hablábase justamente por aquellos días de la ruptura de un noviazgo, pero aún no había llegado a esa casa la información de la ciudad. Se discutió el asunto bajo todos sus aspectos, es decir que todos fueron "actores"; luego se dictó el fallo y el culpable fue excomulgado. Los espíritus estaban sobreexcitados. Tú arriesgaste en favor del condenado una pequeña insinuación que, naturalmente, no tendía a defenderle, sino a provocar la réplica. Réplica que no vino. Pero tú agregaste: "Puede que se tratara de un noviazgo precipitado. Quizás no haya encontrado el importante porqué, podríamos decir el haber, que debe preceder a una decisión tan grave: en fin, por qué se casa uno. Por qué, eso es: por qué". Pronunciaste cada uno de esos por qué en un tono distinto, pero con el mismo acento dubitativo. Era demasiado: con uno bastaba, pero esa movilización general, esa

avalancha de todas las fuerzas sobre el campo enemigo fue decisiva. Había llegado el momento. Con una bonhomía que dejaba entrever la superioridad de la experiencia, replicó el dueño de casa: "Señor mío, yo se lo diré a usted: se casa uno porque es una escuela para el carácter". El ataque había sido desatado; aprobándole y contradiciéndole alternativamente, le llevaste a extremar sus opiniones para una grotesca, una mediocre edificación de su mujer, para escándalo de la recién casada y estupor de la muchacha.

En aquella época me permití sermonearte por tu conducta, no desde luego por aquel hombre, sino por las mujeres a quienes tu crueldad hizo soportar tan penosa escena todo el tiempo posible. Las dos señoras no necesitaban de mi defensa, y sólo tu habitual vanidad te hizo incurrir en esa conducta. Quizás la dueña de casa amase de veras a su marido: en ese caso, ¿no era terrible para ella escuchar tales expresiones? Añade la indecencia de toda la situación: lejos de conferir al matrimonio un carácter virtuoso, la reflexión de la razón lo torna, por el contrario, inmodesto. El amor sensible no admite glorificación más que cuando es a la vez estético, religioso y ético: la del amor. Las consecuencias racionales lo hacen no sólo irreligioso, sino también inestético, porque se niega a lo sensible su derecho inmediato. Así que quien se casa por esto o por aquello cumple una acción en la que tanto falta lo estético como lo religioso. De nada sirve su buena intención, porque su error consiste justamente en tener una intención. Si una mujer (y hemos visto en el mundo una locura semejante, que parece proveer a su matrimonio un inmenso por qué), si una mujer se casara para

engendrar un salvador, ese matrimonio sería tan inestético como inmoral e irreligioso. Punto éste sobre el que nunca seré demasiado claro. Hay cierta categoría de razonadores que miran lo estético por encima del hombro, con profundo desprecio: ven en ello pura travesura y frivolidad y, en una lamentable teleología, se creen a sí mismos por encima de tales miserias. Pero la realidad es muy otra: haciéndose los entendidos, se excluyen de la moralidad, tanto como de la estética. Y lo mejor es guiarse por el otro sexo, más sensible a lo religioso y a lo estético. La argumentación del dueño de casa era, por lo demás, hartamente vulgar, y no necesito recordártela. En cambio, concluiré estas reflexiones deseándoles a todos los esposos de esa especie una Xantipa por mujer e hijos degenerados si es posible: entonces tendrán ocasión de educar el carácter, si es lo que buscan.

Que el matrimonio sea realmente escuela del carácter, o su génesis, sí queremos evitar ese lugar común, es cosa que puedo conceder sin reservas aunque sosteniendo, por cierto, que todo aquel que se case por esa razón debería dirigirse a cualquier otra escuela. Anotemos, además, que tal candidato al matrimonio nunca aprovechará las lecciones que éste pueda depararle. En primer lugar, porque se priva de lo que el matrimonio tiene como elemento fortificante, que afirma y estimula todas las articulaciones del pensamiento, puesto que es, efectivamente, una verdadera hazaña. ¡Pero debe ser una hazaña! Y si es atinado entregarse a tales cálculos, también es cierto que ellos son, al mismo tiempo, una tentativa de arruinar el matrimonio. Porque a ese hombre se le escapa, naturalmente, ese vasto capital de explotación que es el amor, y

pierde el beneficio de la humillación que se saca del elemento religioso del matrimonio. Y se sobrentiende que es demasiado sabihondo para no ir al matrimonio con un programa preestablecido de conducta a seguir, que sirva de regia a su unión y a la desdicha que él destina, desvergonzadamente, a su experiencia conyugal. Pero recordemos esta gran verdad: el matrimonio es una escuela, con la condición de no sustraernos a su disciplina, o de someternos a ella, como siempre se requiere en materia de educación. Hace madurar al alma, otorga un sentimiento de dignidad personal y también de pesada responsabilidad, que no se puede disipar por medio de sorismas, porque uno ama de veras. Ennoblece todo el ser con el pudor propio de la mujer; ese pudor disciplina al esposo, porque la mujer es la conciencia del hombre. Vuelve armónicos los movimientos excéntricos del marido, y otorga a la vida apacible de la esposa fuerza y virtud, pero sólo en la medida que ella busque esa fuerza en su marido, y evite así de convertirse en marimacho. Las bruscas cóleras del hambre se aplacan cuando vuelve constantemente a su compañera, y la debilidad de ella se fortifica cuando se apoya sobre él.

Es por el matrimonio cómo conquista el hombre su verdadera libertad positiva, porque ese estado puede cubrir todas las circunstancias de su vida, la más pequeña como la más grande. El matrimonio lo libera de cierto embarazo anormal en las cosas normales; cierto, esa soltura puede adquirirse en muchas otras formas, pero también a expensas del bien. Lo libera del estancamiento de la rutina por la frescura de la corriente que mantiene; y de la sociedad, unién-

dole a una sola persona. Yo he observado a menudo que los solteros son esclavos, sobre todo, de sus caprichos³.

¡Y todas las menudencias que comporta el matrimonio! Ya sé que me las concedes en privilegio, y ruegas al cielo que te preserve de ellos. Pues mira: nada tiene tanto valor educador como las pequeñas cosas. Hay una edad en la vida en que es preciso eludir las, pero otras en que tienen su utilidad. Y se requiere mucha fuerza de carácter para salvar uno su alma de futilidades; pero podemos hacerlo cuando lo quere-

³ En la vida cotidiana, pueden permitírsele todo, sin dar cuentas a nadie; pero, salvo en ese aspecto, son dependientes esclavos de los otros. ¡Qué importancia tienen en su vida, por ejemplo, un criado, una gobernanta! Y ellos que personifican los caprichos y el humor de sus amos, no son otra cosa que el llamado de la campanilla. Saben cuándo el señor se levanta o, más bien, con qué anticipación es necesario encender el fuego en su escritorio antes de llamarlo; qué prendas nuevas hay que ofrecerle y cómo hay que envolverle las medias para que se las ponga más fácilmente; entibiarse el agua, abrir las ventanas cuando sale, presentarle su botinero y sus pantuflas cuando regresa. El personal doméstico sabe todo eso; pero, a pesar de ese servicio cuidadoso, rara vez los solteros están satisfechos. Pueden, seguramente, comprarles a sus criados la satisfacción de todos sus deseos. Son ora coléricos y ceñudos, ora débiles y benévolos. Unos rixdals lo resuelven todo. Y el personal doméstico aprende a tirar de esa cuerda: trátase, simplemente, de cometer una barbaridad de vez en cuando, con intervalos convenientes; dejar al señor que derrame su bilis y mostrarse desesperado para, en fin de cuentas, recibir una propina. El señor queda conquistado por una personalidad así: el criado llega a ser indispensable y, de hecho, un perfecto déspota.

mos, eso es lo propio del carácter, y quien ama quiere hacerlo. Quizás le cueste al marido adaptarse a esos detalles, pero su mujer le presta una ayuda inapreciable, porque está hecha para ocuparse de las pequeñas cosas, a las que sabe otorgar una importancia, un valor, una belleza llenas de encanto. Las pequeñas cosas nos salvan de la rutina, de las manías tiránicas del yugo de los caprichos. ¡Cómo podría madurar toda esa cizaña en una unión en que tantas veces, y en formas tan diversas, los dos se juntan a considerar las cosas! No, esa cizaña no podría prosperar. Porque "la caridad es paciente, llena de bondad; no es envidiosa, ni presuntuosa, ni se hincha de orgullo; nada hace de deshonesto, ni procura el propio interés; nunca se irrita, ni sospecha el mal, ni se alegra de la injusticia, sino que pone toda su alegría en la verdad; ella lo excusa todo, lo cree todo, lo espera todo, lo soporta todo". Imagina estas bellas palabras, de un apóstol del Señor, aplicadas a toda una vida que tenga conciencia de haberlas olvidado a menudo, aunque para volver siempre a ellas. E imagina también a dos esposos que se digan estas palabras conservándoles su acento de alegría. ¡Cuánta felicidad comportan, qué transfiguración del carácter! En el matrimonio, las grandes pasiones no conducen a nada; con ellas no puede hacerse provisión; ni se puede, puesto que este mes la caridad ha sido intensa, satisfacer también otro período. Claro que a cada día le basta su afán, pero también su bendición. ¡Si lo sabré yo que he sometido mi orgullo y mi inquietud de hipocondríaco a su amor, y su vivacidad a nuestro amor! Sé también que se han necesitado muchos

días, y que aún quedan muchos peligros. Pero tengo confianza en la victoria.

III. LOS QUE SE CASAN PARA TENER HIJOS

También se casa uno para tener hijos, y contribuir a la propagación de la raza humana. ¿Te das cuenta? ¡Cuán escaso sería el aporte social de quien no tiene hijos! Los estados han procedido con tino al establecer recompensas para los que se casan y para los que tienen más hijos. En ciertas épocas, por el contrario, el cristianismo ha preferido a los que permanecen solteros. Aún siendo erróneo, este punto de vista revela un profundo respeto por la persona, puesto que no quiere reducir el Individuo a un simple momento, sino que le reconoce un valor definitivo. Más se concibe el Estado abstractamente, menos agota el Estado el concepto de individualidad, y más naturales también una exigencia y un estímulo de esa especie. En contraposición con estas teorías, a veces, en nuestros días, se ha preconizado el matrimonio sin hijos. Pues ya bastante le cuesta a nuestra época infundirnos la resignación necesaria para contraer la unión conyugal: si hemos renunciado a nosotros mismos al punto de casarnos, cree que ha hecho bastante, y uno no se resuelve a soportar las complicaciones que entraña una cohorte de hijos. En las novelas, no es raro que tal o cual persona alegue de paso, como razón para no casarse, que no puede soportar a los niños. ¡Ah, pero los pueblos más refinados corrigen esa incomodidad! Alejan a los niños de la casa paterna lo más

pronto posible, o los envían a un internado, a una pensión. Cuántas veces no te has burlado tú mismo de esos padres tragicómicos, con sus cuatro hijos que son lodo su orgullo, y a los que, en su fuero íntimo, querrían ver lo más lejos posible. Y cuántas te has divertido con aquellos otros padres ofendidos en su dignidad por las menudencias que entraña la vida, cuando hay que apelar al látigo, o cuando los niños se ensucian, y el gran hombre -el padre- se siente inhibido en sus audaces ímpetus por el pensamiento de que su prole lo liga a la tierra. Y con qué justiciera crueldad has excitado la contenida cólera de esos nobles padres cuando, ocupándote de sus retoños, dejaste caer palabras sobre la bendición de tener hijos.

Casarse para contribuir a la propagación de la especie podría parecer una razón eminentemente objetiva y natural. Así se sitúa uno, al parecer, en el punto de vista de Dios; y desde ese punto de vista considera cuán hermoso es el perpetuar la humanidad. Hasta se podría asignar una importancia excluyente a estas palabras: "Creced y multiplicaos, cubrid la tierra toda". Y sin embargo, el matrimonio contraído con esa intención es tan poco natural como arbitrario, y desprovisto de apoyo en la Escritura. Leemos en ella que Dios instituyó el matrimonio porque no era bueno que el hombre estuviera solo, y para darle una compañera. Y si alguno de los que hacen burlas de la religión impugnara a esa compañera que empezó por arrastrar el hombre a la perdición, ¿qué probaría? Yo veo en el suceso una razón más en favor del matrimonio, porque sólo cuando la mujer hizo tal cosa se ha confirmado entre los esposos la sociedad más

íntima. Pero leemos también otras palabras -"y Dios los bendijo"- de las que no suele hacerse caso. Y cuando el apóstol Pablo, en un pasaje harto severo, conmina a la mujer a escuchar la instrucción en silencio, sumisamente, y luego de haberle cerrado la boca, agrega, para humillarla aún más: "Ella se salvará engendrando hijos"; en verdad que yo no le perdonara ese desprecio si no lo hubiese reparado con estas palabras: "si ellos (los hijos), perseveran en la fe, en la caridad y la santificación, con modestia".

Pero ahora caigo en la cuenta de que, a despecho del escaso tiempo que mis funciones me dejan para estudiar, y si bien mis modestos conocimientos versan sobre muy otras materias, quizás sorprenda verme, aparentemente, tan conocedor de la Escritura que pudiera presentarme a un examen de teología. Un pagano de la antigüedad, creo que Séneca, dijo que a los treinta años debería uno conocer tan bien su temperamento como para ser su propio médico; yo pienso, a mi vez, que al llegar a cierta edad uno debería ser su propio cura. No porque desdeñe participar del culto público, e instruirme con provecho; pero, a mi juicio, nos es imprescindible poner en claro las más importantes cuestiones de la vida, cuestiones que, dicho sea al pasar, tan pocas veces ocupan a los hombres. Tengo una idiosincrasia, un temperamento rebelde a los tratados edificantes y a los sermones, de modo que cuando no puedo ir a la Iglesia acudo a la Escritura. Llevaba seis meses de casado y aún no se me había ocurrido examinar la doctrina del Nuevo Testamento sobre el matrimonio. Había asistido a diversas bodas, antes que a la mía, y conocía las palabras sagradas que se pronuncian en la oca-

sión. Sin embargo, yo deseaba una información más completa, por lo que recurrí a mi amigo el pastor Olufsen, que se hallaba entonces en esta ciudad, y él me indicó los pasajes esenciales. Se los leí a mi esposa. Recuerdo muy bien la impresión que le causaron algunas palabras. Ocurrió entonces algo muy curioso: yo no conocía los pasajes de la escritura que deseaba leerle, y no había pensado verificarlos de antemano, porque esperar la impresión que iba a producir sobre ella me resultaba insoportable; esa espera suponía una desconfianza impertinente. Te conviene tomar nota de ello: cierto que no estás casado, y no tienes por qué mantener una franqueza tan estricta con nadie, pero la premeditación con que preparas tus efectos raya, a decir verdad, en lo ridículo. Por más que engañes a la gente, y te esfuerces porque todo parezca fortuito, tan inesperado como sea posible, no creo que puedas decir "hasta mañana" sin haber calculado la manera. Pero volvamos al matrimonio, y a los esposos empeñados en propagar la especie. Aun así concebido, adopta, a veces, un aspecto más estético. Es el caso de una noble familia que se extingue: sólo le quedan dos representantes, un anciano y su nieto. El venerable viejo no tiene otro deseo que el de ver casado al último heredero del nombre, que así no desaparecerá. Considera aún a otro individuo, cuya vida no tiene la misma importancia: él también, sin remontarse tan lejos, no piensa sin melancolía en sus padres, y los ama tanto que tal vez desee que ese nombre no se extinga, sino que se conserve en el recuerdo agradecido de los vivos. Este hombre piensa que sería bueno hablarles a sus hijos del abuelo muerto hace tiempo, y fortificar su vida con ese re-

trato ideal que guarda solamente en su memoria, y así infundirles entusiasmo por todo lo que es noble y grande. Quizás piense resarcir así a sus padres por la deuda que cree tener para con ellos. Todo esto es hermoso y es bueno. Pero no tiene nada que ver con el matrimonio que, únicamente contraído por esa razón, carece de moralidad como carece de estética. Será duro decirlo, pero es así. El matrimonio no puede concebirse sino con una intención, gracias a lo cual deviene ético en el mismo grado que estético. Pero esa intención lo es en forma inmanente: otra cualquiera separa lo que está unido, y pone así a lo espiritual y lo sensible en el rango de lo finito. Es muy posible que, invocando las razones precedentes, y sobre todo cuando los sentimientos tienen verdadero fundamento, se gane el corazón de una muchacha. Pero entonces se contraría la naturaleza: el ser de la mujer sufre, con ello, una verdadera alteración, y siempre será ofensivo para ella desposarla por otra razón que no sea el amor.

Demasiado sé que, para servirme de una de tus comparaciones, toda consideración digna de las caballerizas es incompatible con el matrimonio. Pero también es cierto que la generación sólo aparece como una bendición a quien no haya alterado el concepto del amor conyugal. Es una cosa hermosa sentir gratitud hacia una persona, pero la más grande deuda es la de la vida. Sin embargo, puede un hijo deberse a su padre aún más: porque no sólo recibe de él la vida pura y simple, sino cargada de cierto contenido. Cuando ha reposado por un tiempo en el seno de su madre, el niño es entregado al padre, que también lo nutre de su carne y su sangre,

es decir de las experiencias que tan a menudo pagó muy caras en su agitada vida. ¡Y qué núcleo de posibilidades es un niño! Apruebo de buen grado tu rencor contra la idolatría de que se lo hace objeto, y sobre todo contra ese rito familiar que lo obliga a circular de unos a otros, al almuerzo y a la cena, para recibir el tributo de los besos, la admiración y las esperanzas de la tribu, mientras los padres, henchidos de orgullo, se congratulan por las dificultades que han dejado atrás y por la obra maestra que han producido. Confieso que podría emular tus sarcasmos contra esos excesos bulliciosos: pero yo me escandalizo de otra manera. Los hijos pertenecer al santuario de la familia, a su vida más recóndita, y es a ese claroscuro misterioso al que debe dirigirse todo pensamiento de gravedad y de piedad en esta cuestión. Pero entonces se verá igualmente que todo niño está rodeado de una aureola, y todo padre sentirá que su vástago encierra en sí más de lo que él le diera. Sentirá, humillado, que ese pequeño ser es un depósito confiado a su custodia, y que el no es, en definitiva, aunque en el sentido más hermoso de la palabra, sino un padre adoptivo. Padre que no haya sentido eso invocará siempre en vano; su dignidad paternal. Desembaracémonos de todos esos modelos intempestivos, de toda esa parada junto a la cuna del recién nacido, pero dispénsame también de su petulancia cuando, como Henri en el drama de Holberg, quieres forzarte a lo increíble. Nada hay más hermoso y más importante que un bebé, pero tampoco, más endeble e insignificante, y la opinión de un hombre en esta materia nos ilumina decisivamente sobre él. Un bebé produce un efecto casi cómico cuando se piensa en su pretensión

de ser un hombre y una impresión trágica si se piensa que viene al mundo gritando, y que se necesita mucho tiempo para que se olvide de gritar, y que nadie ha explicado aún ese grito del recién nacido. El niño puede, pues, atraer nuestra atención de muchas maneras, pero el punto de vista religioso, que ha de ser tenido en cuenta con los demás, es el más bello. Claro que a un amante de la posibilidad, como tú, poca alegría puede traerte la idea de un hijo; pero yo no dudo que tu pensamiento curioso y errante ha aventurado también una mirada en ese mundo, y ello, naturalmente, porque quieres conservar la posibilidad a tu disposición. Demasiado te gusta hallarte en el estado en que están los niños, cuando en la sala, a oscuras, esperan la revelación del árbol de Navidad; pero un hijo supone también una posibilidad de muy distinta especie, y tan seria que apenas si tendrás la paciencia de soportarla. Y, sin embargo, los hijos son una bendición, un don del cielo. Es bueno, conviene que un hombre medite con la mayor seriedad sobre el bien de sus hijos; pero si a veces no recuerda que, aparte del deber y la responsabilidad que le imponen, son también una bendición, es porque no ha abierto su corazón a los sentimiento estéticos ni a los sentimientos religiosos. Cuanto más capaz sea un hombre de recordar que los hijos son una bendición, menos necesita luchar y dudar para conservar ese don del cielo, única bien que el niño posee, pero con todo derecho porque Dios mismo se lo brinda. Y más bella es la paternidad, más estética, más religiosa.

A veces paseo por la ciudad entregado a mis pensamientos, a la impresión del momento y del entorno. Así he

visto a una pobre mujer que ejercía un pequeño comercio, no en un negocio o en una trastienda, sino en la plaza, al aire libre, expuesta a la lluvia y al viento, y llevando un hijo en los brazos. Estaba limpia, y su hijo cuidadosamente abrigado. La he observado con frecuencia. Vino a pasar cierta vez una gran dama, que le reprochó no dejar el niño en casa, tanto más cuanto era un estorbo. Y también pasó un sacerdote: se acercó y ofrecióse a procurar para el niño un puesto en un asilo. La mujer rehusó cortésmente. Pero deberías ver la mirada con que se inclinó sobre su hijo: aunque estuviese en agonía esa mirada lo hubiera reanimado. Aun helado de muerte, o sucumbiendo de hambre y de sed, esa mirada de bendición le hubiera devuelto la vida. Pero el niño dormía, y ni siquiera su sonrisa recompensaba a la madre. Esa mujer sí que sentía que un hijo es un don del cielo. Si yo fuera pintor, no querría pintar jamás otro cuadro que el de esa mujer. No es frecuente ser testigo de una escena semejante: es una suerte, como hallar una flor insólita. Pero el mundo del espíritu no está sometido a la vanidad: una vez hallada la planta, florece siempre, y yo he visto a menudo a esa madre. La mostré a mi esposa. No me hice el importante, no le envié ricos presentes, no me creí la Providencia: me humillé ante ella. En verdad, poco han de importarles el oro y las grandes damas, los asilos ni los sacerdotes, ni un pobre asesor de la Corte de Apelaciones con su esposa. Nada necesita, salvo que un día su hijo la ame con la misma ternura; ni siquiera eso, pero es la recompensa que ha merecido, la bendición que el cielo no le rehusará. Ese amor maternal es bello, y conmueve hasta a tu corazón endurecido, no lo niegues.

Para hacerte confesar que un hijo es un don del cielo, no apelo, como ves, a los espantajos que por lo común se emplean para asustar al solterón, representándole su soledad futura y la desgracia de no tener en torno la algazara infantil. Porque tú no te dejarías asustar, al menos por mí; ni siquiera por el mundo entero (cuando estás solo con todo en la sombría estancia de las ideas melancólicas, a veces te asustas de ti mismo). Y, por otra parte, siempre me parece sospechoso que, para asegurarte la posesión de un bien, haya que atormentar a otros con el pensamiento de que no lo tienen. Mófate a tu busto, pues, pero ten cuidado de que esa mofa, en el silencio de tu alma, no se transforme en un impaciente deseo del ideal que, por faltarte, te infligiría un rudo castigo.

Los hijos son también una bendición desde otro punto de vista: es increíble la forma en que instruyen. Mira a este hombre orgulloso, al que ninguna adversidad ha doblegado, mírale cómo arranca una muchacha a la vida de su familia, con un aplomo tal que parece decir: "Conmigo estás protegida, porque estoy habituado a desafiar las tormentas; y aún tendré ahora mucha más fuerza, por el entusiasmo y por la razón que me inducirá a luchar". Pues este hombre se convierte en padre, y entonces cómo le espanta una pequeña indisposición de sus hijos, y como una enfermedad pone una plegaria en sus orgullosos labios. He visto a hombres que se gloriaban, o poco menos, de desdeñar al Altísimo, y se burlaban de todo aquel que invocase Su Nombre; los he visto, convertidos en padres, tomar a su servicio a los espíritus más piadosos para confiarles la educación de sus hijos. He visto también a muchas cuya soberbia mirada hacía temblar al

Olimpo, y cuya alma vanidosa sólo vivía para su tocado y para los triunfos mundanos; y, una vez madres, las he visto sufrir todas las humillaciones, y suplicar casi a esos hombres piadosos que les dijeran lo que les parecía mejor para sus hijos. Pienso en un caso determinado, en una señora de altivo carácter, cuyo hijo cayó enfermo: hubo que llamar a un médico de la ciudad, y el rehusó venir, pues tenía informaciones sobre esa casa. Y bien, esa señora corre a la del médico, y le aguarda pacientemente, hasta conmoverle con sus ruegos y decidirle avenir. Pero estos casos tan sensibles no tienen, aunque verídicos, la virtud edificante de otros ejemplos, menos conmovedores, que cada día se ofrecen a los ojos de quien quiera ver.

Sí, los niños son verdaderos maestros, y por una razón más. Cada uno de ellos posee una espontaneidad ante la que no valen los principios y máximas abstractas, sino que hemos de servirnos de nuestra propia experiencia, a veces con muchos trabajos y dificultades. ¡Qué sentido más profundo tiene el proverbio chino: cría a tus hijos y sabrás lo que debes a tus padres! Y luego añade la responsabilidad del progenitor. Ya sabes cómo, al frecuentar a las gentes, tratamos de inculcarles la idea que tenemos por justa; que lo intentamos muchas veces, y cuando ya no sabemos qué hacer nos lavamos las manos. ¡Pero cuándo llega el momento en que un padre se atreve, o más bien en que puede tomar en su corazón la resolución de renunciar a toda otra tentativa! Revivimos toda su vida en la de sus hijos, y sólo entonces comprendemos a medias la suya. Pero es inútil hablarte de

todo esto: hay cosas de las que no se puede tener idea sino cuando se las ha vivido, y una de ellas es la paternidad.

Considera, también, cuán hermoso es ligarse, por los hijos, al pasado y al futuro, y cuán benéfico es ver que la especie asume en las familias como un tipo determinado. Ciertamente, el soltero puede también permitirse ese examen, pero no se sentirá igualmente autorizado: hasta cierto punto, él no interviene en la evolución sino para perturbarla.

IV. LOS QUE SE CASAN PARA ESCAPAR A LA SOLEDAD

Se casa uno, además, para tener un hogar. Cuando nos hastiamos en casa, viajamos para hastiarnos en el extranjero, pero acabamos por volver a hastiarnos en casa. Este tiene, para compañía, un hermoso perro de caza, y tal vez un caballo de sangre; y, sin embargo, alguna cosa le falta. En el restaurante, los amigos están del mismo humor tétrico, y es en vano buscar allí algo más. Tal o cual amigo ha desaparecido: sí, ha contraído matrimonio. Y uno piensa, sentimentalmente, en su ancianidad, y siente a su alrededor un vacío total. Nadie nos aguarda cuando estamos ausentes. La vieja gobernanta es, en el fondo, una excelente persona, pero no sabe, absolutamente, ponerle a uno de buen humor y hacer la casa un poco más agradable. Entonces nos casamos. El vecindario aplaude, aprueba esa decisión sabia y razonable, y se opina que lo esencial del matrimonio, la suerte más grande del mundo, es tener esa cocinera de confianza, de buen ca-

rácter, y capaz de ir sola al mercado, sin sisar; es una suerte tener una criada tan hábil que sabe hacerlo todo. Pero entonces, ¿por qué ese viejo hipócrita no se contenta con desposar a una enfermera? Pero no, lo mejor no le basta; y esa criada es, además, una hermosa muchacha, que habrá de sufrir los hierros de ese verdugo. Y si ella nunca había amado aún es la situación más falsa, más cruel. Ya lo ves, no te impido hablar; y, con todo, tú confesarás que vemos ciertas uniones, generalmente de la clase media, concertadas con la intención de tener un hogar, y que son muy hermosas. Son hombres no muy jóvenes que, sin haber corrido el mundo, gozan del peculio necesario y piensan entonces en casarse. Pero su conducta es bella, y no se te ocurra dirigir tus sarcasmos contra tales uniones: una simplicidad que no carece de nobleza otorga a la vida de los esposos un doble carácter estético y religioso. Porque nada tiene entonces de egoísta la idea de un deber, de un acto que les corresponde, y que, además, es una obligación grata. No es raro que las personas casadas hablen de su propio consuelo y del tormento de los solteros: "Tenemos nuestro techo, y errando seamos viejos, un refugio". Y a veces agregan con el énfasis solemne del sermón dominical: "Nuestros hijos y nietos nos cerrarán los ojos y nos llorarán". A los solterones, añaden, les espera la suerte opuesta. Conceden, con un poquito de envidia, que la pasarán mejor en los años de juventud; y, secretamente, aún desearían ser libres; pero no se puede tener lo uno y lo otro. Pasa con los solterones lo que con el hombre rico: han tomado su parte por anticipado. Todos estos matrimonios tienen un defecto común: hacer de un momento particular

de la unión el motivo de esa unión. Esta clase de esposos se sienten decepcionados cuando tienen que confesar que, en fin de cuentas, el matrimonio es algo más que la adquisición de un hogar para comodidad y bienestar de uno mismo. Pero hagamos abstracción de toda esa hipocresía para ver el hogar en su belleza y en su verdad. No es dado a todo el mundo tener una actividad muy vasta, y muchos de los que creen trabajar por una gran causa se sorprenden, tarde o temprano, en el error. No me refiero a ti, desde luego, porque eres demasiado inteligente para no husmear en el acto esa ilusión de la que tantas veces te has burlado, y con mucha gracia. Tienes, en ese sentido, una dosis extraordinaria de resignación, y has renunciado a todo de una vez por todas. Prefieres divertirte; en todas partes eres un huésped bienvenido, y tu agudeza, la amenidad de tus conversaciones, cierta bonhomía realizada por la malicia, hacen que los demás, al verte, se prometan una buena velada. Siempre has sido bienvenido en mi casa, y lo serás siempre, porque no me causas mucho miedo, y porque falta buen rato para que me puedas producir inquietud: mi única hija tiene tres años y tú no diriges a personas de esa edad tus señales telegráficas. Pero a veces me has reprochado mi retiro del mundo; la razón es, como te dije entonces, que tengo mi hogar. Aquí como en todos los otros puntos, es difícil contar contigo, porque siempre cambias de posición. Si se trata de arrancarle a una persona sus ilusiones, para inculcarle una opinión más cierta, tú estás dispuesto, como siempre, a ser servicial; y eres infatigable, no hay duda, para darles caza a las ilusiones y aplicarles el golpe de gracia. Hablas tan razonablemente, con

aire tan advertido que, de no conocerte, uno te tomaría por un hombre de razón asentada. Pero estás muy lejos de la verdad. Te empeñas en arruinar las ilusiones y a fuerza de hacerlo en todas las direcciones imaginables, te sumerges en una ilusión nueva: la de creer que uno puede detenerse allí. Sí, amigo mío, tú vives en la quimera, y nada llevas a cabo.

Pero, oh ciclos, he dicho la palabra que siempre ha producido en ti un efecto tan curioso. "¿Y quién lleva a cabo alguna cosa? Esa es una de las ilusiones más peligrosas; yo no me agito, no, no; me divierto lo mejor que puedo, y sobre todo de los que creen hacer alguna cosa. ¿No es, acaso, increíblemente risueño que un hombre se forme esa idea?" Cada vez que abordas ese tema me siento mal dispuesto, porque tu frase contiene un insolente sofisma que, sostenido con tu audacia característica, te deja siempre la última palabra, o por lo menos te proporciona un éxito de risa. Recuerdo aquella vez en que, después de escuchar largo tiempo a un hombre indigno de tus discursos, sin dignarte pronunciar palabra de refutación, e irritándole tan sólo con tu sonrisa sarcástica, respondiste, al fin, para regocijo de los presentes: "Cuando usted aplica esas palabras a todo el resto de su actividad, y haciendo caso omiso de esta charla, nada se puede objetar, por cierto, a su creencia de que realmente trabaja por el bien general y particular".

Me apenas cuando hablas de este modo; y te compadezco: si en esa pendiente no te detienes, acabarás por perder los dones de una rica naturaleza, que tal es tu peligro. No hay dudas, tus arrebatos y tus salidas tienen una fuerza que no he encontrado en ninguno de los muchos y torpes des-

contentos profesionales. Por otra parte, tampoco eres de su número, porque no les escatimas tus sátiras, acaso por haber ido mucho más lejos que ellos. Jovial y contento, sonríes, llevas el sombrero ligeramente requintado, no te enfermas de los contratiempos de la vida y aún no te has afiliado a una sociedad de funebreros. Pero tus palabras son también peligrosas para los jóvenes, a quienes impresiona el aplomo soberano que manifiestas en todas las circunstancias de la vida. No te recordaré que todo hombre tiene una misión que cumplir en el mundo: pregunto solamente si no hay en tu vida ciertas cosas que cubres con un velo impenetrable; y si esas cosas no son tales que te inciten a hacer también alguna cosa, así tu melancolía gima dolorosamente al ver el poco fruto de tu esfuerzo. Si pudiéramos ver tu fuero interno, cuán distinto parecerías... ¿Y no te entristece profundamente no hacer nada? En este punto tengo un indicio: un día dejaste caer algunas palabras que no se han perdido y, no lo dudo, tú lo darías todo por ser capaz de hacer alguna cosa. Si eres o no responsable de esa impotencia tuya, si emana de un orgullo que deba ser quebrantado para que seas apto para la acción, no lo sé, ni te apremiaré por saberlo. Pero, ¿por qué diablos quieres mostrarte siempre tan maligno, y siempre satisfecho de tu poder victorioso? Lo repito, a menudo siento uno qué poca cosa hace en el mundo. Y no lo digo por desaliento, porque en ese punto no tengo nada que reprocharme: creo cumplir a conciencia mis funciones, y con satisfacción; creo que nunca, con la esperanza de hacer más, me sentiré tentado de ocuparme de lo que no me importa. Y, con todo, mi actividad es muy limitada, y sólo en la fe puede

estar uno seguro de hacer obra valedera. Pero yo tengo, además, un hogar, y aquí te ruego que medites en estas bellas palabras de Jesús Sirach: "El que ha tomado mujer empieza a poseer, porque tiene un colaborador y un apoyo. Allí donde falta la cerradura los bienes serán robados, y donde la mujer está ausente se suspira y se vaga como un alma en pena. Porque, ¿quién pone fe en el bandido que va de plaza en plaza? Así con el hombre que no tiene un hogar donde se lo espere al caer la noche".

Yo no me he casado para tener un hogar, pero lo tengo, y encuentro que es una bendición. No creo ser un marido bufón, ni que te atrevas a dirigirme ese epíteto; ni soy el marido de mi esposa, como lo es el de la reina de Inglaterra; y si ella no es en la casa de Abraham una esclava a la que yo expulsara con el niño, tampoco es una diosa a cuyo alrededor yo ejecute cabriolas amorosas. Tengo un hogar que no lo es para mí todo, pero sé que he sido todo para mi mujer, porque ella lo ha creído con toda humildad y porque sé que he sido y lo seré todo para ella, tanto como un ser humano puede serlo para otro. Quiero mostrarte ahora qué buena cosa es serlo todo para otro, sin que nada de finito o particular lo recuerde ingratamente, y hablo con una comodidad tanto mayor cuanto que mi mujer no corre, en absoluto, el riesgo de verse menoscabada. No se ha casado conmigo por necesidad: no era una muchacha pobre, en favor de quien habría yo cumplido una buena acción, como dice el mundo cubriéndose de un profundo desprecio. No era una bribona con la que se casa uno por razones especiales, y de la que yo habría sacado algo de bueno gracias a mi sabiduría. Ella era

independiente y, lo que dice más, de gustos tan simples que no tenía necesidad de ponerse en venta; y era sana, mucho más que yo, y también más animada. Su vida no podía, naturalmente, ser tan agitada como la mía, ni tan reflexiva; mi experiencia podía preservarla de muchos traspies, pero su sana índole tornaba superflua esa preocupación. Nada me debe, verdaderamente, y sin embargo lo soy todo para ella: sin serle necesario, no le he sido indiferente. He velado sobre ella, y aun duermo como Nehemías armado, si he de servirme de una imagen que subió a mis labios en otras circunstancias, y para mostrarme que no olvidé tu observación maliciosa, cuando objetaste que ello sería un estorbo para mi mujer. Joven amigo mío, ya ves que tus sarcasmos me dejan frío, puesto que los repito; y sin rencor, te lo aseguro. De modo que no he sido absolutamente nada para ella, y sin embargo, lo soy todo, mientras que tú has dado todo a una cantidad de gente para la que, en el fondo, no has sido nada. Supongamos, si quieres, que en los contactos temporarios que estableces con las personas seas capaz de dotarlas de un tesoro de cosas interesantes, de despertar en ellas un poder creador tal que con ello tengan bastante para ocupar su vida; supongamos, a pesar de la imposibilidad de la hipótesis, que hayan realmente ganado frecuentándote. Y tú, sin embargo, has perdido, porque no has hallado a nadie por quien puedas desear serlo todo. Y tu grandeza está en tela de juicio: tan dolorosa es, que ruego a Dios me libre de tal superioridad.

La primera idea que convenga asociar a la noción de hogar es la de la acción que representa, para desechar así toda idea falsa y despreciable de bienestar. Aun cuando esté

disfrutando de una amable velada en su casa, el marido debe ver en ello un momento activo, por más que ese momento no se manifieste en un hecho material y tangible. Aunque no parezca a primera vista, el marido puede muy bien ser activo en su casa, mientras la actividad doméstica de su mujer es más manifiesta. A la idea de hogar se asocia, además, tal cantidad de circunstancias materiales que es muy difícil hablar en general. Todos los matrimonios tienen su carácter propio, e importaría mucho conocerlos en gran número, siempre que esa originalidad específica, desde luego, esté impregnada de espíritu. Me causa horror todo el desorden separatista que vemos en ciertas familias; desde la primera visita se empeñan en hacerte sentir cómo, en esa casa, todo tiene su sello propio; y ese particularismo llega a veces tan lejos que la familia habla una jerga especial, o se expresa con alusiones tan misteriosas que no sabe uno qué pensar. El hecho es que cada familia posee un carácter propio, pero que el arte consiste en saber ocultarlo.

Los que se casan para tener un hogar aducen que no tenían a nadie que los esperara, que los recibiera, etc. Esto muestra que sólo tienen un interés cuando piensan, al mismo tiempo, en la vida exterior. Dios sea alabado, yo no siento en absoluto la necesidad de salir para recordar ni para olvidarme de que tengo mi hogar. Esa sensación me ha acometido doquiera estuviese, y no necesito ir al salón o al comedor para convencerme de que tengo un hogar. Esa sensación suele apoderarse de mí cuando estoy solo en mi gabinete de trabajo, oigo abrirse la puerta, y poco después veo un alborozado palmito en el vidrio, en el acto cubierto otra vez por la

cortina que vuelve a su sitio; oigo entonces golpear suavemente y aparece entre los batientes un rostro que se diría no tiene cuerpo: es mi mujer a mi lado. Pero ya vuela otra vez a sus ocupaciones. Esa sensación puede posesionarse de mí cuando, muy entrada la noche, velo en la soledad, como antaño en el colegio de magistrados; me ocurre, entonces, que enciendo la luz y me deslizo sin ruido en su dormitorio, para ver si duerme realmente. Claro que lo mismo siento, a menudo, cuando vuelvo a casa. Acabo de llamar: ella sabe que tengo costumbre de llegar puntualmente (los pobres funcionarios tenemos también el inconveniente de no poder reunirnos con nuestras mujeres a cualquier hora). Ella conoce mi modo de llamar: entonces, habiendo entrado en el vestíbulo, cuando escucho el bullicio de los mitos, al que ella mezcla su voz, y la veo llegar a la cabeza de la pequeña cohorte, tan niña ella que parece rivalizar en júbilo con los chiquillos, entonces siento que tengo un hogar. Y cuando adopto una expresión grave (tú te jactas de ser psicólogo, pero quién lo es tanto como una mujer), cómo cambia esta niña que hace un momento era toda travesura: no se entrega a la desesperación, ni se enfada, sino que hay en ella una fuerza sin dureza, infinitamente flexible, semejante a la de la espada que puede morder la piedra y, sin embargo, plegarse en torno de la cintura. Y cuando me ve más bien moroso (lo que también me ocurre, Dios mío), de cuánta deferencia no es capaz; y, sin embargo, qué superioridad hay en esas precauciones.

Después de todo cuanto pueda decirte sobre este punto he de referirlo a una palabra categórica aplicable a tu caso con todo derecho, y que tú, por lo demás, empleas frecuen-

temente. Eres un extranjero y un viajero sobre la tierra. Los jóvenes, sin idea del precio que se paga por la experiencia, ni una sospecha de su increíble riqueza, pueden fácilmente dejarse arrastrar en el mismo torbellino que tú, pueden sufrir la influencia de tus discursos y sentir la frescura de la brisa que los atrae mar afuera, en el océano sin límites que tú les sugieres; tú mismo puedes embriagarte de juventud y perder casi tu dominio pensando en ese infinito, que es tu elemento y que, como el mar, oculta impasible todos sus secretos en sus profundidades. Hábil como eres para surcar esas aguas, ¿no podrás hablar de acciones y de naufragios? Y es cierto que los viajeros en general, no saben gran cosa uno del otro cuando van sobre esas olas. Aquí no se trata de equipar grandes navíos, que se sacan penosamente mar afuera; no, se trata de embarcaciones muy pequeñas, de canoas de una plaza: se aprovecha el momento se tiende la vela, se corre con la velocidad infinita de los pensamientos inquietos, uno sobre las olas sin fin, otro sobre los cielos infinitos. Es una vida peligrosa, pero uno está familiarizado con la idea de perderla: porque el placer consiste en desvanecerse así en el infinito, de suerte que no quede sino el goce de ose desvanecimiento. En el océano Pacífico, dicen los marinos, se ve una suerte de barco fantasma, el "Holandés volante". Una pequeña vela tendida, y corre sobre las olas con prodigiosa celeridad. Lo mismo ocurre con tu navegación sobre el océano de la vida. Cuando uno está solo en su piragua, se basta a sí mismo; no tiene contacto con otro sino en el momento en que lo desee. ¿Pero, realmente, es verdad que solo en su piragua se basta uno a sí mismo? En verdad, yo no

comprendo muy bien cómo se puede llenar ese vacío; sin embargo, como eres el único hombre, el único que yo conozca, en quien esa declaración no es absolutamente embustera, se también que tienes a bordo un pasajero capaz de llenar el tiempo. De suerte que tú podrías decirte: solo en mi barco, solo con mi tristeza, solo con mi desesperación, que tienes la cobardía de cultivar, antes que someterte, como es debido, al saludable dolor de la curación.

Permíteme pues, poner en claro la faz de tu vida oculta en sombras. No es que yo quiera espantarte, ni pretendo ser un pájaro de mal agüero, y tú eres demasiado listo para dejarte suggestionar. Pero piensa en la plenitud del dolor, en la melancolía, en la humillación de ser, en ese sentido, extranjero y viajero sobre la tierra. No quiero dañar la posible impresión de mis reflexiones sobre tu espíritu, irritándote con la evocación de esa espesa concordia familiar, de esa atmósfera de caballeriza que te provoca náuseas. Pero imagínate la vida de familia en su belleza basada en una unión íntima y fecunda, de suerte que todos los vínculos, no se sabe cómo, permanezcan invisibles y fundidos de tal modo entre sí que sólo se pueda sospechar su conjugación; piensa en esa vida de la familia, así escondida, pero floreciendo hacia el exterior tan bellamente que en parte alguna tropiece con las aristas de sus ángulos; y piensa, por fin, en tu actitud ante ese cuadro. Una familia así organizada sería para ti un ambiente encantador: pienso que serías feliz volviendo a ella con frecuencia y, gracias a tu soltura, te hallarías allí muy pronto como un familiar más. Digo "como" porque es obvio que no llegarías a serlo, puesto que insistes en ser extranjero y viajero. Serías, en

cambio, un huésped agasajado; y se haría cualquier cosa para que la compañía te fuera grata; precavidos te tratarían como niño mimado. Siempre gozarías de nuevas atenciones y te ingeniarías de mil modos para alegrar a esa familia. Todo esto es muy hermoso ¿no te parece? Sin duda, en uno de tus momentos de capricho, te inclinarías a decir que no le complace ver a la familia en salto de cama, las muchachas en pantuflas y la madre sin su chal; sin embargo, si te haces cargo de ello, hay para ti un profundo motivo de humillación en esa manera de recibirte, y eso es lo que debería hacer cada familia para enseñarte la modestia. ¿No crees, pues, que la familia se reserva en el secreto una muy diferente vida privada, que es su santuario, y que cada una tiene sus dioses lares, aunque no los exponga en el vestíbulo? ¿Y no ocultan tus expresiones la debilidad de un refinamiento sutil? Pues si tú te casaras no creo realmente que sufrieras viendo a tu mujer en negligé, a menos que fuera un atuendo destinado a gustarte. Ciertamente, tú crees haberte prodigado con la familia que te recibe, aportándole una agradable conversación, y difundiendo en el salón cierto brillo estético. Pero supongamos que la familia hace muy poco caso de esas ventajas, en comparación con la vida privada que posee. Eso es lo que descubrirás en cada familia; y piense lo que quiera tu orgullo, es una humillación. Nadie comparte tu tristeza, nadie se te confía. Protestarás, invocarás un caso y otro, en que te has enriquecido con una cantidad de observaciones psicológicas; pero ellas son, a menudo, una ilusión, porque a todos nos place hablarte de bagatelas, rozando apenas, o en todo caso dejándote apenas adivinar una inquietud, porque lo intere-

sante que entonces se desarrolla en ti es un calmante para el dolor, y comporta por sí mismo un placer que hace buscar la medicina aunque no se la necesite. Y cuando tu aislamiento (las gentes, como sabes, prefieren recibir la comunión de un monje limosnero antes que de su confesor), incite a alguien a dirigirse a ti, ese recurso nunca tiene verdadera importancia, ni para él ni para ti: para él, porque siente cuán arbitrario sería confiar en ti, y para ti porque no sabrías hacer abstracción de la ambigüedad, base de tu competencia. Eres, indudablemente, un buen operador, y posees el arte de entrometerte en los rincones más ocultos de la tristeza y la inquietud, aunque sin olvidar el camino de vuelta. Sea, admito que consigas curar a tu paciente, pero tú no sacas de ello ninguna alegría verdadera y profunda, porque toda la cura lleva el sello de lo arbitrario y tú no has asumido responsabilidad por ella. Sólo la responsabilidad procura la bendición y la verdadera alegría, y ello aunque no tenga la mitad de tu habilidad: procura la bendición aun cuando uno permanezca impotente. Pero cuando se tiene un hogar se tiene también una responsabilidad, y ello trae la confianza en sí y la alegría. Al negarte a asumir una responsabilidad, debes hallar natural la ingratitud de las gentes para contigo, esa ingratitud de la que a menudo te quejas. Sin embargo, no es frecuente que te preocupes por curar a las gentes; en general, ya lo he dicho, tu actividad principal tiende a arruinar las ilusiones y, si es posible, a embarcar a otras personas en sendas quimeras. Cuando se te ve tan hábil en arrastrar en dos tiempos y tres movimientos a algunos jóvenes, a una buena distancia de las pueriles ilusiones, tan saludables por muchas

razones, y cuando se los ve, ahora aliviados de la realidad, desplegar las alas, en tanto que tú, como un viejo pájaro lleno de experiencia, les das una idea del aleteo que permite dominar la vida entera; más aún, cuando emprendes un ejercicio análogo con muchachos y les muestras en qué difiere el vuelo del varón y de la hembra, el primero, ímpetu audaz y la segunda deslizamiento hacia el ensueño, ¿quién podría entonces reprocharte tu virtuosidad? Y sin embargo, ¿quién no se enfadaría contigo por tu ligereza? Puedes decir con todo tu corazón estas palabras de la vieja canción:

Mi corazón es como un palomar:
cuando una viene, la otra vuela.

Salvo que, en tu caso, las palomas que entran son mucho menos que las que vemos, constantemente, salir.

Pero por hermosa que sea, desde luego, la imagen del palomar para representar el apacible hogar placentero, no debe ser entendido de esa manera. ¿No es triste, no es doloroso dejar transcurrir así la vida, sin detenerse nunca en ella? ¿No es triste, joven amigo mío, que ella nunca cobre para ti un contenido? Deja una cierta melancolía sentir que uno envejece, pero ella se posesiona del hombre con mucha más fuerza cuando no puede madurar. En este momento siento cuánta razón tengo para llamarte joven amigo. Una diferencia de siete años no es precisamente una eternidad; y si no quiero jactarme ante ti de la madurez de la razón, incoaré al menos, la de la vida. Sí, siento que he llegado a ser realmente más viejo, mientras que tú sigues aferrado a las primeras

sorpresas de la juventud. A veces, muy raramente en verdad, cuando me siento harto del mundo, esa impresión se alía a una placentera aspiración. Pienso en estas hermosas palabras: "Felices los que descansan de sus trabajos". No creo haber realizado una obra grande en mi vida; la parte que me fue asignada no la elegí yo; pero, a pesar de su insignificancia, mi obra ha sido la alegría de cumplirla modestamente. Seguramente, tú no descansas de tus trabajos, porque el reposo es para ti la maldición y sólo puedes vivir en la inquietud: el reposo es tu enemigo, y te vuelve aún más inquieto. Eres un hambriento al que los alimentos le redoblan su hambre; un hombre atormentado por la sed, que la bebida no hace sino excitar aún más.

Pero ya vuelvo a mi tema, a las intenciones de orden finito según las cuales se contrae matrimonio. No he citado más que tres de ellas, que parecen siempre tener un argumento en su favor, y que reflejan siempre tal o cual momento particular de la unión, aunque en su exclusividad sean tan risibles como contrarias a la estética y a la religión. Omitiré muchas otras absolutamente miserables en su estrechez, y que ni siquiera se prestan a la risa. Por ejemplo, el matrimonio por dinero, el matrimonio por celos, el matrimonio dictado por las esperanzas, la esperanza que ella morirá, o vivirá largo tiempo pero será un árbol fértil, cargado de frutos, de modo que uno podrá, gracias a ella, ponerse en el bolsillo las herencias de una colección de tíos y tías. No tengo ánimo para nombrar tales bajezas. Pero, en conclusión de este examen, puedo inferir, como se ha visto, que el matrimonio, por ser estético y religioso, no puede tener porqués

de orden finito. Pero tal era, precisamente, el carácter estético de la pasión, de modo que hasta en este caso el matrimonio está en el mismo nivel que ella. Y el carácter estético del matrimonio consiste en que entraña una serie de porqués que la vida revela en toda su bendición.

EL MISTERIO DEL MATRIMONIO

Pero como mi primera finalidad es mostrar el valor estático del matrimonio, y como este se distingue de la pasión por su carácter ético y religioso, en la medida en que ese carácter se expresa en un acto particular, en la bendición nupcial, voy a detenerme en este acto. Así no parecerá que facilito demasiado mi tarta, y evitaré la menor apariencia de disimular el cisma entre la pasión y el matrimonio, cisma en que tantos otros, y tú mismo, han insistido, aunque por razones distintas. Tienes perfecta razón, hay que reconocerlo, cuando pretendes que si tantas gentes admiten ese cisma, la causa es que carecen de la energía y la cultura necesarias para reflexionar sobre ambas cosas. Pero veamos desde más cerca la bendición nupcial y su liturgia. En lo que sigue me encontrarás, tal vez, suficientemente armado, pero tranquilízate: nada de ello se hará a expensas de mi mujer. Porque ella ve complaciente que yo mantenga a distancia a bandidos como tú y tus semejantes. Opino, además, que si el cristiano debe estar siempre dispuesto a confesar su fe, también el esposo debe ser capaz de justificar el matrimonio, no precisamente ante cualquiera a quien se le ocurra preguntárselo, sino ante

quien el considere digno de escucharlo, o cuando le parezca bien hacerlo aunque el auditor sea indigno, como en este caso. Y como, en estos últimos tiempos, después de devastar varias provincias, te has propuesto hacer lo mismo con la del matrimonio, me siento obligado a ir en tu busca.

Presumo que conoces la fórmula de la bendición nupcial y que, incluso, la has estudiado. Por lo demás, siempre estás bien preparado y, en general, nunca atacas una posición antes de haberte informado cuidadosamente, al punto de parecer su defensor más calificado. De modo que a veces te sucede, como lo has lamentado, que llevas demasiado bien el ataque y encuentras defensores menos informados sobre sus posiciones que tú, el atacante. Pero antes de entrar en pormenores, veamos sí, en el acto de la bendición, simplemente concebido como acto, no habrá una dificultad mortificante. No es cosa que adviertan los enamorados en un instante de inspiración, una cosa que podrían abandonar sin prestarle más atención si, entre tanto, vieran cambiar el curso de sus pensamientos. Trátase, pues, de un poder que se halla entre nosotros. ¿Necesita acaso el amor reconocer otro poder que él mismo? Es posible que tú lo admitas: la duda y la aflicción deben de haber enseñado al hombre a rezar antes de inclinarse, por su voluntad o contra ella, ante ese poder. Pero la pasión no necesita haber pasado por ahí. Recordarás que hemos supuesto a los interesados cierto desarrollo desde el punto de vista religioso, de tal suerte que no necesito examinar cómo la vida religiosa puede aparecer en el hombre, sino cómo puede coexistir con la pasión; y así como es seguro que el amor desventurado puede imprimir en el hombre un

sentimiento religioso, es evidente que los individuos religiosos pueden amar. El sentimiento religioso no es tan extraño a la naturaleza humana que se necesite previamente una ruptura con ella, para que él brote. Pero si nuestros enamorados tienen una vida religiosa, el poder que se presenta a ellos en la bendición nupcial no les es extraño, y como su amor los une en una unidad superior, el sentimiento religioso los eleva a una unidad aún más alta.

I. EL VALOR DE LA BENDICIÓN NUPCIAL

¿Cuál es, pues, el valor de la bendición? Ante todo, ella suministra una vislumbre sobre el origen de la especie, a cuyo vasto organismo incorpora así a la nueva pareja. Además, invoca lo general, el aspecto puramente humano que le hace presente a la conciencia. Ello te choca, y quizás me digas: en el momento en que uno se une tan estrechamente al ser amado que toda otra cosa desaparece de la conciencia, es desagradable que a uno le recuerden que "ésta es una vieja historia", algo que ha sucedido, sucede y sucederá. Porque tú pretendes alegrarte del carácter propio de tu amor, quieres dejar a la pasión inflamarte, y no deseas que se trastorne la idea de que Pedro y Pablo hagan la misma cosa. "Es terriblemente prosaico -dices- oír que a uno le recuerden su número de orden: En el año 1750 se han presentado a las diez horas el señor X y su virtuosa mujer Y; y el mismo día, a las once, N y O. ¡Qué sonido tan terrible el de esta enumeración!". Pero tu razonamiento oculta una reflexión que ha

trastornado tu pasión. Como ya lo he dicho, el amor es la unión de lo general y lo particular; pero si uno desea, como tú, gozar de lo particular, ello denota una reflexión que ha colocado lo particular al margen de lo general. Cuanto más compenetrados estén esos elementos, más belleza tiene el amor. La grandeza no consiste en ser lo particular, en el sentido inmediato ni en el más amplio, sino que importa poseer en lo particular lo general. Recordar lo general no significará, para la pasión, una introducción inoportuna. Añade a ello que la bendición nupcial hace aún más, porque, y vuelvo así a lo general, refiere los enamorados a los primeros padres. De suerte que no se atiene a lo general in abstracto, sino que lo muestra extendiéndose a la primera pareja de la especie, indicando así la índole de cada unión. Todo matrimonio, cualquier vida humana, es a la vez esa cosa particular y, al mismo tiempo, el todo; es a la vez el individuo y el símbolo. Así la bendición ofrece a los enamorados la más hermosa imagen de dos seres a quienes el pensar en los otros no trastorna. Les dice a los individuos: "Bueno, ustedes son una pareja: el mismo acontecimiento se repite aquí con vosotros, vosotros os halláis solos en el mundo infinito, solos a la faz de Dios". Ya ves cómo la bendición otorga lo que tú reclamas. Y además, y más que eso, a la vez lo general y lo particular.

"Pero la liturgia proclama que el pecado entró en el mundo, y es chocante, cuando uno se siente más puro, que le recuerden tan fuertemente el pecado. Enseña también que el pecado entró en el mundo con el matrimonio, cosa que no es alentadora para ninguno de los contrayentes, y se sobren-

tiende que la Iglesia puede lavarse las manos si resulta del matrimonio algo dañoso, porque ella no nos halagó con una vana esperanza. Pero el hecho de que no lo haga debemos considerarlo como un bien. Continuemos. La Iglesia dice que el pecado entró en el mundo por el matrimonio, permitido por ella, sin embargo; pero sería interesante saber si enseña que fue por medio del matrimonio. En todo caso, proclama simplemente que el pecado es patrimonio común de los hombres, sin hacer su aplicación a éste o aquél. Sobre todo, no dice: "Estás a punto de cometer un pecado". Es difícil, ciertamente, exponer en qué sentido el pecado apareció con el matrimonio, porque podría aparecer que identificamos pecado y sensualidad, y no puede ser completamente así, porque la Iglesia autoriza el matrimonio. "Sí, dirás, después, que ha despojado al amor terrestre de toda su belleza". "En modo alguno, responderé, o por lo menos la liturgia de la bendición no dice palabra sobre ello".

La Iglesia proclama luego la pena que cabe al pecado: la mujer debe alumbrar en el dolor y estar sometida a su marido. Pero la primera de estas consecuencias es de tal naturaleza que, si la Iglesia no lo anunciara, se daría a conocer por sí misma. "Cierto, dirás, pero es chocante declarar que los dolores del alumbramiento son la consecuencia del pecado. ¿Te parece hermoso, y es conforme a la estética, que el hijo nazca en el dolor? ¿Es para el hombre un privilegio, un símbolo de la importancia que representa su venida al mundo, si la oponemos a los animales que producen sus vástagos con una facilidad tanto mayor cuanto más bajo se hallen en la escala de los seres? Pero aquí también tengo algo que señalarte: esa

necesidad es proclamada como una carga común de la humanidad, y el nacimiento en el pecado expresa con la mayor profundidad nuestra dignidad suprema, de tal modo que la vida humana asume un glorioso carácter, que la transfigura, cuando todo lo que se relaciona con ella concurre a la determinación del pecado. Y en cuanto a la sumisión de la mujer a su marido, dirás sin duda: "Sí, es una buena cosa, y siempre me complace ver a una esposa que ama en su marido a su amo". Pero que tal condición resulte del pecado, eso te subleva, y te sientes llamado a presentarte como caballero defensor de la mujer. Yo no decidiré si, de ese modo, le prestas algún servicio, pero creo que no has comprendido el fondo mismo de su naturaleza en toda su complejidad, en el que ella es a la vez más perfecta y más imperfecta que el hombre. Si quiere uno designar la pureza y la perfección mismas, o, por el contrario, la más grande debilidad y el más grande desamparo, nombra a la mujer. Trátase de dar una idea de la elevación de lo espiritual por encima de lo carnal o, por el contrario, de representar lo sensual, y se nombra a la mujer. Si quiere uno caracterizar la inocencia en toda su noble elevación o, por el contrario, el sentimiento abrumador de la culpa, se nombra a la mujer. Ella tiene, pues, en cierto sentido, más perfección que el hombre, lo que la Escritura expresó adjudicándole más culpabilidad. Si ahora pretendes que la Iglesia proclama tan sólo la carga humana que corresponde a la mujer, no me parece que resulte de ello un motivo de inquietud para la pasión sino para la reflexión, que no sabe mantener a la mujer en el dominio de esa posibilidad. Pero la Escritura no hace de ella una esclava. Dice:

"Y Dios dijo: daré a Adán una compañera". Palabra que no tiene menos emoción que verdad estética. A tal punto que, más tarde, enseña: "Y el hombre dejará padre y madre y se adherirá a su mujer". Uno esperaba, más bien, lo contrario: es la mujer la que dejará padre y madre, y se añadirá a su marido, porque es la más débil. La Escritura reconoce implícitamente el valor de la mujer, y no hay caballero que pueda ser más galante.

Finalmente, la maldición que pesa sobre el varón, el hecho de que debe comer su pan con el sudor de su frente, parece excluirlo de las bienaventuranzas del amor. Que esa maldición, como cualquier otra de Dios, lleve en su seno una bendición, como se ha recordado a menudo, el argumento no prueba aquí nada, puesto que se postula necesariamente un porvenir para que se haga la experiencia de él; en cambio, deseo recordarte que la pasión no es cobarde, no teme al peligro, y no podría, por consiguiente, ver en esa maldición un obstáculo capaz de detenerla.

¿Cuál es, pues, el valor de la bendición nupcial? ¿Acaso "sujeta a los enamorados"? No, por supuesto, sino que hace surgir en el mundo exterior lo que ya estaba en movimiento. Insiste sobre el carácter humano general y, en ese sentido, también sobre el pecado; pero todas esas angustias, todo ese tormento que rehusan admitir la entrada del pecado en el mundo se originan en una reflexión desconocida para la pasión. Exigir que el pecado no haya entrado en el mundo es devolver la humanidad a un estadio más imperfecto. El pecado intervino, y los individuos, inclinándose ante él, se elevaron más alto de lo que estaban antes.

La Iglesia se dirige luego al individuo y le hace algunas preguntas que, al parecer, aun excitan la reflexión. "¿Para qué esas preguntas cuando el amor lleva en sí mismo su reflexión?". Pero la Iglesia no interroga para hacer titubear sino para fortalecernos y para que nos pronunciemos sobre lo que ya estaba establecido. Aquí surge una dificultad: la Iglesia al hacer estas preguntas no parece tener en cuenta la erótica. Te pregunta si te has puesto de acuerdo con Dios y tu conciencia, luego con tus amigos y conocidos. No te llamaré la atención sobre la gran utilidad de las preguntas que hace la Iglesia, con seriedad tan profunda: no es, según tus palabras, una agencia de matrimonios. ¿Pueden los interesados molestarse? Con su acción de gracias han referido su amor a Dios, y así se han puesto de acuerdo con El, aunque indirectamente. De suerte que cuando la Iglesia les pregunta si se aman el uno al otro, no lo hace porque quiera destruir el amor terrestre, sino porque lo presupone.

II. DIGRESION SOBRE LA DUDA

La Iglesia recibe con ello una promesa. Ya hemos visto cómo el amor se presta perfectamente al baso de una esfera concéntrica superior. Su resolución hace al individuo libre, pero cuanto más libre es el individuo más belleza estética tiene el matrimonio. Así, si buscamos el carácter estético de la pasión en su infinitud inmediata y presente, entonces será preciso ver en el matrimonio la glorificación de ese amor, al que excede en belleza. Lo cual surge claramente, creo, de lo

que antecede, así como acabamos de ver que toda objeción tendiente a disminuir a la Iglesia carece de fundamento, y sólo se presenta en un hombre a quien la religión escandalice. Siendo esto así, el resto va de suyo. Porque se trata de saber si ese amor es realizable. Oírás, probablemente, después de haber aprobado mi exposición hasta aquí: "La dificultad de realizar el matrimonio sigue siendo la misma que para la pasión". Respondo categóricamente que no, porque el matrimonio comporta la ley del movimiento. La pasión sigue siendo un *Ansich*, una cosa en sí, vacía para siempre de contenido real, porque se mueve simplemente en un medio exterior; en la resolución ética y religiosa, el amor conyugal recibe la posibilidad de una historia interna, y se distingue de la pasión como la pasión, si dotada de una historia, de otra que no la tenga. La pasión es fuerte, más fuerte que el mundo entero, pero en el momento en que la duda se instala allí queda la pasión destruida: como el sonámbulo, que es capaz de franquear los parajes peligrosos con una seguridad infinita, pero que al escuchar su nombre cae en el abismo. El amor conyugal está armado; porque, en la resolución, la atención no sólo se dirige al mundo exterior, sino que en ella la voluntad está vuelta hacia sí misma, hacia lo interior. Y ahora invierto los términos y te digo que la estética no reside en lo inmediato, sino en lo conquistado; y como el matrimonio es justamente la inmediatez que comporta la mediatez, la infinitud que comporta lo finito, la eternidad que comporta la temporalidad, parece así doblemente ideal, en el sentido antiguo del término y en el sentido romántico. Cuando digo que la estética reside en lo conquistado, no pretendo, por

cierto, que se halle en el esfuerzo puro y simple, el cual es, en efecto, negativo, y lo puramente negativo nunca es estético; se trata de un esfuerzo que tiene en sí su materia, de una lucha que tiene en sí su victoria. Y en esa dualidad se halla la estética.

Esto es lo que creo deber recordar a propósito del entusiasmo de la desesperación, que hoy induce a preconizar lo conquistado como opuesto a lo inmediato, como si importara arruinarlo todo hasta en los cimientos, para reconstruir sobre tabla rasa. He sufrido verdaderas angustias escuchando a los jóvenes gritar con alegría como los terroristas de la Revolución francesa: *De omnibus dubitandum*. Quizas demuestre así, por mi parte, una gran estrechez de espíritu, pero creo que es menester distinguir entre la duda personal y la duda científica. La primera tiene siempre un carácter particular; pero el entusiasmo de esa destrucción a la que hoy se invoca corrientemente conduce, en todo caso, a una cantidad de gentes a la duda, sin que tengan fuerzas para practicarla, y a parecer, o a caer en una insuficiencia que es igualmente el desastre asegurado. Pero si la ruptura de la duda desarrolla, por el contrario, en éste o aquél la fuerza capaz de vencer, a su vez, a la duda, ello provee de coraje, pues muestra lo que el hombre es radicalmente. Pero aun así, no es hermosa, propiamente hablando. Pues la condición que se requiere para ello es la presencia, en el hombre, de la inmediatez, y una evolución acelerada por la duda tiende a que la expresemos, en última instancia, diciendo que hace al hombre distinto por completo. Pero la belleza reside en la adquisición de lo inmediato, efectuada en y con la duda. Esto es lo que

debe destacar, lo que debo oponer a la abstracción mediante la cual se glorifica la duda, se hace de ella un ídolo; a la temeridad con que los hombres se precipitan en ella, y a la ciega confianza en el magnífico resultado que se puede esperar de ella. Añade a ello que la duda es tanto más meritoria cuanto la cosa por conquistar más pertenezca a lo espiritual; pero clamor habita siempre una región en la que se trata menos de lo conquistado que de lo dado, y de un dar que es recibir.

Por lo demás, yo no sé de qué especie podría ser esa duda. ¿Acaso será en un esposo la disposición pura que lo habría llevado a consumir tristes experiencias, aprender a dudar para que surja ante él la verdadera belleza del matrimonio cuando en virtud de esa duda, se case animado por un profundo sentimiento de seriedad moral, y se muestre un marido fiel y constante? Felicitémoslo, pero guardémonos de hacer el elogio de su matrimonio, si no como un ejemplo de lo que un hombre es capaz. ¿O bien, para dudar útilmente, debería, incluso, poner en tela de juicio el sentimiento de la que ama, la posibilidad de mantener la belleza de esas relaciones, sin perjuicio del estoicismo necesario para desearlas? Lo sé muy bien: vosotros, falsos doctores, os inclináis a la alabanza de semejantes opiniones para mejor despejarles el camino a vuestras doctrinas engañosas. Alabáis tal concepción cuando favorece vuestras intenciones, y entonces decís que ése es el verdadero matrimonio. Pero sabéis muy bien que ese elogio recubre un secreto agravio, y que la mujer, sobre todo, dista de poder contentarse; de suerte que hacéis lo posible por tenerla. Aplicáis el viejo adagio: *Divide et impera*. Alabáis a la pasión, que se convierte, si uno ha de

prestaros crédito, en un momento fuera del tiempo, un no sé qué de misterioso que puede prestarse a toda clase de engañosas explicaciones. El matrimonio no puede disimularse así, porque necesita muchos años para desplegar-se; ¿qué mejor ocasión?, ¿no es cierto?, de demoler, o de irritar, por medio de consideraciones tan traidoras que se precise una resignación desesperada para afrontarlas.

III. LA SUPERIORIDAD DE LA RESOLUCION

Quede claro entre nosotros este punto: considerado como momento, el amor conyugal no sólo es bello, sino aun más bello que la pasión, porque contiene en su inmediatez la unión de varios contrarios. No se debe, pues, decir que el matrimonio es una persona hartamente respetable, aunque fastidiosa en su moral, mientras que la pasión será la poesía. No, el matrimonio es muy especialmente lo poético. Y como el mundo ha sido tan a menudo testigo afligido de una pasión irrealizable, acepto, por cierto, tomar parte en su tristeza, pero también deseo recordar que el infortunio reside menos en la sucesión de los acontecimientos que en un mal comienzo. Pues la pasión carece del segundo ideal estético, o del histórico: no comporta ley de movimiento. Si yo creyera en una vida personal tan inmediata, a la pasión correspondería una fe que, en virtud de la promesa, se creería capaz de transportar las montañas, y se lanzaría a cumplir milagros. Quizás lo consiguiera, pero esa fe no tendría historia, porque la coronación de todos esos milagros no constituye una his-

toría, mientras que la asimilación de la fe en la vida personal es la historia de la fe. El amor conyugal posee ese movimiento, porque en la resolución del movimiento se orienta hacia adentro. En el orden religioso, el amor conyugal deja a Dios, por así decirlo, el cuidado del mundo entero: en la resolución quiere, en la colaboración con Dios, combatir por sí mismo y conquistarse en la paciencia. En la conciencia del pecado ha entrado una idea de la invalidez humana que vemos superada en la resolución. Yo no sabría insistir bastante acerca del amor conyugal. He sido justo con la pasión, e hice de ella, según creo, un elogio aún mejor que el tuyo; pero su carácter abstracto es su defecto.

El amor conyugal implica un suplemento, como puedes ver, por su capacidad de renunciar a sí mismo. Supongamos una pasión irrealizable: si es verdaderamente un amor conyugal, los individuos son capaces de renunciar a él, aun quedándose con su dulzura, en otro sentido. Pero ésa es una cosa que la pasión no podría hacer. De ello no resulta, sin embargo, que el amor conyugal reciba de la duda su resignación, en una especie de debilitamiento de la pasión. Si ése fuera el caso, no habría resignación; y, sin embargo, nadie conoce mejor de la dulzura de la pasión que quien renuncie a ella, con la condición de tener la fuerza necesaria. Pero esa fuerza es igualmente poderosa cuando se trata de mantener el amor, de realizarlo en la vida. Se necesita la misma fuerza para renunciar o para conservar: y mantener verdaderamente es ejercer una fuerza que estaríamos en condiciones de renunciar, y es manifestarla en ese ejercicio. Sólo en ello reside

la libertad verdadera del acto en que esa fuerza se mantiene, la evidente soltura verdadera y seguridad del movimiento.

El amor conyugal revela su carácter histórico mediante su proceso de asimilación: se ejerce en lo vivido, que recupera para sí: no es, pues, un testimonio desinteresado de los sucesos, en los cuales, por el contrario, interviene esencialmente. En suma, vive su propia evolución. Sin duda, el amor romántico recupera también lo vivido, como cuando el caballero envía a su amada las banderas y otros trofeos ganados en el combate; pero aunque el amor romántico pudiera imaginar que transcurre un lapso suficiente para efectuar todas esas conquistas, no pensaría, sin embargo, en decir que clamor ha tenido una historia. La prosaica manera de ver va al extremo opuesto: concibe que el amor tiene una historia, en general corla, y tan miserablemente terrena que el amor debe muy pronto plegar sus alas para calzar pantuflas. El amor que se concibe como una experiencia recibe también una especie de historia; pero, despojado de un amor verdadero, carece también de continuidad, y reside simplemente en el arbitrio del experimentador, arbitrio que es a la vez su propio mundo y el destino que lo preside. De modo que el amor objeto de experiencia se ve llevado a informarse del estado del sentimiento, y experimenta una doble alegría: cuando el resultado confirma el cálculo y cuando ese resultado se muestra muy distinto de lo que se esperaba. En este último caso está igualmente satisfecho, porque encuentra en lo imprevisto materia de inagotables combinaciones. En cambio, clamor conyugal sí supone de un a priori, pero también de una constancia intrínseca cuya fuerza es idéntica a la

ley del movimiento, es decir a la resolución. En ésta se encuentra otro elemento, pero planteado al mismo tiempo como la dificultad superada; allí es lo otro interiorizado, o lo exterior reflejado en lo interior. Lo histórico consiste en la aparición de aquello otro que cobra su valor y que al hacerlo, muestra como si no lo tuviera; de suerte que el amor, saliendo experimentado y purificado de ese movimiento, se asimila lo vivido. El que no se comporta como experimentador no sabría decir cómo surge ese otro elemento; sin embargo, el amor, en su a priori, triunfó al mismo tiempo de todo ello sin conocerlo. El Nuevo Testamento dice en alguna parte que todo don ta bueno, siempre que se lo reciba en acción de gracias. La mayor parte de los individuos están perfectamente dispuestos al reconocimiento cuando reciben en presente una buena cosa, pero exigen al mismo tiempo que se les deje decidir qué presente es el bueno. En lo que muestran su estrechez. En cambio, la otra acción de gracias es verdaderamente triunfante en su a priori, puesto que encierra un vigor eternamente sano, al que no podría afectar ni siquiera un mal don, no porque sepa tenerlo al margen, sino porque tenemos la audacia, el sublime valor personal de atrevernos a dar gracias. Lo mismo ocurre con el amor. Aquí no podría detenerme en todas las jeremiadas que, en tu desenfado, tienes siempre en los labios para edificación de los infortunados; y espero que esta vez te dominarás, puesto que te hallas ante un marido del que no tienes el menor pretexto para divertirme a sus expensas, confundiéndolo.

IV. ESCRUPULOS CONTRA LA PUBLICIDAD DEL VINCULO

Pero, siguiendo la evolución del amor, de su misterio criptogámico a su urda fanerógama, caigo en una dificultad que, dirás tú seguramente, no tiene la menor importancia. He conseguido convencerte, admitámoslo, de que lo religioso y lo ético, que en el amor conyugal se presentan ya desde la pasión, no se debilitan mutuamente; estás íntimamente persuadido de ello, y ya no tienes nada que objetar contra un punto de partida religioso. Sólo con tu amada, hete ahí dispuesto a humillarte y a humillar tu amor ante Dios; estás realmente impresionado, conmovido, pero cuidado, yo pronuncio una palabra, la Asamblea⁴, y al punto, como en la canción todo se desvanece otra vez. Nunca lograrás, creo, salir de la categoría de inferioridad. "La Asamblea, esa bendita Asamblea a la que su multiplicidad no le impide ser una persona moral; si, además de todas las fastidiosas cualidades de una persona moral, tuviera también la ventaja de ser una cabeza sobre unos hombros, yo sabría muy bien lo que he de hacer". Como sabes, un loco tenía una idea fija: el cuarto en que vivía estaba lleno de moscas que amenazaban con asfixiarlo, y él, en la angustia, en la furia de la desesperación, luchaba por su vida. Así parece tú defender tu vida contra un imaginario enjambre de moscas, contra lo que llamas la "Asamblea". La situación no es, desde luego, tan peligrosa;

⁴ Nombre que recibe en los países protestantes la feligresía de un templo, o la de una ciudad entera.

pero te haré el favor de pasar revista a los principales puntos de fricción con la Asamblea.

Te recordaré ante todo, simplemente, que la pasión no podría atribuirse tampoco la ventaja de ignorar esas dificultades, y que la razón de ello es la abstracción en que se mantiene, sin entrar absolutamente en contacto con la realidad. Tú distingues muy bien entre las relaciones abstractas que tienes con el mundo que te rodea, si la abstracción suprime la relación. Que sea menester pagar al cura, al ujier y al juez, tú puedes resignarte a ello, porque el dinero es un excelente medio de eliminar toda relación con ellos, pues tú me has confesado tu plan de no hacer nada, ni recibir nada, ni siquiera la más ínfima cosa, sin dar o recibir dinero. Y, en rigor, aunque nunca te cases, eres capaz de dar una limosna a cualquiera que venga a manifestarte su alegría por saber que te casas. ¡En ese caso, no te asombres si la Asamblea se ensancha, o si se cumple en ti el temor del hombre a las moscas! Temes las relaciones personales que, por las preguntas, las cortesías, las felicitaciones, los agradecimientos, e incluso los obsequios, pretenden imponerte obligaciones que no pueden saldarse con moneda, y procurar crear mil vínculos de los que, sobre todo en esa circunstancia, desearías verte libre para entregarte íntegramente a tu amada. "El dinero, dices, nos alivia de una cantidad de cosas ridículas. Permite cerrarles la boca a las trompetas de la Iglesia, que de otro modo te aturdirían hasta el Juicio Final; puede dispensarte de que te proclamen esposo, esposo auténtico ante toda la Asamblea, siendo que uno no quería limitarse a serlo ante una sola persona". Estas palabras no son mías, son tuyas. Ya

recordarás la furia que se apoderó de ti, un día, al ver una boda en la Iglesia; así como en las ordenaciones el clero presente viene a imponer las manos al cura a quien se consagra, así hubieras querido ver a toda la Asamblea de los hermanos, venir, en un sentimiento de tierna simpatía, a darle a la pareja el beso de la comunidad; hasta declaraste que no podías pronunciar dos palabras, novio y novia, sin pensar en el momento solemne en que un tierno padre, un amigo venerable, se levanta y pronuncia con profunda emoción, una copa en la mano, esas palabras magníficas. Hallabas toda la ceremonia religiosa admirablemente propia para sofocar lo erótico, y el apresto de esa ceremonia era tan excesivo a tus ojos, como la inconveniente ceremonia mundana que le sigue. Porque "es inconveniente, ridículo y de mal gusto conducir a la mesa a esos casi marido y mujer, y provocar así una reflexión sin profundidad, verdad ni belleza, en la que uno se pregunta si es verdaderamente el decreto de la Iglesia lo que hace esposos a los recién casados". Pareces decidirte, de esta suerte, por una boda sin pompa, y no tengo objeciones contra ello; de todos modos, te haré observar que, también en ese caso, se te declara plenamente esposo legítimo. Pero quizás soportes mejor la palabra cuando nadie la escucha. De todos modos, debo recordarte que no se dice "ante toda la Asamblea", sino "ante Dios y esta Asamblea", fórmula que, así como no choca por su limitación, tampoco carece de audacia.

Comprendo mejor tus otras objeciones, aunque las expreses con tu habitual vivacidad, porque esos ataques sólo se refieren a las condiciones sociales. En esta materia, pienso

que cada uno es libre de tener su opinión, y aunque estoy muy lejos de aprobar tu Sprödigkeit, tu expresión de disgusto, me mostraré tolerante. Siempre cataremos, desde luego, en desacuerdo sobre ese punto, porque yo encuentro noble vivir en las condiciones sociales dadas, y obtener un poco más de belleza si uno es capaz de hacerlo, y someterse y aceptarlas si no lo es. No veo absolutamente ningún peligro para el amor en la publicación de las admoniciones desde lo alto de la cátedra; ni creo tampoco que esa publicidad sea perjudicial a la asistencia, como afirmaste un día de excesiva severidad. "Habría que prohibir las admoniciones, decías, porque mucha gente, las mujeres sobre todo, no van a la Iglesia más que para escucharlas, de tal modo que el sermón pierde todo poder edificante". Tu escrúpulo reposa en un ligero error: ¿pueden acaso tales detalles lesionar un amor sano y fuerte? Yo no tengo, por cierto, la intención de ser el abogado de todo el desorden que reina en ese terreno. Cuando estoy firmemente por la Asamblea, no la identifico con el "honorable público" que, según Goethe, "tiene la imprudencia de creer que todo lo que uno hace es para mantener la conversación". Otra razón que me explica tu enorme, temor por esa publicidad al son de trompas, y por todas esas prácticas, es tu temor de echar a perder el instante erótico. Sabes guardar tu alma en la apatía y la inmovilidad del pájaro de presa, cuando está por iniciar su vuelo fatal; sabes que el instante no está en poder del hombre, y que el goce más bello reside, sin embargo, en el instante. Y tres maestro en el arte de espiarlo; no quieres anticipar nada por la inquietud con que lo esperas. Pero cuando a un suceso

esperado se le fija fecha precisa, conocida desde hace tiempo; cuando los preparativos lo recuerdan sin cesar, se corre el riesgo de "no dar en el clavo". Por lo que se ve que no has comprendido la naturaleza del amor conyugal, y que conservas una superstición herética sobre la "cosa primera".

Veamos ahora si la Asamblea es verdaderamente una cosa tan peligrosa. No le es fácil, repara en ello, tomar la forma terrible que tu enfermizo cerebro le otorga instantáneamente. Pero, además, tu vida te ha puesto en contacto, o mejor dicho en relaciones íntimas, con personas cuyo recuerdo no te angustia, ni perturba el ideal que se halla en ti; gentes cuyo nombre pronuncias en alta voz cuando quieres inducirte al bien, cuya presencia ensancha tu alma y cuya personalidad es, a tus ojos, una revelación de los sentimientos nobles y generosos. ¿Te molestaría tener tales confidentes? Es, poco más o menos, como si se dijera en el terreno religioso: "Deseo de todo corazón seguir en compañía de Dios, de Cristo, pero no puedo sufrir que me reconozca por suyo ante todos sus santos ángeles". Por otra parte, tu vida, tu situación en el mundo, te han vinculado con otros a quienes las alegrías y las bellas distracciones, tan preciosas en el curso uniforme de los días, les han sido parsimoniosamente medidas. ¿No tiene cada familia varios de esos infortunados en el círculo de sus amistades y quizás en su propio seno? ¿No es bueno que esos seres, casi abandonados a su soledad, hallen un refugio en una familia amiga? Para tales personas, un casamiento sería un hecho importante, un poco de poesía en la trama de la vida cotidiana, un motivo de alegría en una larga espera, como en un largo recuerdo.

En un hogar que yo frecuento, veo a menudo a una vieja señorita, de la edad de la dueña de casa: ella recuerda el día de la boda de su amiga como si fuera ayer, y quizás debo decirlo, quizás con más frescura que ella. Puede describir el vestido de novia, recordar las más menudas circunstancias de ese día. ¿Quitarías tú a todas esas buenas gentes una ocasión, que puedes brindarles, de alborozo? Acojamos junto a nosotros a los privados de amor. Cuántos matrimonios se han celebrado en el mayor misterio, para mejor saborear su júbilo, y a los que el tiempo quizás les trajo la decepción, o tan poca conformidad que uno se inclinaría a decir: "Por lo menos, si su celebración hubiese sido un día feliz, tendría, de todos modos, alguna significación". Yo detesto tanto como tú, lo sabes, la indiscreta curiosidad de que es objeto la familia; pero sé apartarla de mi vida, y sé también elevarme por encima de esas pequeñeces.

Y tú, con tu espíritu mordaz y combativo, listo para romper fuego, ¿no sabrías defenderte? De todos modos, no quiero prescribirte límites; rechaza lo que te fastidie, pero no olvides mi principio, y no olvides ponerlo en práctica. Más aún: recuerda que el arte, cuando la cosa es posible, consiste en salvar a esos importunos y no en defenderse a sí mismo. Podría recomendártelo como una regla de prudencia: más se aísla uno, más incita a los demás a ser importunos, y en particular a todos esos ociosos en busca de chismes. Tú lo sabes perfectamente, tú que a menudo te diviertes en picarles la curiosidad para dejar luego a toda la historia desvanecerse en humo. Yo podría recomendártelo como simple regla de pru-

dencia, pero me guardaré de hacerlo, porque respeto demasiado la verdad que expongo para menoscabarla así.

Toda situación establecida comparta siempre un grano de polémica, sobre todo si es sana: ése es el caso de toda unión conyugal, y tú sabes que me causa horror el relajamiento familiar, el lamentable *communio honorum* capaz de hacer creer que, casándose uno, se ha casado con toda la tribu. Si el amor conyugal es una verdadera pasión, tiene también su misterio; no desea exponerse a las miradas, ni pasa la vida montando guardia en las familias; no se alimenta con un intercambio de cumplido o una adoración como la que vemos instalarse en ciertos hogares. Sabes perfectamente todo eso, y tienes razón para ejercer tu sarcasmo: continúa haciéndolo. No necesito compartir tus opiniones sobre muchos puntos, y creo que nada perderían la buena causa, ni tú mismo, si se me dejara a veces, como al guardabosque lleno de experiencia y solicitud, no sólo indicar los árboles podridos con golpes de hacha, sino también poner una cruz en otros lugares.

V. LA MEDIDA NECESARIA DE MISTERIO

No pienso, por cierto, hacer del misterio la condición absolutamente indispensable para conservar la estética en el matrimonio; no preconiza, en modo alguno, que se necesite buscar el misterio, perseguirlo, y no gozar sino con el goce del secreto absoluto. Una de las ideas favoritas de la pasión consiste en refugiarse en una isla desierta. A menudo nos

reímos de ella, y yo no me uniré a los feroces iconoclastas de nuestro tiempo. El error de la pasión estriba en creer que no puede realizarse sino huyendo, y ello se explica por el carácter de la pasión, desprovista de historia. El arte consiste en pasar a la multiplicidad aun conservando el secreto. También aquí yo podía dejar sentado, como regla de prudente conducta, que el misterio sólo asume su verdadera energía mezclándose a la sociedad, cuya resistencia es necesaria para arraigarlo cada vez más profundamente. Me abstendré de hacerlo, por la misma razón que hace un momento, y además porque siempre reconozco en una relación social una cosa que tiene fuerza de realidad.

Pero se requiere habilidad: entonces, lejos de eludir esas dificultades, el amor conyugal encuentra en ellas su protección y, con ellas, se desarrolla. Además, tenemos lamas otras cosas que pensar en la vida conyugal que casi no hay tiempo para inmovilizarnos en una política de pormenores.

Esa condición principal se formula en el fuero interno por medio de estas palabras: franqueza, sinceridad, vida al descubierto en la mayor medida posible. Porque el principio vital del amor es tal que lo condenaríamos a muerte guardando aquí el misterio. Pero es más fácil anunciarlo que seguirlo, y se necesita valor para conformarse a él en forma consecuente, porque tú comprendes que yo pienso aquí, más que en las demostraciones de que se tiene la boca llena, en aquellas uniones en que se ha casado uno con un vasto círculo de familia. Se sobrentiende que no puede hablarse de vida al descubierto sino allí donde también puede hablarse de vida escondida; pero la dificultad de la primera se mide

por el grado de la segunda. Se requiere valor para mostrarse uno tal como es realmente; para negarse a eludir una pequeña humillación cuando se la podría eludir conservando cierto misterio; para no agregar uno un palmo a su talla cuando podría hacerlo con sólo mantenerse en silencio. Se requiere valor para querer ser sano y querer lo verdadero en toda franqueza y sinceridad.

Pero empecemos por las cosas de menor importancia. A propósito de una joven pareja que se creía obligada a "encestrar su amor en los estrechos límites de tres exiguas habitaciones", emprendiste una pequeña excursión al país de la fantasía, tan próximo, por lo demás, al lugar de tu residencia habitual que uno podría preguntarse si se trataba en verdad de una salida. Con el cuidado más minucioso y el gusto más refinado, te aplicas entonces a describir un futuro conforme a tus anhelos. Yo participo con placer, como sabes, en experiencias de ese género; y, Dios sea loado, cuando una carroza principesca uncida a cuatro caballos relucientes me deja atrás, soy lo bastante niño para imaginarme que yo mismo viajo en ella; y bastante ingenuo también, cuando me desengaña, para ver que es otro el que disfruta de esa ventura; y bastante cándido, por fin, para tomar a mal que otro tenga más de un solo caballo, cuando mis medios no me permiten más. De modo que tú te veías casado y feliz; habías conservado tu amor incólume de todas las asechanzas, y pensabas crear un ambiente como para conservar el mayor tiempo posible la frescura de ese amor. Tu conclusión fue que necesitaban más de cinco habitaciones, y yo te aprobé, puesto que necesitabas cinco como soltero. No te sería agradable

ceder una a tu esposa: preferirías dejarle cuatro para habitar tú en la quinta, antes de compartir una sola. Después de pensar estos inconvenientes, continuaste: bueno, pues tomo las tres habitaciones como punto de partida, y no en el sentido filosófico, porque no pienso volver sobre ello, sino alejarme lo más posible. E incluso les tenías una aversión tan grande que, no pudiendo disponer de las otras que estimabas necesarias, preferirías vivir como el vagabundo bajo el vasto ciclo, lo que al fin hallaste tan poético que necesitaste muchas otras para conformarte. Yo intenté llamarte al orden, mostrándole que te abandonabas a una de las habituales herejías de la pasión, desprovista de historia, y fue un verdadero placer para mí acompañarte a través de las salas frescas, de bóveda elevada, de tu palacio aéreo; por entre los saloncitos abrigados en la penumbra; por el comedor iluminado hasta en los rincones por relucientes arañas y espejos, para llegar a la pequeña sala cuya puerta se abría en dos batientes sobre el balcón, dejando penetrar el sol de la mañana y el perfume de las flores que habían abierto para tu amor y para ti. Te dejaré allí, en medio de tu audaz excursión; allí donde, como un cazador de cabras salvajes, saltas de cima en cima. Y me contentaré con mostrar el principio sobre que reposan tus aprestos. Tu principio, en esta ocasión, es evidentemente el misterio, la mistificación, el capricho refinado: no bastaba que los muros de tus salas estuviesen cubiertos de espejos, sino que el mundo mismo de tu conciencia debía, en forma semejante, participar de los múltiples juegos de la reflexión. No sólo en todo el departamento, sino también en cada paso de tu pensamiento, querías hallar a la princesa y tú, tú y la

princesa. Pero todos los tesoros del mundo no bastarían para ello; se requiere la intervención del espíritu, a cuyos recursos se apela con una prudente moderación. Es preciso, pues, que los amantes sean tan extraños uno al otro que la familiaridad encuentre en ello su picor; y tan íntimos que las divergencias de carácter sean obstáculos capaces de estimular. La vida conyugal no debe ser un comfortable salto de cama, ni un corsé que estorbe los movimientos; no debe ser una tarea que exija penosos trabajos preliminares, pero tampoco un disolvente bienestar; debe llevar la marca de lo imprevisto, aun dejando adivinar un arte secreto; no se trata de reventarse los ojos contando día y noche los puntos de la alfombra que ha de ocultar el piso del salón, pero es bueno que una sombra de atención observe en su borde un pequeño signo misterioso. Y si bien no conviene que cada día al sentarse ambos cónyuges a la mesa, vean sus iniciales sobre la torta, pueden permitirse, con todo, una pequeña señal telegráfica. Trátase de tener tan lejos como sea posible el punto en que se siente que se gira en el mismo sitio, el punto en que comienza la repetición; si no es enteramente posible, importa entonces haber organizado la propia vida de tal modo que pueda introducirse en ella una variación. No disponemos sino de cierto número de textos: si nos empeñamos en predicarlos todos el primer domingo, no sólo no queda nada para el resto del año, ni siquiera para el primer domingo del mes siguiente. Se debe, mientras sea posible, guardar uno para el otro cierto misterio; y en la medida en que ambos se revelan poco a poco, han de utilizar cuanto sea posible las circunstancias fortuitas, de modo que la revelación sea relati-

va, susceptible de varias interpretaciones. Hemos de guardarnos de toda saciedad y de todo empalago. Luego tú querías habitar la planta baja de ese palacio principesco, que debía hallarse en un hermoso paraje, aunque próximo a la capital; y a tu esposa le reservabas el ala izquierda del primer piso. Siempre has envidiado a los esposos de las familias principescas la fortuna de vivir separados; pero lo que ajaba, a tus ojos, el deleite estético de esa vida de corte era un ceremonial que pretende prevalecer sobre el amor. Lo anuncian a uno, aguarda un momento y es recibido. El protocolo, en sí mismo, no carecía de encanto, pero sólo asumía su belleza cuando se convertía en un juego de los divinos juegos del amor, cuando un favor puede también parecer una defensa. El amor mismo debía tener toda suerte de límites, límites que debían al mismo tiempo incitar a franquearlos. De modo que tú habitabas la planta baja, donde tenías tu biblioteca, tu billar, tu sala de recibo, bufete, dormitorio; y tu mujer ocupaba el primer piso, donde se hallaba vuestro toral conyugale, una amplia estancia con cuartos de baño, uno de cada costado. Nada debía recordaros que estabais casados; y, sin embargo, el ambiente debía ser tal que ningún soltero pudiera estar instalado de ese modo. Ignorabais vuestras ocupaciones recíprocas, y ello no para estar ociosos, o para olvidaros el uno al otro, sino para imprimir el máximo valor a cada contacto, y para alejar el instante mortal en que, encontrándose vuestros ojos, hubierais sentido tedio. No os habrías paseado con el paso tardo y solemne de dos esposos que se dan el brazo; por mucho tiempo aún, joven enamorado, tú habrías seguido desde tu ventana su ir y venir por el

jardín, buscándola con la mirada y sumiéndote en la contemplación de su imagen cuando ella hubiese desaparecido. Te habrías deslizado tras ella; a veces, incluso, ella se habría apoyado en tu brazo, porque tienen su belleza, con todo, esos hábitos consagrados en el mundo y que expresan un sentimiento preciso; le habrías dado el brazo, a medias, para rendirte a la belleza de esa costumbre, y a medias en broma, para pasearon como verdaderos esposos. No terminara yo de decirte los preciosos refinamientos de tu fértil cerebro en esa oriental suntuosidad, que ya me tiene fatigado, y que me hace desear el retorno a las tres pequeñas habitaciones que rechazas tan soberbiamente.

Si, de todos modos, hubiese alguna belleza estética en todo este cuadro, habría que buscarla en el pudor amoroso que dejas adivinar, y también en tu empeño de no considerar nunca a la amada como definitivamente conquistada, sino como que debiera ser conquistada sin cesar. En sí, este último punto es justo y verdadero; pero tú no te propones cumplirlo, en modo alguno, con la seriedad propia de la erótica, de modo que la cuestión tampoco está resuelta. Te aferrarás siempre a lo inmediato como tal, por una determinación de orden natural, sin poder permitirle que se transfigure en una conciencia común; porque eso es lo que llamaba yo hace un momento la franqueza y la vida al descubierto. Temes que, una vez disipado el misterio, desaparezca también el amor; yo creo; por el contrario, que el amor sólo empieza cuando el misterio se ha disipado. Temes que no se sepa muy bien lo que se ama, y tienes lo inconmensurable por un factor de importancia absoluta; yo entiendo, en cam-

bio, que para amar verdaderamente es preciso saber lo que se ama. Añade que le falta a toda tu ventura una bendición, puesto que ignora las adversidades; y como esa carencia es lamentable, también es bueno, por si quisieras realmente conducir a alguien según tu teoría, que no sea conforme a la verdad. Volvamos, pues, a la vida real. Al insistir en que las adversidades son inherentes al estado conyugal, no pretendo, por cierto, que tengas derecho a ver en el matrimonio una secuela de contratiempos. Como he demostrado, la resignación implicada en la resolución comporta el reconocimiento de adversidades posibles, sin que éstas hayan tomado todavía una forma precisa o un carácter angustioso, puesto que, por el contrario, la resolución las supera. Agrega que la adversidad no se ve por fuera sino desde dentro, en su reflexión sobre el individuo, la cual pertenece a la historia común del amor conyugal. El misterio mismo, lo hemos visto, llega a ser una contradicción cuando no envuelve cosa alguna misteriosa, y es una puerilidad cuando eso que encierra no consiste sino en devaneos amorosos. Es preciso que el amor tenga verdaderamente el corazón abierto para que nos vuelva elocuentes en un sentido mucho más profundo del que se dice por lo común del amor (puesto que también el seductor puede ser elocuente); el preciso que el individuo lo haya vertido todo en la conciencia común para que el misterio cobre fuerza, vida y sentido. Pero es preciso, para ello, cumplir una acción decisiva, y valor por lo tanto, o el amor conyugal cae en el precipicio. Porque con ese acto mostramos que amamos a otro ser, y no a nosotros mismos. ¿Y cómo mostrarlo sino probando que vivimos para el otro? Pero ¿cómo se vive

por ello sino probando que no vive uno para sí mismo? Mientras que vivir para sí es, por así decir, la fórmula más general del misterio que posea la vida individual cuando se mantiene cerrada sobre sí misma. Amar es entregarse; pero la entrega no es posible sino cuando sale uno de sí mismo: ¿cómo sería compatible, pues, con el repliegue sobre sí, cuando uno pretende seguir encerrado en sí mismo? "Pero manifestándose en esa forma uno sale perdiendo", dices. Te entiendo perfectamente: se sale perdiendo, cuando se saca ventaja de hacer el misterioso. Pero si quisieras ser lógico deberías ir mucho más lejos, y desaconsejar no sólo el matrimonio sino todo acercamiento; y mira entonces a qué se reducirían las comunicaciones telegráficas de tu profundo cerebro. La lectura más interesante es aquella en que el lector es, en cierta medida, creador. Del mismo modo, el verdadero arte de amar consiste en producir a distancia una impresión peligrosa para la interesada por el hecho de que, no teniendo de qué crear su objeto, ella se enamora de su creación; pero ese procedimiento, lejos de ser el amor, no es sino la frivolidad de la seducción. En cambio, el que ama se pierde en otro; pero perdiéndose y olvidándose se manifiesta al otro; olvidándose a sí mismo, se convierte en pensamiento de otro.

El que ama no desea ser confundido con otro, con ventaja ni para detrimento suyo; y fallando ese respeto de sí mismo y del ser amado, no se ama. De modo que el misterio tiene razón, por lo general, en una intimidad de pacotilla, en la que uno pretende agregar un palmo a su talla. Si no se ha aprendido a despreciar esas bagatelas nunca se ha amado; y

uno sentiría que es demasiado poca cosa, a pesar de la elevación de talla. Se cree, en general, que esa humillación del amor no se encuentra sino en las comedias y novelas, o debe ser clasificada entre los engañosos convencionalismos del día de bodas. Pero no es así: es una educadora de todos los instantes. Nos educa en lecciones verdaderas y provechosas cada vez que queremos medir el amor con otra cosa que consigo mismo. Aun cuando el ser más insignificante del mundo ame al espíritu mejor dotado, este último, si la verdad habita en él, sentiría que todos sus dones dejan, sin embargo, un abismo abierto; y que la única manera, para él, de satisfacer la exigencia que implica el amor de que es objeto, consiste en responder a ese amor. No olvidemos nunca que no se puede operar con grandezas heterogéneas. El que sintió verdaderamente tal cosa, ése ha amado; y, ciertamente, no ha temido tampoco despojarse de ventajas sin valor para él, por lo menos como tales. Es menester haberse empobrecido en el mundo para conquistar la certeza de poseer el verdadero bien; es preciso haberlo perdido todo para poder ganarlo todo. Proclamo, pues, con Fenelón: "Creed en el amor, que lo quiere todo y todo lo da".

Y es, en verdad, un hermoso sentimiento, que nos exalta, y que es capaz de brindarnos una indecible felicidad, ese de dejar que todas aquellas ventajas de detalle palidezcan y se esfumen, como fantasmagorías, ante el poderío infinito del amor. Es una operación tan hermosa en el instante infinito en que se cumple, como lo es la sucesión; y en ésta es placentero extender la mano para borrar uno a uno los plazos. Diré aún más: que, en el amor verdadero, el verdadero entu-

siasmo de esa extinción del propio yo consiste en poder desear el mundo entero, no para ser felices con él, sino para hacer de él una distracción más en los pasatiempos del amor. Y verdaderamente, cuando abrimos la puerta a los detalles de orden finito, somos igualmente bobos y ridículos si pretendemos ser amados por tener la mejor cabeza, el talento más grande, porque seamos el artista más genial de la época o usemos la más bella barba en punta. Sin embargo, y es natural, esas expresiones y esos sentimientos pertenecen exactamente igual a la pasión, y sólo la asombrosa inconstancia de que siempre te jactas me obliga aún a tocar ese punto. La pasión es capaz de desear con un pathos sobrenatural. Pero ese deseo se reduce fácilmente a un "si" condicional, vacío de todo contenido; y nuestra vida no es tan paradisiaca como para otorgar el Señor el mundo entero a cada pareja, para que lo gobierne a su antojo. El amor conyugal está mejor informado: no se mueve hacia afuera, sino hacia adentro; allí se ve muy pronto en presencia de un vasto mundo, pero reconoce también que cada sometimiento de su yo, por débil que fuera, sólo puede ser medido por lo infinito del amor; y a pesar de la idea dolorosa de tantos obstáculos por vencer, se siente también con el valor de sostener esa lucha. Hasta tiene la audacia de emular tus paradojas: ¿no llega casi a alegrarse de que el pecado haya entrado en el mundo? Emplea la misma audacia, pero en otro sentido, puesto que tiene el coraje de resolver las paradojas. Pues si el amor conyugal sabe, como la pasión, que todos esos obstáculos se superan en el momento infinito del amor, sabe igualmente, y ése es su momento histórico, que tal vic-

toria debe ser alcanzada y no se da por sí misma. Y que si la lucha es un juego, es también una lucha, así como el juego, siendo lucha, es también juego. Así la batalla en el Walhalla, que era un combate a vida y muerte y, sin embargo, un juego, puesto que los adversarios se relevaban continuamente, rejuvenecidos por la muerte. Sabe además que esa esgrima no es un duelo arbitrariamente decidido, sino un combate librado bajo auspicios divinos, y no siente necesidad alguna de amar a uno solo, y ninguna necesidad de amar más de una vez, porque encuentra en ese solo amor toda una eternidad. ¿Crees tú, dime, que a ese amor sin misterio pueda faltarle belleza? ¿Que no podría afrontar el tiempo, y está necesariamente condenado a hundirse en la rutina de la vida diaria? ¿Crees que el hastío te alcanzaría más pronto, como si el amor conyugal no tuviese una sustancia eterna, de la que nunca se cansa uno, y que adquirimos sin cesar, ora en los besos y los devaneos, ora en la angustia y el temblor? "Bah, dices, si es así se debe renunciar a todas esas pequeñas gentilezas y sorpresas". No me parece necesario en modo alguno que las abandone, porque no pretendo que el amor conyugal haya de estarse siempre con la boca abierta, y ni siquiera hablar en sueños, por el contrario, todas esas pequeñas gentilezas y sorpresas no tienen sentido sino cuando se acompañan de una total franqueza, porque en ella, en la seguridad y la confianza que ofrece, cobran esos intermedios todo su relieve. Pero si creemos que la naturaleza del amor y su verdadera felicidad consisten en una sucesión de pequeñas sorpresas, si pensamos que hay belleza en el muelle y miserable refinamiento, en la inquietud con que uno espera

ESTÉTICA DEL MATRIMONIO

en todo momento ver surgir una sorpresa, o se las prepara uno a sí mismo, permíteme decirte que esa actitud carece por completo de belleza. Y agregaré que es mala señal cuando un matrimonio no puede mostrar más trofeos que un secretaire atiborrado de bombones, de flacons, de tazas, de pantuflas bordadas y otras preciosas gentilezas.

EL MATRIMONIO, CATEGORIA ESTÉTICA DEL AMOR.

I. EL PRINCIPIO VITAL DE LA "BUENA INTELIGENCIA" ENTRE LOS ESPOSOS

No es raro uniones que practican el sistema del misterio, pero nunca he visto reinar en ellas la felicidad. Como pudiera ser casual, voy a examinar lo que se halla, por lo común, en la base de esa práctica: punto importante para mí, porque la unión dotada de belleza estética es siempre unión feliz y, por lo tanto, si pudiera edificarse sobre esa base un matrimonio venturoso, yo debería cambiar mi teoría por otra. No omitiré ninguna de las formas en que ese sistema se practica; debo analizarlas con la mayor exactitud, y me detendré sobre todo en una de ellas que, en la casa donde he visto practicarla, alcanzaba una virtuosidad verdaderamente asombrosa.

Me concederás que el sistema del misterio procede, por lo general, de la parte masculina. Y, aunque es siempre insensato, se lo soporta mejor que si es una mujer la que ejerce semejante dominium. La forma más fea es, naturalmente, la del despotismo puro: un ella la mujer es una esclava, una

servienta para todo trabajo. tales uniones nunca son felices, por más que los años traigan un aturdimiento en que uno termine por complacerse. En el extremo opuesto, otra forma más bella se distingue por una solicitud intempestiva. La mujer es débil, se dice; no puede soportar el peso de los afanes y contrariedades, y hay que rodear de caridad a los débiles e inválidos. ¡Error, falsedad! La mujer es tan fuerte como el hombre, y quizás más. ¿Y acaso la rodeas realmente de amor cuando la humillas así? ¿Quién te ha permitido rebajarla? ¿Cómo puede tu alma estar tan ciega que considere tu naturaleza más perfecta que la suya? No tengas, pues, secretos para con ella. Si es débil, si no puede soportar el peso, ¿qué importa, puesto que puede apoyarse sobre ti, que tienes fuerza por dos. No, lo que no puedes soportar es que no tienes tal fuerza; es a ti a quien falta, no a ella. Puede que la tenga más que tú, lo cual te cubriría de confusión, y no tendrías la fuerza de soportarlo. ¿Pero, acaso no te has declarado dispuesto a compartir con ella los buenos y malos días? ¿Y no es agraviarla, entonces, no iniciarla en las cosas desagradables? ¿No es causar injuria a lo más noble de su alma? Quizá sea débil, y su aflicción nos abrume aún más que la situación en sí; pero, si la compartes con ella, esa solidaridad la salvará. ¿Y tienes derecho a quitarle un medio de salvación? ¿Y de dónde sacas tú esa fuerza: no está la mujer tan cerca de Dios como tú mismo? ¿Quieres quitarle la ocasión de hallar a Dios del modo más íntimo y profundo, esto es, por el dolor y el sufrimiento? ¿Y acaso sabes si, en el silencio, ella no sufre tristeza e inquietud y si ello no dañará su alma? Quizás no se trate de debilidad sino de humildad: qui-

zás crea ella que su deber consiste en cargar con todo eso. Siendo así tú has sido la ocasión que le ha permitido desarrollar sus fuerzas, pero no según tu deseo o tu promesa. O, por último, para servirme de una palabra un poco fuerte, ¿no la tratas como una concubina? Porque poco importa para ella que no seas polígamo. ¿Y no es doblemente humillante para ella observar que, si bien la amas, es no sólo porque tú eres un soberbio tirano, sino también por que ella es de una naturaleza inferior?

Frecuentó por un tiempo una casa donde he podido ver el sistema del silencio aplicado con un arte que rayaba en el refinamiento. El marido, muy joven y realmente bien dotado, con un cerebro de elección y una naturaleza de poeta, era demasiado indolente para tomarse el trabajo de escribir; en cambio, sabía, con una extraordinaria delicadeza, impregnar la vida cotidiana de poesía. Su mujer, joven, no carecía de espíritu, pero tenía un carácter algo trivial, y él vio en ello una tentación. Se quedaba uno de una pieza viendo cómo sabía, de mil modos, despertar y alimentar en ella todo el entusiasmo de la juventud. Llenaba el encantamiento poético todo el ser de su esposa y la vida conyugal. Tenía el ojo atento para todo: cuando ella miraba a su alrededor no reconocía su entorno, porque él intervenía en todo, pero como el dedo de Dios en la historia: indirectamente, y sin dejar huellas. Cualquiera fuese el rumbo de los pensamientos de ella, ya estaba el allí, y la esperaba. Como Potemkin, sabía hechizar los paisajes, especialmente los que debían alegrarla después de una pequeña sorpresa, una ligera resistencia. Hacía de su vida doméstica una historia de la creación en miniatu-

ra, y así como el hombre es, en el vasto mundo, el objeto hacia el que todas las cosas tienden, del mismo modo ella había venido a ser el centro de un círculo mágico, en el que gozaba, por cierto, de toda su libertad, puesto que el círculo se extendía en la dirección de sus movimientos, y no había límites de los que pudiera decirse: hasta aquí, y no más lejos. Ella podía agitarse tanto como quisiera, y hasta donde quisiera: el círculo retrocedía, pero seguía existiendo. Ella iba como un niño en una especie de canasto rodante, tejido no con varas de mimbre sino de sus esperanzas, de sus sueños, de sus suspiros, de sus deseos y de sus temores; en suma, ese canasto estaba formado de toda la sustancia de su alma. El, por su parte, se movía con una gran soltura en ese mundo de sueños y, sin ceder un ápice de su dignidad, reivindicaba y ejercía su autoridad de amo y señor. Si el hubiese faltado un momento a esa dignidad, ella habría visto nacer un funesto presentimiento, que le hubiera dado la llave del misterio. Y no sólo ocultaba él del mundo esos cuidados solícitos: se los ocultaba también a ella. Pero sabía perfectamente que ella no había recibido de él ninguna impresión sino como él lo quería; y sabía que le era fácil suprimir con una sola palabra el encantamiento. Apartaba todo aquello que pudiera afectar desagradablemente a su esposa. Cualquiera fuese la circunstancia adversa que se presentara, él empezaba por dirigirle hábiles preguntas, e incluso se le anticipaba francamente, haciéndole una exposición que él mismo había redactado, dosificando lo preciso y lo vago, según la impresión que deseaba suscitar. Era orgulloso, terriblemente lógico: la amaba, pero en lo profundo del silencio de la noche, o en un

instante fuera del tiempo, no podía impedirse decir orgulloosamente: ella me lo debe todo.

Tú has seguido con interés esta narración, ¿no es cierto?, no obstante la imperfección de mis palabras, porque describe un cuadro que te es grato y que tratarás de realizar un día, si te casas. ¿Era feliz esa pareja? Lo era, si quieres, pero un sombrío fatum planeaba sobre esa felicidad. Imagínate que él cometiera un error, o que ella, de pronto, tuviese una sospecha; creo que nunca se lo hubiera perdonado, porque era demasiado altiva su alma, demasiado orgullosa, para dejarse decir que él había obrado por amor. Nosotros tenemos una vieja manera de decir acerca de las relaciones de los esposos, y deseo recordártelo (en general me encanta sostener la revolución, o más bien la guerra santa, en que el matrimonio legítimo, palabra tan simple y pobre, pero tan verdadera y rica, se esfuerza por conquistar el reino del que la novela ha expulsado a los esposos). Estos, decimos, deben "vivir en buena inteligencia". Lo más frecuente es que el dicho vaya acompañado de la negación: esta pareja "no vive en buena inteligencia". Entonces se quiere significar que los esposos no pueden soportarse, que se golpean o se muerden o qué sé yo. Pero prueba a tomar la forma afirmativa. Los esposos que he recordado viven "en buena inteligencia", dirá, sin duda, el mundo; lo dirá el mundo, pero tú no. ¿Cómo podrían hacerlo cuando no se comprenden? ¿La "buena inteligencia" no supone, pues, que uno debe saber la solitud que el otro le consagra en su amor? En el caso que he referido el esposo quitó a su mujer, si no otra cosa, por lo menos la ocasión de estarle reconocida, eón lo que ella hu-

biera encontrado, y sólo entonces, reposo para su espíritu. ¿No es hermosa en su simplicidad esa expresión: "vivir en buena inteligencia"? Ella supone que se comprenden de una manera clara y distinta (ya lo ves, aquel vocabulario de la vida conyugal sabía muy bien lo que dice, y no encuentra dificultades sobre el sentido, que hoy en cambio debemos precisar). Y ella lo afirma como cosa que se sobrentiende: el adjetivo lo demuestra, subrayándolo muy especialmente; si no, bastaría decir que deben vivir "en inteligencia". ¿Qué significa sino que deben hallar su alegría, su paz, su reposo, y en suma su vida, en esa concordia?

Ya ves cómo el sistema del secreto no conduce al matrimonio feliz, ni, por consiguiente, a un matrimonio que ofrezca un carácter estético de belleza. No, mi amigo: la franqueza, la sinceridad, la vida al descubierto, la concordia, todo ello constituye el principio vital del matrimonio, sin el que no hay belleza ni verdadera moralidad, porque entonces se separa lo que el amor une: lo sensible y lo espiritual. Mi matrimonio sólo tiene moralidad y, por consiguiente, belleza estética, cuando aquella cuya vida comparto en este mundo, en la unión más tierna, está igualmente próxima a mí en el dominio del espíritu. Y vosotros, hombres orgullosos que acaso gozáis en silencio de vuestro triunfo sobre la mujer, vosotros olvidáis ante todo cuán insensata es la victoria lograda sobre un ser más débil, olvidáis que el hombre se honra honrando a la que es su mujer, y de otro modo se menosprecia.

La buena inteligencia de los esposos es, pues, el principio vital del matrimonio. A menudo oímos a las gentes de

experiencia los casos en que no debe aconsejarse el matrimonio. Déjalos discutir esos casos, hurgar y rumiar a su antojo: en general, sus discursos no significan gran cosa. Yo me limitaré a citar un solo caso: el de una vida individual tan complicada que no puede manifestarse. Si la historia de esta vida interior comporta un factor que tú no puedes expresar; si tu vida te hizo depositario de secretos; si de una manera u otra, te has envuelto en un secreto que no es posible sustraerte sin que ello te cueste la vida, no te cases nunca. Porque te sentirás ligado a un ser que ni siquiera sospechará lo que pasa en ti, y entonces tu matrimonio será una fea cosa, o bien a un ser que se hará cargo de tu estado, sentirá por ello temor y angustia, y a cada instante verá esas sombras sobre el muro. Tu compañera no se decidirá tal vez nunca a hacerle la más discreta pregunta, porque temerá herirte; renunciará a la curiosidad a que la impulsa la angustia, pero no será feliz, ni tú tampoco. Si hay tales secretos, esa inhibición que ni el amor sabría forzar es legítimamente fundada; yo no puedo averiguarlo, aplico solamente mi principio y, en cuanto a mí, no tengo secretos con mi mujer. Podría creerse que nunca pensó en el matrimonio aquel que, además de sus otras inquietudes posibles, hiciera de su doloroso secreto su ocupación cotidiana. Sin embargo sucede a veces, y un hombre semejante es quizás el que tienta más peligrosamente a una mujer.

Pero como yo he nombrado el misterio y la buena inteligencia como los dos aspectos de una sola y misma cosa, y a ésta como lo esencial del amor, con condición absoluta para preservar la estética en el matrimonio, me expongo al repro-

che de parecer olvidar "el factor sobre que tanto insistes, como el estribillo de la canción": el carácter histórico del matrimonio. Sin embargo, gracias a tu misterio, y a tu objeción relativamente bien calculada, esperas soportar el tiempo: "porque, tan pronto como los esposos empiezan, para beneficio real, a contarse su pequeña o su larga historia, pronto llega el momento en que hay que decir x, y y z, la historia ha terminado". Joven amigo mío, no adviertes que, para formular semejante objeción, es preciso que te halles en una posición falsa. Gracias a tu misterio, tienes en ti una determinación de tiempo, y entonces realmente se trata de soportar el tiempo: en cambio, manifestándose al descubierto, el amor lleva en sí una determinación de eternidad, tanto que toda emulación resulta imposible. También es un error, o una arbitrariedad, entender esa manifestación en el sentido de dos esposos que pasaran una decena de días transmitiéndose su curriculum vitae, y cuyo silencio de muerte, más tarde, sólo se interrumpiría por la conocida historia: "... y como se dice en algún cuento, mientras esto sucedía el molino dejaba oír: clip-clap, clip-clap". El carácter histórico del matrimonio hace, precisamente, que esa inteligencia se establezca de una vez por todas, en la exacta medida en que es un devenir constante. Ocurre aquí como en la vida individual, pues cuando uno tiene una clara conciencia personal, cuando ha tenido el valor de verse a sí mismo, no resulta que la historia ha terminado: sólo entonces comienza, sólo entonces cobra un sentido, pues cada momento particular vivido está referido a la visión de conjunto. Así con el matrimonio. En la manifestación que constituye, la inme-

diatez de la pasión se ha derrumbado, no porque se haya perdido sino porque ha pasado a la conciencia de los esposos. Motivo por el cual la historia comienza: el detalle es referido a esa conciencia común que encuentra en tal aporte su felicidad, término que respeta, sin duda, el carácter histórico del matrimonio, y que es equivalente a la alegría de vivir, o a lo que los alemanes llaman *heiterkeit*, característico de la pasión.

I

I. DE LAS DIFICULTADES QUE HA DE AFRONTAR EL AMOR CONYUGAL

Es esencial, pues, para el amor conyugal, llegar a ser histórico. Y cuando los individuos están en la disposición conveniente, el mandato de comer su pan con el sudor de su frente no es, para ellos, una fulgurante maldición; el valor, la fuerza que los anima corresponde a lo que hay de fundado en esa necesidad de aventuras que induce al amor caballeresco a emprender sus proezas. El caballero ignora el temor: también lo ignora el amor conyugal a pesar de sus enemigos, a menudo mucho más peligrosos. Aquí se abre a mis observaciones un ancho campo, pero no quiero meterme en él. Sin embargo, si el caballero tiene derecho a decir que todo aquel que no desafíe al mundo entero para salvar a su amada no conoce el amor caballeresco, también el esposo está autorizado a decirlo. Pero debo recordar constantemente que

toda victoria semejante del amor conyugal comporta una belleza estética superior a la del triunfo obtenido por el caballero, porque al obtener su victoria asegura, al mismo tiempo, la glorificación de su amor. Nada teme, ni siquiera las pequeñas variaciones del sentimiento, ni las pequeñas inclinaciones que, por el contrario, sirven de alimento a la divina salud de su amor. Hasta en las afinidades electivas, de Goethe, Otilia, al menos como posibilidad, está destinada a nutrir el profundo amor conyugal: con cuánta mayor razón un matrimonio arraigado en lo religioso y lo estético no tendrá la fuerza de pasar sobre semejantes amoríos. Hasta diré que las Afinidades electivas proveen justamente la prueba del resultado a que conduce el sistema del misterio. Ese amor no habría cobrado fuerza de no haber tenido la facultad de desarrollarse en silencio. Si Eduardo hubiese tenido el valor de hablar a su mujer, habría puesto coto a ese sentimiento, y toda la historia no sería sino un *divertissement* en el drama del matrimonio. Para Eduardo y su mujer la fatalidad consiste en que se enamoran al mismo tiempo, y ello también es imputable al silencio. El marido que tiene el valor de confiar a su mujer que ama a otra está salvado, y salva también a la esposa. Pero faltando esa franqueza, el marido pierde confianza en sí mismo: lo que busca entonces en el amor de otra, lo que lo induce a dejarse estar, es el olvido; como, a menudo, lo que induce a un marido a dejarse estar es, tanto como una verdadera inclinación por otra, el dolor de no haber resistido a tiempo. Siente que está perdido y, puesto que tal es el caso, precisa fuertes narcóticos para adormecer su conciencia.

Hablaré, de una manera muy general, de las dificultades que ha de afrontar el amor conyugal, y se verá que no son de importancia tal como para temer algún inconveniente para la preservación de la estética. Las objeciones proceden, sobre todo, de un desconocimiento del papel estético que desempeña justamente el factor histórico; o bien de que en el romanticismo suele tenerse a la vez un ideal estrictamente elástico y no romántico. Muchas otras tienen su razón en la alegría que sentimos mientras nos imaginamos a la pasión danzando entre las rocas, al ver al amor conyugal luchando con toda suerte de chicanas, víctima de las más miserables y deprimentes dificultades. Además, como en el secreto se cree que esos obstáculos son insuperables, la causa del matrimonio queda, de hecho, resuelta. Pero contigo siempre es preciso tomar alguna precaución. Yo no hablo de tal o cual unión, de modo que puedo representar el matrimonio como me parezca bien; pero no basta guardarme yo de lo arbitrario para que tú renuncies, por tu parte, a ese placer. Cuando, por ejemplo, se ve en la pobreza un obstáculo para el matrimonio respondo: "Trabaja, y todo se arreglará". Pero como nosotros evolucionamos en un mundo de poesía, te complacerá quizás invocar tu licencia poética, y contestarás: "Y cómo trabajar: la crisis de los negocios, la de la marina, priva de pan a una multitud de personas". O bien concedes que no es imposible hallar un poco de trabajo, pero demasiado poco. Y cuando replico que todo se arreglaría con un poco de economías, arguyes que las tristes circunstancias han elevado tanto el precio del trigo que es absolutamente necesario arreglárselas con recursos que, en otros tiempos, permitían llegar

a fin de mes. Te conozco demasiado bien: tu mayor placer es contradecir, y luego, cuando te has divertido suficientemente, ensartar a tu interlocutor o a un asistente en interminables discusiones sin ninguna relación con el problema que antes se debatía. Te encanta conferir a una ficción totalmente arbitraria una especie de realidad, y embarcarte en el acto en vastas consideraciones. Si conversaras con otro, que no conmigo (porque conmigo, por lo común, te ahorras tales razones), agregarías sin duda a propósito del precio del trigo: "En tiempos de vida tan cara en que la libra de pan está a ocho reales..." Y si por ventura estuviera allí alguien que quisiera mostrarte que tu opinión es insostenible, entonces explicarías que en tiempos de Oluf el Hambreador, "una libra de pan, y además de pan de corteza, costaba ocho reales y medio en moneda antigua, y que, si nos hacemos cargo de la gran escasez de dinero entre el pueblo en esa época, no cuesta trabajo ver...", etc. Y si tu interlocutor te siguiera por ese rumbo, tu contento sería aún mayor. Inútilmente, el que pusiera la conversación sobre el tapete, querría llamarte al orden: la confusión sería general y, en el mundo de la poesía, tú habrías causado la desdicha de un matrimonio. Esta facultad tuya es lo que hace tan delicado conversar contigo. Si yo me arriesgara (¡qué terreno, tan resbaladizo para mí!), a pintar en un relato un matrimonio que resiste victoriosamente a una cantidad de adversidades de ese género, responderías francamente: "Ficción pura: en poesía no es difícil asegurar la dicha de la gente, y hasta es lo menos que podemos hacer por .ella". Si yo te tomara del brazo para emprender contigo una vuelta por la vida, y si te mostrara una pareja

que ha reñido el buen combate, responderías sarcástico: "Es posible: la tentación es en este caso la piedra de toque, pero desde fuera, no desde dentro, y yo pienso que no ha ejercido su poder sobre esas gentes, porque de otro modo la situación habría sido insostenible". ¡Como si la verdadera función de la tentación en la vida fuera sucumbir a ella! Cuando te entran ganas de abandonarte a ese demonio de lo arbitrario, es imposible librarte de él; y como tú recoges en tu conciencia todo lo que haces, lo mismo ocurre con lo arbitrario, y disfrutas convirtiéndolo todo en cosa incierta.

A primera vista se pueden clasificar esas dificultades en exteriores e interiores, sin olvidar el carácter relativo de esa distinción en el matrimonio, donde, en rigor, todas las dificultades son interiores. Empecemos por las primeras. No tengo el propósito, ni tampoco el temor, de nombrar todos los problemas de orden finito: aflicciones, humillaciones, contrariedades, en suma todos los elementos de un drama lacrimoso, tus semejantes y tú mismo sois allí, como en todo arbitrarios en grado sumo. Si un drama de esa índole os obliga a un viaje hacia las cavernas del infortunio, lo declararéis inestético y fastidioso. Y tenéis razón: ¿pero por qué? Porque os indigna ver los sentimientos nobles y elevados sucumbir bajo tales adversidades. Pero si volvéis al mundo real, si encontráis una familia víctima de la mitad apenas de las desgracias inventadas por uno de esos poetas y verdugos de pasillo, hábiles en gustar la voluptuosidad, reservada a los tiranos, de atormentar a los otros, os estremecéis pensando: "Es lamentable: adiós toda belleza, adiós toda estética". Sois piadosos, e incluso caritativos, al menos para disipar vuestras

tristes ideas. Pero ya habéis desesperado hace mucho tiempo; vosotros, no la desdichada familia. Si tal es la verdad en la vida, el poeta tiene razón también en representarla, y razón en hacerla. En vuestros palcos del teatro, ebrios de placer artístico, tenéis el coraje de exigir del poeta que haga triunfar la estética sobre toda miseria. Es vuestro último consuelo y, para colmo de la cobardía, lo aceptáis, vosotros a quienes la vida no ha dado oportunidad de probar vuestras fuerzas. Sois entonces pobres y desdichados como el héroe o la heroína de la pieza, pero tenéis un pathos, un coraje, un os rotundurn del que se derrama a raudales vuestra elocuencia; jubilosos, aplaudís al autor, y el autor sois vosotros mismos, y los aplausos de la platea son para vosotros, que sois a la vez el héroe y el actor. Sueñas con los reinos nebulosos de la estética; allí, eres el héroe. Yo me ocupo relativamente poco de teatro; por mí, podéis divertirlos a vuestro antojo: que tus héroes de escenario sucumban, triunfen o se hundan bajo el piso del escenario, todo ello me importa poco. Pero si es verdad, como decís vosotros y profesáis en la vida, que pocas vicisitudes son capaces de subyugar a un hombre al punto de hacerle doblar la cerviz, y olvidar que ha sido criado a la imagen de Dios, quiera el Todopoderoso, para vuestro justo castigo, que todos los autores de teatro sólo produzcan dramas lacrimosos, amasados con angustia y espanto, lo cual impedirá a vuestra debilidad reposar sobre cojines de comedia y a vuestro carácter acicalarse con una fuerza sobrenatural. Que, por el contrario, os aterroricen hasta que hayáis aprendido a creer en la realidad de las cosas que sólo merecen fe mudadas en poesía. Confieso sin reparo

que no he conocido apenas adversidades en mi vida conyugal, de tal modo que no puedo hablar de experiencia; pero tengo la convicción de que nada puede amainar la vida estética del hombre, y mi certeza es tan poderosa, tan feliz y profunda, que por ella agradezco a Dios como de un don. Y puesto que la Escritura menciona tantas gracias, yo querría incluir entre ellas el valor abierto, la confianza, la fe en la realidad en lo eternamente necesario del triunfo de lo bello y en la ventura inseparable de la libertad, que convierte al individuo en colaborador de Dios.

Esta convicción es un momento de mi habitus espiritual, y no recibo su estremecimiento en la debilidad y la voluptuosidad, gracias a las excitaciones engañosas del teatro. Lo único que puedo es dar gracias a Dios por esa inquebrantable firmeza de mi alma; pero, haciéndolo, tengo también la esperanza de haber preservado mi alma de tomar ese beneficio en vano. Y sabes que detesto toda experiencia psicológica; con todo, es verdad que un hombre puede haber vivido con el pensamiento muchas cosas que nunca podrá vivir en la realidad. A veces sobrevienen momentos de desaliento, y cuando no los provoca uno mismo para estudiarse arbitrariamente, son también la ocasión de un combate, de una lucha de gravedad extrema; en ella se puede adquirir una seguridad que, sin la realidad que sólo podría adquirir en el mundo exterior, tiene, sin embargo, una importancia considerable. Hay en la vida casos en que el hombre demuestra grandeza, y hasta de cierta excelencia cuando da la impresión de estar solo; cuando, no separando el mundo de la poesía del de la realidad, ve este último subspécie poseos. Lutero

dice en alguna parte, en un sermón sobre la pobreza, que nunca se ha sabido de un discípulo de Cristo que muriera de hambre. Lutero decide así la cuestión, y cree, seguramente con razón, haberla tratado con mucha unción y con unción verdadera.

Cuando el matrimonio se halla expuesto a las tribulaciones del exterior, importa naturalmente que las interiorice. Digo "naturalmente", y abordo la cuestión no sin audacia; pero sólo escribo para tí, y nosotros tenemos poco más o menos la misma experiencia en este género de adversidades. Si se quiere salvar la estética, trátase, pues, de transformar la tribulación exterior en crisis interior. Quizás yo te fastidie al retomar el término de estética: crees que es pueril, por mi parte, pretender que la estoica se halla entre los pobres y los sufrientes. ¿Pero te habrás deshonrado tanto para admitir la escandalosa distinción que reserva la estética a los grandes y poderosos, a los ricos y a las gentes cultivadas, y que deja a los pobres, en todo caso, la religión? Sea, no creo que los pobres salgan perdiendo en el reparto. ¿O no ves que, en la medida en que tienen lo religioso, tienen al mismo tiempo lo estético, y que los ricos, por estar desprovistos de lo primero, lo están también de lo segundo? Y no he nombrado sino los casos extremos, pero no es raro ver debatirse en cuidados materiales, gentes que no podríamos clasificar entre los pobres. Además ciertas tribulaciones de este mundo, como la enfermedad, son comunes a todas las clases. Sin embargo, estoy seguro de ello, cuando se tiene el valor de interiorizar una adversidad exterior, la hemos superado, por así decir,

entonces, gracias a la fe, en el instante mismo del sufrimiento se opera una transubstanciación.

El marido que sabe recordar su amor y que, a la hora del peligro, tiene el valor de decirse que no se trata, en primer término, de saber de dónde recibirá el dinero, y con qué tipo de interés, sino sólo de su amor, del pacto que ha concertado con aquella a la que está ligado y que ha de guardar en la pureza y la felicidad; el que no tiene por qué forzarse, en este aspecto, exponiéndose a combates interiores demasiado duros; el que emprende ese movimiento sea con la juvenil frescura del primer amor, sea con el aplomo de la experiencia adquirida, ése ha triunfado. Ha conservado en su unión la vida estética, aunque no tenga sino tres pequeñas habitaciones para constituir su hogar. No niego absolutamente, pues ya escucho tu objeción capciosa, que al interiorizar así la tentación exterior se corre el riesgo de agravarla; pero los dioses no conceden en balde sus favores más grandes, y ese esfuerzo es en el matrimonio un factor de disciplina y de idealismo. Se dice comúnmente que cuando se está solo en el mundo es más fácil soportar todas esas calamidades, y hasta cierto punto es verdad. Pero esa frase disimula, a menudo, una inexactitud muy grande, porque ¿de dónde viene esa facilidad, sino de una más grande propensión a envilecerse, a llevar la corrupción a la propia alma sin que ello importe a nadie a olvidar a Dios, a dejar que las tempestades de la desesperación cubran los gritos de dolor, a entregarse a la apatía, a gozar casi viviendo entre los otros como un fantasma? Ciertamente, todo hombre, aunque esté solo, debe cuidar de sí mismo, pero sólo amado se tiene la exacta noción de lo que

roto es y de lo que otro puede; y sólo el matrimonio otorga la felicidad "histórica"; al menos tan bella como la del romántico caballero. Pues el esposo nunca puede conducirse como este último. Cuando el mundo le es tan hostil como al otro, aunque pueda olvidarse de ello por un instante, y sentirse aliviado por el efecto de la desesperación que quiere devolverlo a flote, y sentirse fortificado por la lenta absorción de una embrutecedora mezcla de desafío y desaliento, de cobardía y orgullo; y sentirse libre por el relajamiento de los vínculos que lo ligan a la verdad y a la justicia; si, en ese estado, comprueba la rapidez del movimiento que constituye el paso del bien al mal, entonces volverá muy pronto a los viejos senderos; esposo, se mostrará digno de ese nombre.

Pero ya he dicho bastante sobre las adversidades exteriores, y no me siento calificado para hablar de ellas. Como no podría hacerlo sin una exposición fastidiosa, me resumiré diciendo que si puede ser preservado el amor, y por Dios que puede, también puede serlo la estética, porque el amor es la estética misma. Las otras objeciones reposan, ante todo, sobre una falsa concepción de dos cosas: el papel del tiempo y el valor estético de lo histórico. Apuntan así a cada matrimonio, tanto que se puede hablar de ellas de una manera muy general, y yo lo haré esforzándome por enunciar, en esta generalización, lo esencial del ataque y de la defensa.

Tú aludirás ante todo a "la costumbre, la ineludible costumbre, la cruel monotonía, la perpetua uniformidad que hace de la vida doméstica y conyugal un tremebundo marasmo". "Yo amo la naturaleza, dirás, pero detesto la segunda naturaleza". Concedo que sabes pintar, con un calor y una

melancolía llenos de seducción, el tiempo feliz en que hacemos aún descubrimientos y, pasada esa edad, medir los días con un terror angustiado; sabes, hasta causar risa y verdadera náusea, describir una vida conyugal tan monótona que la propia naturaleza no ofrece nada de semejante; "porque ya lo ha probado Leibniz que no se encuentra nada idéntico al matrimonio en la naturaleza, y la uniformidad está reservada a las criaturas razonables, y ello resulta sea de su letargia, sea de su pedantismo". No pienso contradecirte, ni negar que no sea magnífico, eternamente inolvidable (toma nota del sentido en que puedo decirlo) el tiempo en que el individuo se asombra en el mundo del amor y halla la felicidad en un viejo descubrimiento. A menudo, es cierto, ese individuo ha oído hablar del amor, y se lo han explicado en los libros; pero ahora se lo apropia por primera vez con todo el entusiasmo de la sorpresa, y se impregna de él hasta lo profundo de su ser. Período venturoso que comienza con los primeros presentimientos de la pasión, con el primer encuentro, con la primera separación, con el primer acento de esa voz, con la primera mirada, la primera presión de la mano, el primer beso, y llega a la primera completa certidumbre de la posesión; período magnífico el de la primera confusión, del primer deseo, del primer dolor de una cita frustrada, de la primera alegría, causada por la venida inesperada de ella. Pero todo ello no quiere decir que el período siguiente no sea igualmente bello. Haz tu examen, tú que imaginas tener ideas tan caballerescas. Cuando dices que el primer beso es el más bello, el más suave, ofendes a la amada porque el beso

tiene entonces el valor de la categoría del tiempo en que lo sitúes.

Sin embargo, para no comprometer mi causa empezaré por pedirte cuentas. Pues si no quieres proceder en forma totalmente arbitraria, deberías atacar a la pasión como atacas al matrimonio: si el amor persiste en la vida, es menester que se halle expuesto a las mismas fatalidades; pero en esa lucha no dispone, por cierto, de las armas que el amor conyugal encuentra en lo ético y en lo religioso. Además, deberías odiar todo amor que pretenda ser eterno, y atenerse a la pasión como momento. Pero no asumirá su verdadero valor mientras no comporte la ingenuidad candorosa, esto es la eternidad en su carácter espontáneo. Claro que sí, por acaso, has experimentado que ello es una ilusión, todo está perdido para mí, a menos que te empeñes en retornar a la misma ilusión, cosa que no puedes hacer sin contradecirte. O bien, hombre sabio como eres, ¿habrías concertado con tu placer un pacto que te haga olvidar completamente tu deuda para con otros? ¿Pensarías que, a pesar de la imposibilidad radical de repetir aquella pasión, aún queda una salida aceptable, esto es el remozamiento que siente uno cuando vive la ilusión en la ilusión de otros, gustando lo infinito y la novedad en la frescura del sentimiento que aún no ha visto disiparse su juvenil ilusión? Esa actitud demostraría tanta desesperación como corrupción. Y la desesperación que así se revelase prohíbe buscar luces sobre la vida en estos puntos de vista.

III. A PROPOSITO DE LA CONQUISTA Y DE LA POSESION

Negaré, además, que tengas derecho a aplicar la palabra "costumbre" a la regresión propia de toda vida, y, por consiguiente, también al amor. En realidad, ese término sólo se emplea, y mal, para designar la persistencia en un estado malo en sí, o bien la repetición de una cosa inocente en sí misma, pero repetida con tal tenacidad que la torna funesta. La costumbre, pues, revela siempre una falta de libertad. Y así como no se puede hacer el bien sin libertad, tampoco se puede estar sin ella: de ahí que, con respecto al bien, nunca se puede hablar de costumbre. ¿Y qué decir de tu alusión al matrimonio como una uniformidad tal que apenas si la hallamos en la naturaleza? Ello es exacto, pero la uniformidad puede expresar la belleza, y el hombre puede estar orgulloso de ese descubrimiento: así, en música, la medida uniforme puede ser muy bella y de un gran efecto. Diré, por fin, que si esa monotonía fuera inevitable en la vida conyugal, deberías reconocer sinceramente que es preciso vencerla, o sea preservar al amor en vez de desesperarse, porque la desesperación no podía ser nunca una tarea: es un expediente fácil, al que sólo recurren los que retroceden ante la magnitud de la tarea.

Pero veamos de más cerca qué hay en esa uniformidad tan desacreditada. Tu defecto, tu desgracia, es tener en todas las cosas un pensamiento demasiado abstracto, también cuando se trata del amor. Tienes bajo tu pensamiento un pequeño resumen de los momentos del amor, cuyas catego-

rías analizas, según dices; y yo te reconozco en esa materia una virtuosidad poco común. Piensas todo lo concreto reduciéndolo a un momento: lo poético. Cuando, junto a eso, piensas en la larga duración del matrimonio, ves surgir un penoso malentendido. Tu defecto es no pensar históricamente. Si un aficionado a los sistemas sometiera al pensamiento la categoría de las interacciones; si quisiera sondearla según una impecable lógica, pero agregase que se requiere una eternidad antes de que el mundo termine sus eternas interacciones, tendríamos razón en hacer mofa de él, tú lo admitirás. El tiempo es un hecho: tiene su importancia, y la suerte de los individuos, como de la humanidad, es vivir en él. Si, pues, no tienes otra objeción sino que esa ley es insostenible, conviene entonces que busques otro auditorio. Esa respuesta sería perfectamente suficiente; sin embargo, para quitarte todo pretexto de decir que eres "en el fondo" de mi opinión, aunque prefieres allanarte a lo ineluctable, me esforzaré por demostrarte que es lo mejor, y que también es el deber; y, finalmente, que esa resignación es en verdad la mejor conducta.

Partamos de un punto que nos sea común. No te espanta el tiempo que precede al punto culminante: por el contrario; te complaces, y a menudo te desvives por otorgar a los instantes que revives, reproduciéndolos, y mediante una cantidad de reflexiones, más duración que la suya primitiva; y si aquí se pretendiera reducir tu vida a la categoría, te molestarías mucho. En el período que precede al apogeo, no son sólo los grandes y decisivos momentos los que te interesan, sino las menores circunstancias; y conviene, en este punto,

óírte hablar del secreto oculto, ignorado de los sabios, a saber que lo insignificante es lo importante. Pero una vez alcanzada la culminación y que todo se ha transformado, todo se encoge en un miserable *abbreviatur* poco satisfactorio. Estás hecho así: eres, por naturaleza, conquistador, pero incapaz de poseer. Pero si no sostienes, con un exclusivismo y una arbitrariedad totales, que estás hecho así, entonces estás obligado a concluir por un momento el armisticio, y romper filas, para permitirme verificar hasta qué punto es verdad lo que dices; y, si lo es, en qué medida, hasta qué punto se justifica. Si rehusas, imaginaré, sin ocuparme de ti, a alguien que se te parece mucho, y procederé tranquilamente a mi vivisección. Pero espero que tendrás el valor de someterte a la operación, el valor de prestarte realmente a la ejecución y no sólo *in effigie*. Al sostener con tal energía que estás hecho así, concedes implícitamente que los otros pueden ser distintos; por ahora me conformo con eso, porque podría ser, después de todo, que tú fueras el hombre normal, aunque la angustia con que te obstinas en decir que eres como eres no induce a creerlo. ¿Pero cómo concibes a los demás? Cuando observas una pareja cuya vida conyugal se consume, a tus ojos, en el hastío más cruel, "en la más desabrida repetición de las sanas instituciones y de los sacramentos del amor", avívase en ti un ardor, una llama dispuesta a devorar a esos desventurados. Y no es arbitrario por tu parte: tienes razón tienes derecho a castigar a esas gentes con el rayo de tu ironía, a espantarlos con el trueno de tu cólera. No los reduces a cenizas porque te sea placentero, sino porque lo han merecido. Los juzgas, pero qué es

juzgarlos sino exigir de ellos alguna cosa. O dirás que no puedes exigirlos; pero entonces, como es contradictorio exigir lo imposible, es contradictorio juzgarlos. Te has perfeccionado, ¿no es cierto? ¡Has dejado adivinar una ley a la que no quieres someterte, pero que aplicas a los otros! Pero no te dejas tomar desprevenido, y replicas: "No se los reprocho, no los juzgo: los compadezco". Pero imagina que los interesados no hayan encontrado hastío en su vida. Ya veo una sonrisa de satisfacción errar sobre tus labios: acabas de concebir una idea luminosa, con la que esperas destruir a tu interlocutor. "Lo repito: los compadezco porque no se dan cuenta, y aun más porque están entregados a una ilusión muy digna de piedad". Esto es lo que me dirías, poco más o menos, y si estuviéramos en presencia de otros la firmeza de tu actitud no dejaría de causar efecto. Pero nadie nos escucha, y puedo proseguir mi examen. De modo que tú los compadezcas en ambos casos; que tengan conciencia de su hastío, o no la tengan. Pero hay un tercer caso posible; también existe el hastío atando el matrimonio, felizmente, no ha sido contraído. Estado tan digno de piedad como el de quien, habiendo conocido el amor, advierte que es irrealizable. Pero el estado del que se salvó del naufragio como ha podido, gracias a los expedientes egoístas que indiqué precedentemente, es igualmente deplorable, porque ese hombre se ha erigido en un bandido, factor de discordias. Una quejumbre general: he ahí el verdadero resultado a que llegamos al término de nuestra investigación: pero aquí nos contradecimos, como si dijéramos que la evolución de la vida tiene por resultado una regresión. En general, tú no temes aprobar ese punto de vista,

y ahora dirás probablemente: "Eso también ocurre, a veces; cuando se marcha sobre el páramo helado, contra el viento, el avance puede muy bien tener por resultado un retroceso".

Pero vuelvo al examen de todo tu habitus espiritual. Dices ser una naturaleza incapaz de poseer, y no crees disminuirte declarándolo; por el contrario, te sientes más bien por encima del común.

¿Cuándo se necesita más fuerza: al ascender o al descender? Cuando la pendiente es abrupta se necesita más, evidentemente, en el segundo caso. Casi todos los hombres tienden, por naturaleza, a subir la pendiente; en cambio, la mayor parte de ellos sufre una cierta angustia cuando tienen que bajar por ella. Así creo que hay muchas más naturalezas conquistadoras que aptas para poseer, y cuando te sientes superior a una cantidad de personas casadas, hundidas en "su estúpida satisfacción animal"; puedes tener razón hasta cierto punto, pero no debes tomar por amos a los que te son inferiores. El arte verdadero sigue, en general, la vía directamente opuesta a la de la naturaleza, y no por eso la destruye; del mismo modo, el arte verdadero se revela en la posesión y no en la conquista, porque la posesión es una conquista que ha vencido toda contrariedad. Estos términos te indican ya hasta qué punto el arte y la naturaleza están en conflicto. El poseedor detenta lo que ha conquistado, y estrictamente sólo posee el que conquista.

Claro que tú crees también poseer, porque el instante de la posesión lo tienes, pero no es una posesión, porque no se trata de una apropiación profunda. Si yo imaginase un conquistador subyugando estados y reinos, poseerla también

esas provincias sometidas, tendría vastas posesiones y sin embargo un príncipe tal se llama conquistador y no un poseedor. Sólo posee esos territorios una vez que los ha administrado con sabiduría y por su prosperidad. Es lo que hace muy raramente una naturaleza conquistadora que en general carece de la humildad, la religiosidad, la humanidad verdadera que se requiere para poseer. Y es por esa razón, ¿lo ves? que al exponer la relación del matrimonio y la pasión, destaque, justamente, el momento religioso: porque ese momento quiere derrocar al conquistador del trono y reemplazarlo por el poseedor. Es por eso que hice el elogio del matrimonio, instituido para el fin más noble: la posesión duradera. Te recordaré una expresión que tú gustabas de pronunciar: "La grandeza no es un elemento dado, sino adquirido". Pues el instinto de conquista propio del hombre, y su ejercicio, son el elemento dado; pero el hecho y la voluntad de poseer eso es lo adquirido. Se necesita orgullo para conquistar y humildad para poseer. ardor para conquistar, para poseer paciencia; para conquistar, el sustento y la bebida, y el ayuno y la plegaria para poseer. Pero todos los atributos que acabo de enumerar, con todo derecho, para caracterizar a la naturaleza conquistadora, convienen todos al hombre natural y se aplican absolutamente a él; sin embargo, nuestra naturaleza inmediata no es nuestra más alta condición. Porque una posesión no es un Schein, un título cuya letra es letra muerta, un título sin valor, aunque teniendo fuerza legal: una posesión es una adquisición constante. La naturaleza que ejerce la posesión involucra una naturaleza conquistadora: ella conquista, efectivamente, a la manera del labrador que conquista

la tierra labrándola, no como aquel que se pone a la cabeza de sus criados para expropiar al vecino. La verdadera grandeza no cosiste, pues, en conquistar, sino en poseer. Y si me objetas: "No quiero decidir cuál de esas dos actitudes es la más grande, pero reconozco de buena gana que representan las dos clases de hombres, y cada cual dirá a cuál pertenece y cuidará de no dejarse rehacer por tal o cual apóstol afanoso de convertirlos"; si hablas así, veo que el último miembro de la frase me concierne, y en forma maliciosa. Sin embargo, responderé que de las dos cosas, conquistar y poseer, no sólo una es superior a la otra, sino que tiene además un sentido de que la otra está desprovista. La una es premisa y conclusión, mientras que la otra no es sino premisa, y a modo de conclusión no ofrece sino unos tristes puntos suspensivos, de los que en otra circunstancia te diré la función, si ya no la sabes.

Y si aún persistes en decir que tienes un temperamento de conquistador, poco importa, porque estás obligado a conceder que más grandeza hay en poseer que en conquistar. En la conquista uno se olvida constantemente de sí mismo, mientras que en la posesión se recuerda uno, no por vano pasatiempo, sino con la más profunda gravedad. Al ascender, sólo tenemos el resto ante los ojos; en la bajada, debemos cuidarnos de nosotros mismos y conservar el equilibrio entre el punto de apoyo y el centro de gravedad.

IV. EXCELENCIA DE LA COTIDIANIDAD FAMILIAR

Pero continuo. Quizás me concedas que la posesión es más difícil que la conquista, y que hay más grandeza en la primera que en la segunda. "Mientras pueda conquistar, no me detendré en puntillos de honra, sino que prodigaré mis atenciones a quienes tienen la paciencia de poseer, sobre todo si están dispuestos a trabajar conmigo, mano a mano, aceptando poseer mis conquistas. Hay más grandeza, sea, pero no más belleza: es más conforme a la coca, a la que saco el sombrero, pero menos conforme a la estética". Entendámonos en un punto. Un error que domina en mucha gente es confundir lo que es estéticamente bello con lo que, siéndolo, es susceptible de ser representado. La confusión se explica fácilmente: la mayoría busca la satisfacción estética, cuya necesidad experimenta el alma, en la lectura, la contemplación de obras de arte, etc. En cambio, son relativamente pocos los que consideren lo estético tal como es en la vida, y cuyos ojos vean el mundo a la luz de la estética, sin gozar solamente de la reproducción poética. Pero una reproducción artística requiere siempre una concentración en el momento: cuanto más rica es la concentración, más grande el efecto estático. Y así cobra todo su valor el momento de inefable felicidad, de infinita plenitud, en suma, el instante. O bien éste es el momento predestinado, por así decir, que hace estremecerse a la conciencia, suscitando en ella la idea de un orden divino, o bien ese momento presupone una historia. En el primer caso queda uno impresionado, sor-

prendido; en el segundo, hay, cierto, una historia, pero la representación artística no puede demorarse en ella; todo lo que puede es sugerirla, en su prisa por llegar al momento. Es tanto más artística cuanto mejor sabe concentrar en ella más elementos. La naturaleza, dijo un filósofo, sigue las vías más cortas, y hasta se podría sostener que no sigue ninguna, sino que está dada de pronto y a la vez. Cuando quiero perderme en la contemplación del firmamento, no necesito esperar que los astros innumerables estén formados, porque todos están dados a la vez. La vía de la historia, al contrario, es, como la de la verdad, muy larga y difícil. Pero intervienen entonces el arte y la poesía, para abreviar la ruta y para alegrarnos en el momento en que concluya: concentran lo extensivo en lo intensivo. Pero la marcha de la historia es tanto más lenta cuanto más importante la cosa que debe advenir: como consecuencia, el propio curso reviste una importancia tanto mayor, cuando la cosa que es su finalidad es al mismo tiempo su camino.

La vida individual posee dos especies de historia: exterior e interior. Son dos corrientes distintas, de sentido opuesto, y la primera ofrece a su vez dos aspectos. Como el individuo no tiene el objeto a que aspira, la historia es la lucha a través de la cual lo conquista. O bien, teniendo ese objeto, no puede entrar en su posesión por el hecho de un impedimento exterior. La historia es entonces la lucha a través de la cual el individuo triunfa sobre esos obstáculos. La historia de la segunda especie se inicia por la posesión, y es entonces el proceso en cuyo curso se adquiere la posesión. Pero como en el primer caso la historia es de orden exterior,

y el objeto al que se aspira está afuera, la historia no tiene verdadera realidad, y el poeta o el artista tienen razón de abreviarla, apresurando el momento intensivo. Supongamos, para limitarnos a nuestro tema, un amor romántico. Un caballero ha dado muerte a cinco jabalíes, a cuatro pigmeos, liberado a tres príncipes encantados, hermanos de la princesa a la que adora. Todo ello encuentra plena realidad en la concepción romántica. Sin embargo, es indiferente al poeta o al artista que se trate de cinco o de cuatro; y aunque el artista, en todo caso, es más limitado que el poeta, ni siquiera él tiene interés en contar por lo menudo la muerte de los cinco jabalíes. Le interesa el momento. Limita quizás el número, condensa las dificultades y los peligros en la intensidad del relato, y corre hacia el momento, el momento de la posesión. Toda la sucesión histórica es, para él, secundaria. Claro que, si se trata de una historia de orden interior, cada pequeño momento es de una extrema importancia, porque ella es la historia verdadera. Pero, en ese sentido, choca con el principio constituyente y vital de la historia: el tiempo. Pero cuando se lucha con el tiempo, lo temporal y cada pequeño momento alcanzan su realidad más grande. Cuando la individualidad, aún cerrada, no ha comenzado su eclosión, trátase siempre de historia exterior. Pero en cuanto llega la eclosión se asiste al comienzo de la historia interior.

Volvamos ahora a nuestro punto de partida: a la diferencia entre la naturaleza conquistadora y la naturaleza apta para poseer. La primera está siempre fuera de sí misma, la segunda dentro, de modo que cada una recibe una historia apropiada a su carácter. Pero como la historia exterior se

presta sin inconvenientes a la concentración, es natural que el arte y la poesía la escojan, sobre todo la individualidad aún no despierta, con todo el mundo que arrastra consigo. Se dice, es cierto, que el amor obra la individualidad, pero no en la concepción romántica, que lo lleva solamente al punto en que debe desplegarse y ahí se detiene (o bien a un punto en que ya iba a desplegarse cuando sobrevino una ruptura). Pero como la historia exterior y la individualidad cerrada son, sobre todo, el objeto de la obra artística y poética, todo lo propio de esa individualidad será también el tema de la obra. Pero, en el fondo, esa materia es lo propio del hombre natural.

Veamos algunos ejemplos. El orgullo se presta a maravilla al talento del artista, porque lo esencial no es allí la sucesión, sino la intensidad en el momento. Es difícil de representar la humildad, justamente porque se ejerce en la sucesión, y mientras el espectador no necesita ver sino el orgullo llevado al punto culminante, erige en el segundo caso lo que el arte y la poesía no podrían darle, la vida de esa humildad en su devenir constante, esencial a ese estado. Y cuando se la muestra en su momento ideal le falta al espectador alguna cosa: siente, efectivamente, que la verdadera idealidad de la humildad no consiste en ser ideal en el momento, sino en serlo siempre. El amor romántico puede ser representado excelentemente en el momento, pero no el amor conyugal, porque el esposo ideal no es el que lo es una vez en su vida, sino cada día. Cuando quiero representar un héroe que ha conquistado estados y reinos, puedo hacerlo muy bien en el momento, pero un cruzado que lleve su cruz

cada día no es recibido nunca en la poesía o en el arte: su carga cotidiana es, efectivamente, lo que lo caracteriza. Cuando me imagino a un héroe que pone en juego su vida, la escena se condensa a maravilla en el momento; pero no es lo mismo morir cada día, caso en que lo esencial es esa muerte cotidiana. El valor se presta admirablemente a la concentración en el momento, no así la paciencia, que lucha con el tiempo. Me objetarás que el arte ha, sin embargo, representado a Cristo como la imagen de la paciencia, cargando con el pecado del mundo; dirás que los poemas religiosos condensaron toda la amargura de la vida en un cáliz y nos mostraron a un individuo vaciando su contenido en un solo instante. Es verdad: pero, si pudieron hacerlo, es porque concentraron esa amargura de una manera casi parcial. En cambio, si sabemos un poco lo que es la paciencia, sabemos que no tiene por contrario, en propiedad, a la intensidad del sufrimiento (porque entonces se acerca más al valor), sino al tiempo, y que la verdadera paciencia es la que mostramos luchando contra el tiempo, y es en realidad la longanimidad, rebelde al arte, al que es imposible reducir su carácter propio, y rebelde a la poesía, como consecuencia de la longitud del tiempo que exige.

V. CONCILIACION DE LA ESTETICA Y LA VIDA

Lo que aún diré puedes considerarlo como la modesta ofrenda de un pobre esposo en el altar de la estética; y si, con todos sus sacerdotes, desprecias mi ofrenda, yo sabré

consolarme, por cierto, tanto más cuanto que no es un pan únicamente reservado a la mesa de los sacrificadores, sino un buen pan de hogaza, simple y sin especies, como todo alimento doméstico, pero sano y fortificante.

Si seguimos la evolución de la belleza estética tanto del punto de vista dialéctico como del histórico, vemos que el sentido de ese movimiento va de las determinaciones del espacio a las del tiempo, y que la perfección artística depende de una posibilidad siempre más grande de apartarse del espacio para concretarse al tiempo. Allí reside el paso, y la importancia de ese paso, de la escultura a la pintura, como ya lo tiene indicado Schelling. La música tiene el tiempo por elemento, pero en él no encuentra duración alguna: lo propio de la música es disiparse constantemente en el tiempo; resuena en él pero se esfuma inmediatamente y no tiene duración. La poesía, la más perfecta de todas las artes, es también la más apta para explotar el valor del tiempo. No necesita limitarse al momento, como la pintura, ni desaparece sin dejar huellas, como la música. Aun así, ya lo hemos visto, está obligada a concentrarse en el momento: tiene, pues, sus límites, y ya hemos mostrado que no podría representar cosas cuyo rasgo propio sea la sucesión en el tiempo. Y, sin embargo, esa utilización del tiempo no disminuye la estética, cuyo ideal cobra, por el contrario, tanta más riqueza y plenitud cuanto más se valoriza el tiempo. ¿Cómo se puede, pues, representar aquel elemento estético que deviene irreductible incluso a la obra poética? Viviendo, responderé. Así se asemeja a la música, que sólo tiene ser por la repetición constante, y por el momento de la ejecución. Razón por la cual te

llamé la atención anteriormente sobre el peligro de confundir el orden estético con lo que, siendo de orden estético, se presta a la reproducción poética. Porque todo aquello de que yo hablo aquí puede ser representado de una manera estética, no por la reproducción poética sino por la vida vivida, por la realización en la vida real. De esta suerte, la estética se eleva ella misma y se concilia con la vida, porque, si en un sentido el arte y la poesía se concilian con la vida, en otro se hallan en oposición con ella, por conciliarle una sola faz del alma. Heme aquí en el punto culminante de la estética. Y, verdaderamente, si se tiene aquí el valor de prestarse a la transfiguración de la estética, si uno se siente un personaje del drama compuesto por la divinidad, en que el poeta y el apuntador no son distintos; en que el individuo, como el artista experimentado que asume íntegramente el carácter de su papel, lejos de ser estorbado por el apuntador, siente que la palabra que se le dicta es la que quiere decir, tanto que podría uno preguntarse cuál de los dos es el apuntador; si se siente de la manera más profunda al poeta y al poema a la vez, disponiendo, en el momento de la creación, del pathos lírico espontáneo; y, en el instante de la ejecución, del oído erótico que capta todo acento: entonces, y sólo entonces, se ha comprendido lo más noble de la estética. Pero esa historia que aparece irreductible a la poesía misma es la historia interior. Comporta la idea y ésa es la razón de que sea estética. Así comienza, como lo he demostrado, por la posesión, y continúa con la adquisición constante de esa posesión. Es una eternidad de la que no ha desaparecido lo temporal como momento ideal, sino que está constantemente presente

como momento real. Cuando así la paciencia se asume a sí misma en la paciencia, tenemos la historia interior.

Veamos ahora la relación del amor romántico y del amor conyugal, puesto que la relación de la naturaleza conquistadora y de la naturaleza apta para poseer no podría exponerse a la menor dificultad. El amor romántico se hace siempre más abstracto en sí mismo, y cuando no puede asumir una historia exterior es porque ya la muerte lo aguarda, pues su eternidad es ilusoria. El amor conyugal empieza con la posesión y reviste una historia interior. Es fiel como el amor romántico, pero con esta diferencia: el amante romántico fiel, espera, por ejemplo, quince años, y entonces llega el momento de la recompensa. Un esposo es fiel durante quince años y, sin embargo, todo ese tiempo gozó de la posesión: ha conquistado, pues, constantemente, en esa larga sucesión, una fidelidad que ya poseía. El amor conyugal comporta la pasión y también la fidelidad de ésta. Pero ese esposo ideal no podría ser representado, porque lo propio de él es el tiempo en su extensión. Al cabo de los quince años, en apariencia, no ha ido más lejos que al principio, y sin embargo conoció una vida estética intensa. Su posesión no ha sido para él una propiedad muerta: adquirió constantemente su posesión. No ha combatido leones y monstruos, sino al enemigo más peligroso: el tiempo. Pero entonces la eternidad no viene más tarde, como para el caballero, sino que ha tenido la eternidad en el tiempo y la ha conservado en el tiempo. Sólo él ha triunfado, pues, del tiempo, porque si bien podemos decir del caballero que ha matado al tiempo, como deseamos hacerlo cuando no tiene realidad para nadie,

ésa no es nunca una verdadera victoria. El esposo, el verdadero vencedor; no ha matado al tiempo, sino que lo salvó y preservó en la eternidad. Obrando así, tiene una vida verdaderamente poética: resuelve el gran problema de vivir en la eternidad. Escucha, entre tanto, sonar el péndulo: sus golpes no abrevian sino que prolongan su eternidad en una contradicción tan profunda, pero mucho más gloriosa que aquella de la conocida situación de la Edad Media: un desventurado despierta en el infierno y pregunta la hora, y el diablo responde: "Una eternidad". Y si todo ello es rebelde al arte, consuélate, como yo, pensando que la grandeza y la belleza supremas de la vida no se encuentran en los libros, en el concierto o en la escena, sino, con la condición de quererlo, en la vida misma. Cuando yo, pues, admito de buena gana que el amor romántico es mucho más apropiado para la obra artística que clamor conyugal, no digo, ciertamente, que es menos estético, puesto que, por el contrario, tiene más belleza. En una de las obras más geniales de la escuela romántica, Lucinda, de Schlegel, vemos a un personaje que no desea, como sus allegados, consagrarse a la poesía, porque es perder un tiempo que sustraemos al verdadero goce: desea, en cambio, vivir. Si hubiese tenido una idea más sana del arte de vivir, tendría mi admiración.

El amor conyugal halla, pues, su enemigo en el tiempo, su victoria en el tiempo y su eternidad en el tiempo. Tal es la tarea que querría siempre para sí, aun suponiendo desechadas todas esas supuestas calamidades de fuera y de dentro. En general, no las ignora; pero cuando nos empeñamos en conocerlas hay que tomar nota de dos cosas: tales dificulta-

des son siempre determinaciones de orden interno, y comportan siempre la determinación del tiempo. Una vez más, por esta razón, vemos que el amor conyugal es rebelde al arte. Se vuelve sin cesar hacia lo interior y se arrastra en el tiempo (en el sentido favorable de la palabra), siendo que una cosa capaz de ser representada por reproducción debe necesariamente ser exteriorizada, y que el tiempo en que transcurre debe poder abreviarse. Te convencerás aún mejor si examinas los atributos que corresponde aplicar al amor conyugal: es fiel, constante, humilde, paciente, longánima, indulgente, sincero, modesto, vigilante, ferviente, dócil, jubiloso, virtudes todas éstas que son propiamente disposiciones del fuero interior. El individuo no lucha contra enemigos de fuera: se vence a sí mismo, depura su amor de escorias. Y esas virtudes tienen determinación de tiempo, porque su verdad no es la de ser dada una vez por todas, sino de ser constantemente. Y no permiten adquirir otra cosa, sólo se adquieren a sí mismas. El amor conyugal es, pues, como tú lo has llamado muchas veces en son de mofa, el amor de cada día, y a la vez el amor divino (en el sentido griego). Y es el amor divino porque es el amor de cada día. El amor conyugal no viene acompañado de signos exteriores: no se anuncia, como el pájaro raro, por el murmullo y el rumor: es la esencia incorruptible de los espíritus apacibles.

De este último carácter, todas las naturalezas conquistadoras y tú mismo no tenéis idea. Nunca estáis en vosotros mismos, sino fuera de vosotros. Cuando te deslizas aquí y allá en puntillas, o apareces a los acentos de esa música de los genizaros que sofoca en ti la voz de la conciencia, mien-

tras vibra cada uno de tus nervios, parece, en efecto, que vives. Pero ganada la batalla, cuando el último eco del último disparo se ha apagado; cuando las ideas, rápidas como oficiales de órdenes, se dirigen al cuartel general para anunciar que la victoria es tuya... Entonces ya no sabes nada, no sabes empezar, porque es sólo entonces cuando realmente empiezas.

Ese elemento inevitable en el matrimonio, ese factor que con disgusto llamas la costumbre, es simplemente su aspecto histórico, temible a tus ojos extraviados. Piensas, en general, en esos "signos sagrados y visibles de lo erótico, sin valor real como todos los símbolos sensibles, pero cuya importancia reside en la energía, en la audacia y en la virtud artística propias del genio natural con que se ejecuta. Qué disgusto no se experimenta al ver la insipidez de todos esos gestos en la vida conyugal, su carácter exterior y convencional, su falta de espontaneidad. Diríase que se hacen al tañido de las campanas, poco más o menos como en la tribu que los jesuitas hallaron en el Paraguay: era tan perezosa que los misioneros estimaron necesario lanzar las campanas al velo a medianoche para recordar a los esposos sus deberes conyugales. Todo se hace como por orden y siguiendo un adiestramiento". Pongámonos de acuerdo sin dejarnos distraer de nuestro examen por tantos aspectos erróneos y ridículos de la vida: veamos si todo ello es necesario y, en la afirmativa, sepamos por ti cual sea el remedio. En verdad, no espero de ti un socorro de mucha monta, porque, aunque en otro sentido, combates siempre como el famoso caballero español contra molinos de viento. Pues luchando por el

momento contra el tiempo luchas siempre por el tiempo transcurrido. Tomemos una idea, un término de tu mundo poético o del mundo real de la pasión: los amantes se ven uno al otro. Sabes perfectamente "espaciar" esas palabras, se ven, y poner en ellas una realidad infinita, una eternidad. Es posible que, después de diez años de vida en común y de contacto cotidiano, dos esposos ya no se vean así. ¿Pero acaso no sabrán por eso verse con amor? Estamos aquí en tu vieja herejía. Tú acabas por limitar el amor a cierta edad, y el amor que alguien siente a un brevísimo período; luego, como todas las naturalezas conquistadoras, practicas el reclutamiento para cumplir tu experiencia; pero ése es el último grado de profanación del poderío eterno del amor.

Es desesperación. Por muchas vueltas que des en esta situación, estás obligado a reconocer que la tarea consiste en conservar el amor en el tiempo: si ello es imposible, también el amor lo es. Tu desdicha es que pones la esencia del amor exclusivamente en las señales visibles. Si deben repetirse sin cesar, pero sometidas a una mórbida reflexión, atenta a comprobar si no tienen siempre la realidad que tenían cuando el incidente fortuito, como si se tratara de la primera vez, entonces no me asombra verte angustiado, preocupado como estarás por volver esas señales y gestos al número de las cosas de las que no podría decirse: decies repetita placebunt. Porque si su valor procede de su carácter primero, la repetición es, ciertamente, una imposibilidad. Pero el amor sano tiene una sustancia muy diversa: se elabora en el tiempo. Luego pretende ser capaz de remozarse por esas señales

exteriores y, lo que para mí es esencial, tiene una idea muy distinta del tiempo y del papel de la repetición.

He mostrado más arriba que el amor conyugal tiene su campo de batalla en el tiempo, su victoria y su bendición en el tiempo. Entonces consideré el tiempo como una simple progresión, pero ahora debo indicar que no es una progresión simple, en la que se conserve el carácter original, sino una progresión creciente, en la que el carácter original va, igualmente, creciendo. Tú, que has observado tanto, me aprobarás en esta observación general: los hombres se reparten en dos grandes clases, según vivan en la esperanza o del recuerdo. Ambas categorías constituyen una actitud errónea frente al tiempo. El hombre sano vive a la vez de la esperanza y del recuerdo, y sólo así cobra su vida una continuidad verdadera y plena. Tiene la esperanza, y no quiere, como los que viven exclusivamente del recuerdo, remontar el curso del tiempo. Luego, ¿qué hace en su favor el recuerdo, puesto que éste ha de tener también alguna influencia? Pues señala con una cruz el tono del instante: más vuelve atrás y encuentra repeticiones, más cruces encuentra también. Cuando, por ejemplo, se vive este año un momento erótico, ese momento se acrecienta por el hecho de que es objeto de un recuerdo del año precedente. Es lo que la vida conyugal expresa en una linda costumbre. No sé en qué edad del mundo nos hallamos, pero, tú lo sabes como yo, se dice que hubo una edad de oro, luego una de plata, y una de bronce y una de hierro. En el matrimonio es a la inversa: ante todo vienen las bodas de plata, luego las bodas de oro. ¿No es acaso el recuerdo, el hecho característico de esas so-

lemnidades? Sin embargo, el vocabulario conyugal las considera aún más hermosas que las primeras bodas. Pero no hay que equivocarse, como en el caso en que dijera que "lo mejor fuera contraer nupcias desde la cuna misma, para celebrar lo más pronto posible nuestras bodas de plata, y aun tener la esperanza de inventar un término novísimo en el diccionario de la vida conyugal". Ves tú mismo el vicio de tu chicana y no me detendré en ello. En cambio, recordaré que los individuos no viven tan sólo en la esperanza, sino que, para ellos, esperanza y recuerdo se compenetran constantemente en el tiempo presente. Cuando las primeras bodas, la esperanza tiene, pues, el mismo efecto que el recuerdo en las últimas. Esperanza que las desborda, como hecha de una eternidad que llena el momento. Lo encontrarás justo, tal vez, pensando que si nos casáramos solamente con la esperanza de las bodas de plata, y esperando otra vez durante veinticinco años, y así sucesivamente, al cabo no habría mérito alguno para celebrar el primer jubileo, porque no tendríamos nada que recordar, puesto que todo se habría dislocado en la perpetua esperanza. Yo me he preguntado a menudo de dónde procede que, siguiendo el pensamiento y la lengua corrientes, el celibato esté privado por entero de esas perspectivas, y que en cambio se encuentre más bien ridículo al viejo muchachote que consigue celebrar un jubileo. La razón es, sin duda, la que se admite comúnmente: el celibato no puede captar nunca el verdadero tiempo presente, síntesis de esperanza y de recuerdo, y por lo tanto se atiene a la una o al otro. Pero esa observación indica aún más la

exactitud de la relación que el amor guarda con el tiempo, igualmente para la opinión general.

Lo que tú entiendes por "costumbre" designa también otra cosa en la vida conyugal: "su uniformidad, su ausencia total de acontecimientos, su permanencia en un vacío mortal, peor que la muerte". Como sabes, el menor ruido trastorna a los espíritus nerviosos; no pueden pensar cuando alguien camina junto a ellos en puntillas. Pues bien: ¿has observado que existe también otra clase de nerviosidad? Algunos hombres son tan débiles que necesitan, para trabajar, de un barullo constante, y de un contorno lleno de distracciones. ¿Por qué, si no porque no son dueños de sí mismos, a menos de ser esclavos de las cosas? En su aislamiento, sus ideas se esfuman en lo vago; en medio del bullicio, se hallan obligados a hacer intervenir su voluntad. He ahí por qué temes la paz, el silencio y el reposo. Sólo estás en ti mismo cuando estás ante el obstáculo: de ahí que nunca estés en ti mismo sino siempre enajenado. Pues en el momento en que te asimilas al obstáculo, se hace de nuevo el silencio. Por eso no te atreves a asimilarlo, y de esta suerte el obstáculo y tú permanecéis siempre frente a frente y tú no eres nunca tú mismo.

Aquí se aplica naturalmente lo que dije más arriba acerca del tiempo. Estás fuera de ti: en consecuencia, no puedes evitar "lo otro" como obstáculo. Crees que no hay vida sino en la inquietud del espíritu, pero todas las gentes de experiencia piensan que no hay vida verdadera sino en la paz del espíritu. Para ti, el océano desencadenado ofrece la imagen de la vida; yo la encuentro contemplando la calma profunda

de las aguas. A veces me detengo a orillas de un arroyo. Siempre deja escuchar la misma dulce canción; las mismas hierbas se inclinan en el fondo, bajo la corriente apacible; las mismas bestezuelas se mueven en él; un pescadito se escurre bajo un escondrijo lleno de flores, extiende sus aletas contra la corriente y se disimula bajo una piedra. ¡Qué uniformidad, y sin embargo, qué profusión de mudanzas! La vida doméstica de los esposos es así de apacible, y modesta en su murmullo; casi no ofrece cambios, pero como el arroyo tiene su canción, dilecta a quien la conoce y porque ése la conoce; sin fastos cobra a veces un brillo que, sin embargo, no interrumpe su curso acostumbrado, como los rayos de la luna caen sobre el arroyo y revelan el instrumento al que éste arranca su canción. Tal es la vida doméstica de los esposos. Pero se necesita, para verla y vivirla así, una calidad que te diré con unos versos de Ohelnschläger que antaño, por lo menos, te gustaba mucho. Los copio aquí de memoria:

Cuántas cosas precisan en el mundo
 para que el amor nos encante;
 dos almas, la una a la otra uncidas,
 y por todo guía la gracia.
 Y en primavera, entre las flores,
 la luna y sus rayos de plata
 en la perfecta calma de un beso
 y dos corazones intactos.

Ya ves cómo tú también celebras el amor. No quiero quitarte lo que no es tuyo, puesto que es del poeta; pero esto

te lo has apropiado. Como yo hice la misma cosa, dividamos: te dejo toda la poesía, menos la última palabra, que se refiere a la inocencia. Esa la guardo para mí.

VI. POR QUE EL DEBER NO ES ENEMIGO DEL AMOR

Hay, por fin, un aspecto de la vida conyugal que frecuentemente provocó tus ataques. "El amor conyugal, dices, oculta una cosa muy distinta. Parece lleno de dulzura, de ternura y de bondad; pero cuando la puerta se cierra tras la pareja, antes de que se sepa por qué, hete el ceño fruncido o, como se dice, el deber. Y nada podréis vosotros por adornar ese cetno, o hacer de él un látigo de Carnaval: el deber sigue siendo látigo, y en el hogar no hay más que ceño". Trato aquí esta objeción porque deriva esencialmente de una incomprensión de lo histórico en el amor conyugal. Tú quieres que lo propio del amor sean o bien los sombríos poderes o bien el capricho. A la aparición de la conciencia, esa magia desaparece; pero el amor conyugal tiene conciencia. Para decirlo crudamente, en vez de la batuta del director de orquesta, que dibuja la medida a las graciosas figuras de la pasión, nos muestra el triste bastón de caporal que es el deber. Me concederás, ante todo, que mientras siga la pasión incólume, esa pasión que el amor conyugal implica, como hemos convenido, no puede hablarse de la estricta necesidad del deber. No crees, pues, en la eternidad de la pasión, y allí, como ves, nos encontramos con tu vieja herejía: tú, que a menudo dices ser

el paladín, el caballero de esa dama que es la pasión, tú no crees en ella, y aun la profanas. Y por no creer no te atreves a contraer una unión que, cuando no la consientes a largo plazo, puede obligarte a seguir en ella contra tu voluntad. Allí el amor, manifiestamente, no es el bien supremo; si lo fuera, tú serías feliz de que haya un poder capaz de obligarte a permanecer en ese bien. Me objetarás, tal vez, que ese medio, el matrimonio, no es el medio apropiado; a lo que yo respondería que todo depende de la manera de ver.

Este es un punto al que volvemos sin cesar; tú, al parecer, contra tu voluntad, y sin querer hacerte cargo de la manera en que ello ocurre, y yo con la plena conciencia de ese proceso, a saber que la ilusoria o ingenua eternidad de la pasión, o del amor romántico, debe, de una manera u otra, anularse para elevarse. Tú procuras conservarla en esa inmediatez, y quieres a toda costa persuadirte de que la verdadera libertad consiste en seguir uno fuera de sí mismo; estás en la ebriedad del ensueño, y de ahí que temas la metamorfosis: por eso no se te aparece tal cual es, sino como una cosa de carácter enteramente distinto, que comporta la muerte del elemento primero. Por eso el deber te causa horror. Si, efectivamente, el deber no está ya en germen en la "cosa primera", su aparición introduce, naturalmente, una perturbación general. Pero en el amor conyugal no es ése el caso, porque implica ya el deber en lo ético y en lo religioso; y cuando se les aparece no lo hace como un extraño, un intruso impúdico, dotado, sin embargo, de tal autoridad que no nos atrevemos a ponerlo en la puerta en nombre del misterio del amor. No, se presenta como un familiar de larga data, como

un amigo, como un confidente que los amantes conocen entre ellos, en lo más profundo del secreto de su amor. Y cuando habla no dice nada de nuevo, proclama cosas ya sabidas; y cuando ha hablado los individuos se humillan ante él, pero se elevan al mismo tiempo por la certeza de que la orden recibida es la misma que ellos desean; y el hecho mismo de que sea recibida es una manera más llena de nobleza y de majestad, una manera divina de expresar que su anhelo puede realizarse. No les bastará con que el deber les diga, para alentarlos, que la cosa es posible, que el amor puede conservarse: cuando declara que "el amor debe ser conservado", pone en ello una autoridad que responde a lo más profundo de su deseo. El amor conjura y expulsa al temor: cuando, con todo, tiembla un instante por sí mismo, por su perduración, el deber es entonces el alimento divino de que el amor necesita, porque declara: "No temas, triunfarás". Y no habla en futuro, lo que es propio de la esperanza, sino en imperativo, con el acento de una seguridad que nada puede turbar.

Ves en el deber al enemigo del amor, y yo veo su amigo. Quizás te satisfaga esta explicación, y con tu habitual donaire me felicitarás por tener un amigo tan interesante como poco común. Pero yo no me conformo, sino que trasladaré las hostilidades a tu terreno. Si, una vez que se ha impuesto a la conciencia, el deber es el enemigo del amor, éste debería tratar de vencerlo. Pues tú no pretendes, de todos modos, que el amor sea por naturaleza tan impotente que no sepa enfrentar ningún obstáculo. Pero, por otra parte, piensas que el deber, con sólo mostrarse, terminará con el amor; crees,

además, que el deber aparece tarde o temprano, no sólo en el amor conyugal sino también en el amor romántico; y, en consecuencia, temes sobre todo al amor conyugal, porque comporta el deber en tal forma que, imponiéndose este, no puedes ya escapar a él. En cambio, dices, nada más natural en el amor romántico, porque, llegado el momento de hablar del deber, el amor ya no existe, de modo que la llegada del deber es para ti la señal de hacer tu reverencia o, como decías una vez, la señal de que consideras que es tu deber eclipsarle. Aquí ves una vez más lo que sucede con tus elogios del amor. Si el amor tiene por enemigo al deber sobre el que puede triunfar, no es vencedor verdadero; por consiguiente, debes dejar librado el amor a su suerte. Habiéndote puesto en la cabeza esa idea desesperada del deber como enemigo del amor, tu derrota es segura; y, sin embargo, has rebajado al amor, le has quitado su majestad, como no lo hiciste con el deber. Y era, sin embargo, a éste a quien querías denigrar. Una vez más, es la desesperación, sea que comprendas cuán dolorosa es esa situación o que, desesperado, precisamente, tratas de olvidarla. Si no quieres llegar a ver que la estética, la ética y lo religioso son los tres grandes aliados; si no sabes conservar la unidad de los diversos modos de expresión que todo adquiere en esas diversas esferas, entonces la vida no tiene sentido, y es menester aprobar sin reserva tu teoría según la cual se puede decir de toda cosa: "Haz esto o aquello, lamentarás lo uno o lo otro".

Yo no estoy, como tú, en la triste necesidad de emprender contra el deber una campaña de resultado siempre infausto. Para mí, el deber no es un clima y el amor otro; para

mí, el deber hace del amor el verdadero clima templado, y viceversa, y esa síntesis es perfecta. Con todo, para poner en evidencia el error de tu doctrina, examinare este punto con más espacio, rogándote que consideres las diversas maneras en que puede sentirse que el deber es enemigo del amor.

Imagina a un hombre que se ha casado sin hacerse cargo de la función coca que comporta el matrimonio. Ama con toda la pasión de la juventud, pero de pronto una causa exterior lo sume en la duda: se pregunta si aquella a la que ama, y a la que está unido por el vínculo del deber, no podrá creer que él la ama únicamente por el deber. Hállase así en un caso semejante al que ya señalé: para él también el deber parece estar en oposición con el amor; pero ama, y su amor es para el, verdaderamente, el bien supremo; se empeña, pues, en vencer a ese enemigo. Y quiere amar a su mujer no porque el deber se lo ordene, no según la parca medida del quantum satis que el deber podría prescribir; quiere amarla con toda su alma, consagrándole toda su fuerza y todas sus facultades; quiere amarla aun en el momento en que el deber podría, acaso, autorizarlo a ser libre. Figúrate su confusión. ¿Qué hará? Ama con toda su alma; pero eso es justamente lo que el deber le ordena; no nos dejemos turbar por los discursos de quienes afirman que el deber no es, en el matrimonio, sino una serie de fórmulas de ceremonia. El deber es simplemente un deber, que consiste en amar de veras, en el movimiento interior del corazón. Es tan proteiforme como el amor; declara buenas y santas a todas las cosas que vienen del amor. Ves cómo nuestro hombre ha tomado una posición falsa; pero, como en él hay gusto por la verdad, cuando

quiere hacer más de lo que el deber le ordena no hace ni más ni menos que obedecer al deber. Ese exceso es el cumplimiento mismo del amor, porque el exceso que yo puedo es cumplir lo que él ordena; y en el instante en que lo hago puedo, en un sentido, decir que hago más. Traslado el deber de lo exterior a lo interior. Ves allí cuánta armonía, cuánta sabiduría, cuánta consecuencia infinitas reinan en el mundo del espíritu. Cuando se parte de un punto preciso, y se sigue tranquilamente con energía y verdad, sólo puede tratarse de una ilusión si todo el resto parece contradecirnos. Y si se cree salir ganado con mostrar lo inarmónico, se muestra, por el contrario, la armonía. El esposo de que hablábamos sale, pues, muy bien parado de nuestro examen; el único castigo en que incurre es escuchar cómo el deber le reprocha amablemente su poca fe. Amor y deber siguen al unísono.

Cuando, a semejanza de este hombre, tú lo separas, y pretendes hacer de una parte el todo, caes, de continuo en la contradicción. Es como si en el fenómeno *b* quisieras separar *b* y *e* para eliminar *e* diciendo que *b* es todo. En el momento en que pronunciamos *b*, diciendo que *b* es todo. En el momento en que pronunciamos *b*, decimos también. Lo mismo ocurre con el amor verdadero; no es un yo no sé qué mudo e inexpresable, pero tampoco una débil e inconsistente imprecisión. Es un son articulado, una sílaba. Si el deber es duro, el amor expresa esa cualidad, lo realiza, y cumple con ello más que el deber: si el amor está por debilitarse al punto de no poder mantenerse, el deber, entonces, le impone límites.

Si esto ocurre con tu concepción que ve en el deber el enemigo del amor, te sucedería lo mismo que a aquel de quien hablábamos; pero si tus opiniones son erróneas son, al mismo tiempo, culpables. Por eso tú rebajas no sólo el deber, sino también el amor; por eso el deber aparece como un enemigo invencible; porque ama el amor verdadero, y profesa al falso amor un odio mortal, y lo mata. Cuando los esposos se aman de veras, no quieren reconocer en el amor otra cosa que una voz eterna, que les dice que el camino está despejado en la eternidad; y ese camino que están dispuestos a seguir, no sólo les está permitido seguirlo, sino que se les intima a hacerlo; y por encima de ese camino vela una Divina Providencia que les abre sin cesar el horizonte, y pone indicaciones en los lugares peligrosos. Si uno ama de veras, ¿por qué rehusaría una autorización divina, con el pretexto de que se expresa en lenguaje divino, y no dice simplemente: "Conviene", sino que dices: "Debes". Para los amantes, todo está en orden; y yo creo que, si en nuestra lengua el deber se expresa en futuro, es para marcar su carácter histórico.

VII. ENVIO

He terminado este pequeño trabajo. Quizás te haya causado impresión: sientes que todo se ha trastornado, y no puedes mostrarte intratable ante la consecuencia que me ha guiado. A pesar de eso, si yo hubiese hablado simplemente contigo, te habría costado trabajo abstenerme de una reflexión maliciosa, acusándome de haberte endilgado un ser-

món. Pero no dirás que mi exposición padece ese defecto. No lo es enteramente, como debiera serlo, tal vez, cuando se dirige a un pecador tan empedernido como tú. Y por tus teorías y tus discursos, que a veces recuerdan extrañamente al libro del Eclesiastés, podría creerse de veras que de él has sacado tus argumentos.

Pero tú mismo me das la ocasión de examinar este problema. En general, tú no hablas desdeñosamente de la ética, y es preciso realmente fastidiarte para que tú la echés por la borda. Mientras puedes hacerlo, la conservas a tu lado, "No desprecio en absoluto el deber", así comienzas por lo común, con una voz llena de dulzura, el discurso en que le tiendes una sutil y funesta emboscada. "Lejos de ello. Pero, ante todo, es necesario ver claro. El deber es el deber, el amor es el amor, no ha os confusiones. ¿O será el amor el único monstruo de la natura, en su ambigüedad hermafrodita? Todo es deber o bien amor. Reconozco que el hombre tiene el deber de procurar una situación firme en la vida, de ser fiel en el ejercicio de sus funciones, y también que merece ser castigado cuando no lo hace. Eso es el deber. Yo asumo una tarea precisa, puedo decir exactamente en qué consiste, prometo cumplirla escrupulosamente, y si no lo hiciera una potencia superior puede imponérmelo. Pero he aquí, que, por otra parte, me vinculo estrechamente a un amigo: en este caso el sentimiento lo es todo y no reconozco deber alguno; si el sentimiento pasa, la amistad queda rota. Esto también está claro. Sólo el matrimonio, en cambio, se funda en el absurdo. ¿Pues qué significa la obligación de amar? ¿Dónde está el límite? ¿Cuándo habré cumplido yo

con mi deber? ¿En qué consiste exactamente? ¿A qué tribunal me dirigiré en caso de conflicto? Y si no cumplo mi deber, ¿dónde está la potencia que pueda obligarme? El Estado y la Iglesia han trazado, es cierto, un límite; pero aun sin cruzarlo, ¿no puedo ser yo un mal marido? ¿Quién me castigará, quién tomará la defensa de la que padece con mi conducta?"

Respondo: "Tú mismo".

Pero antes de despejar la confusión en que acabas de arrojarnos a los dos, necesito formular una observación. Hay a menudo en tus expresiones cierto equívoco que es esencialmente propio de tu espíritu. Hombres más ligeros que tú podrían pronunciarlas, y también podría hacerlo el temperamento más melancólico. Lo sabes muy bien, porque es uno de tus medios de embohar a las gentes. Remachas las mismas cosas, con intervalos, poniendo el acento sobre puntos diferentes, y todo cobra un nuevo aspecto. Si se te objeta que has cambiado de lenguaje desde la última vez, respondes con la mayor sangre fría: "¿Acaso no he dicho la misma cosa, palabra a palabra?" Dejemos este punto. Veamos lo que hay en tu distingo. Conoces el adagio de los romanos, que se ha conservado a través de los siglos y que es característico de su habilidad política: *Divide et impera*. Se le puede aplicar, en un sentido mucho más profundo, a los métodos de la razón cuya política astuta consiste en dividir para asegurarse así la supremacía. Pues las potencias que, aliadas, serían invencibles, se destruyen entre sí cuando están divididas, cuando son recíprocamente hostiles, y entonces la razón conserva su imperio. Crees, pues, que todo el resto de

la vida se reduce a la categoría del deber o a la de su contrario, y que nadie pensó en trazar otra regla: el matrimonio sería culpable de esa contradicción. Citas como ejemplo el deber profesional, y lo crees muy característico en materia de deber estricto. Pero no es el mismo caso. Pues si concibe uno su profesión como una suma de ocupaciones que se cumplen en cierto tiempo y lugar, deprime su persona, su profesión y su deber. ¿Crees que semejante manera de ver haría buenos empleados? ¿Dónde quedarían entonces el entusiasmo que santifica el trabajo, dónde para el amor con que lo amamos? ¿Qué foro propondrías para estimarlo? ¿No se requiere que esa vigilancia la ejerza la persona misma, y el Estado no consideraría a quien tome su empleo sin esa responsabilidad como un mercenario, cuyo trabajo podría utilizar, sin duda, y pagarle en consecuencia, pero en otro sentido como un funcionario indigno? Y si el Estado no lo dice expresamente, la razón es que pide un trabajo exterior y tangible que, cumplido, presupone el resto. En el matrimonio, en cambio, lo esencial es lo interior, lo que no se puede indicar, mostrar con el dedo, lo que halla precisamente su expresión en el amor. No veo, pues, contradicción alguna en someter el matrimonio al deber: poco importa que nadie esté allí para medir, puesto que el hombre se mide a sí mismo. Y si persistes en tal argumento es porque entiendes, por ese medio, sustraerte a tu deber, o bien porque tienes un miedo tan grande de ti mismo que desearías ponerte bajo tutela. Pero los casos son igualmente erróneos e inadmisibles.

Si retienes mis argumentos tales como te los expuse, verás que, manteniendo el carácter interior del deber en el

amor, no lo hago con la terrible angustia que muestran, haciéndolo, algunos cuyo espíritu prosaicamente razonable comenzó por destruir lo inmediato, y que sólo se hiciera cargo del deber en sus últimos días. Verás que no procedo como algunos que, en su ceguera, no tienen términos bastante fuertes para cubrir de desprecio la faz natural del hombre, palabras bastante estúpidas para alabar el deber como si fuera, de este modo, otra cosa que lo que tú lo llamas. A Dios gracias, no conozco yo tal divorcio: no, yo no he escapado con mi amor a los lugares desiertos y salvajes para perderme en la soledad; ni he tomado consejo de los vecinos para saber lo que tenía que hacer: ese aislamiento y ese "particularismo" son dos locuras. Constantemente tengo ante mí unas impresas vestigia, unas huellas marcadas, aun hablando de ese valor universal que es el deber. He sentido también que hay instantes en que el único medio de salvación consiste en dejar hablar al deber, que es saludable aceptar el castigo, no con la melancolía afeminada de un Heautontimoroumenos, sino con todo el peso de la sociedad; pero no le he tenido miedo al deber; no se me ha presentado como un enemigo dispuesto a trastornar lo poco de ventura y de júbilo que yo había esperado salvar en la vida; se ha mostrado a mí como un amigo, el primero y único confidente de nuestro amor. Pero esa fuerza en que siempre tenemos libres perspectivas es la bendición del deber, mientras que el amor romántico se extravía, o se destruye, en razón de su carácter desprovisto de historia.

Dixi et animam meam liberavi. No porque mi alma estuviese hasta aquí trabada, y se haya aliviado con este largo

discurso: no, ella ha respirado con soltura, gozando de su libertad. Respiración se dice en latín, como sabes, respiratio, palabra que expresa el reflujo de lo que primero se había aspirado. El organismo goza de su libertad en la respiración; del mismo modo, en esta obra, yo he gozado de mi libertad, y de mi libertad cotidiana.

Recibe ahora bien dispuesto lo que te he ofrecido bien pensado. Si lo hallaras insuficiente para satisfacerte, mira si tú mismo no podrías prepararte mejor, si no has olvidado tal o cual regla de prudencia. Una leyenda servia habla de un inmenso gigante de inextinguible apetito, que llegó a casa de un pobre campesino cuya comida quiso compartir. El aldeano presentó las modestas provisiones de su hogar, y los ojos glotonos del gigante lo devoraban todo: con lo que calculó certeramente que no quedaría satisfecho aunque lo tragase todo. Sin embargo, se sientan a la mesa. El campesino no come por un instante, temeroso de que no haya bastante para los suyos. El gigante tiende la mano hacia el plato, pero el otro lo detiene con estas palabras: "Aquí tenemos costumbre de rezar primero". El gigante consiente, y todos comen hasta saciarse.

Dixi, et animan meara liberavi. Porque yo también he liberado a la que sigo amando con la frescura de la pasión; no que ella estuviera antes encadenada, sino que se ha alegrado conmigo en nuestra libertad.

Recibe mis cordiales saludos y, como de costumbre, los mensajes amistosos de mi mujer. Hace tiempo que no te vemos en nuestra casa. Lo digo en sentido propio y en el figurado: porque, si en los quince días cuyas noches pasé

escribiendo esta carta instar omnium, te he visto, en cierto sentido, constantemente en mi casa, no puedo decir que te haya visto aquí, en mi casa, sino ante mi puerta, de donde con mi enérgico esfuerzo discursivo, he tratado casi de expulsarte; y esa ocupación no me ha sido desagradable, sea dicho con la certeza de que no lo tomarás a mal. Sin embargo, siempre será para mí un placer verte entre nosotros, en el sentido propio y en el figurado: lo digo con todo el orgullo del esposo autorizado a emplear la fórmula "entre nosotros". Pero también con todo el respeto humano que cualquier persona puede estar cierta de hallar "entre nosotros". Fuera inútil, pues, dirigirte para el domingo próximo una invitación familiar a pasar el día en nuestra casa. Ven cuando quieras, porque eres siempre bien-venido. Quédate cuanto quieras, porque siempre serás un huésped agradable. Máchate cuando quieras: siempre a tu disposición.

EL ASESOR WILHELM.

